



Luis Fernando Molina Londoño

LA INDOMABLE RAZÓN

**Vida y obra de Mario Laserna,
el fundador de la Universidad de los Andes**

PRÓLOGO

Fernando Cepeda Ulloa



Nombre: Molina Londoño, Luis Fernando, autor. | Cepeda Ulloa, Fernando, escritor del prólogo.

Título: La indomable razón : vida y obra de Mario Laserna, el fundador de la Universidad de los Andes / Luis Fernando Molina Londoño ; prólogo Fernando Cepeda Ulloa.

Descripción: Bogotá : Universidad de los Andes, Ediciones Uniandes, 2023. | 452 páginas : ilustraciones ; 17 x 24 cm.

Identificadores: ISBN 9789587985788 (rústica) | 9789587985801 (e-book) | 9789587985795 (e-pub)

Materias: Laserna Pinzón, Mario, 1923-2013 | Educación superior – Siglo XX | Universidad de los Andes (Colombia) – Historia

Clasificación: CDD 378.0092–dc23

SBUA

Primera edición: noviembre del 2023

© Luis Fernando Molina Londoño

© Fernando Cepeda Ulloa, por el prólogo

© Universidad de los Andes

Rectora

Raquel Bernal Salazar

Vicerrectora de Investigación y Creación

Jimena Hurtado Prieto

Editor General

Juan Camilo González Galvis

Vicerrectoría de Investigación y Creación

Ediciones Uniandes

Carrera 1.º n.º 18A-12, bloque Tm

Bogotá, D. C., Colombia

Teléfono: 601 339 4949, ext. 2133

<http://ediciones.uniandes.edu.co>

ediciones@uniandes.edu.co

ISBN: 978-958-798-578-8

ISBN e-book: 978-958-798-580-1

ISBN e-pub: 978-958-798-579-5

Corrección de estilo: Fabián Bonnett

Diagramación interior: Nidian Andrea Rincón

Retoque de imágenes: Leonardo Fernández Suárez

Dirección de arte y diseño de cubierta: Camila Cardeñosa Echeverri

Impresión:

Xpress Estudio Gráfico y Digital S. A. S.

Carrera 69 H n.º 77-40

Teléfono: 601 602 0808

Bogotá, D. C., Colombia

Impreso en Colombia – *Printed in Colombia*

Universidad de los Andes | Vigilada Mineducación.

Reconocimiento como universidad: Decreto 1297 del 30 de mayo de 1964.

Reconocimiento de personería jurídica: Resolución 28 del 23 de febrero de 1949, Minjusticia.

Acreditación institucional de alta calidad, 10 años: Resolución 582 del 9 de enero del 2015, Mineducación.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida ni en su todo ni en sus partes, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electro-óptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.



Luis Fernando Molina Londoño

LA INDOMABLE RAZÓN

**Vida y obra de Mario Laserna,
el fundador de la Universidad de los Andes**

ASISTENCIA EN INVESTIGACIÓN
MARTHA ELIZABETH GARAVITO SUÁREZ
JUAN DAVID ROJAS RODRÍGUEZ

PRÓLOGO
FERNANDO CEPEDA ULLOA

PRÓLOGO

9

DESTELLOS DE UNA VIDA
FUERA DE LO COMÚN

23

1948,
EL AÑO MEMORABLE

71

A
CONTRACORRIENTE

UNA CONSTELACIÓN
PARA LOS ANDES

135

EL SECRETO DE
LOS FILÁNTROPOS

163

207
EL ARRAIGO

259
EN LA UNIVERSIDAD
NACIONAL

295
UN HOMBRE
MERCURIAL

343
EPÍLOGO

353
CRONOLOGÍA

NOTA DEL EDITOR

La investigación que precedió la escritura de la presente biografía reunió material abundante que por límites de extensión no pudo ser incluido en la edición impresa. No obstante, optamos por presentar estos interesantes textos e imágenes en forma de anexos digitales que los lectores curiosos pueden consultar escaneando los códigos QR que aparecen en algunas de las páginas del libro. Para facilitar su identificación subrayamos frases que indican el tema para el que es posible encontrar información adicional y que dirigen al código QR específico.

Abreviaturas más usadas

- AGN: Archivo General de la Nación, Colombia
AUA: Archivo Universidad de los Andes
CAUA: Consejo Académico Universidad de los Andes
AFUA: Acta Fundación Universidad de los Andes
CF: Consejo de la Fundación (Universidad de los Andes)

PRÓLOGO

“Impetuosity and audacity often achieve what ordinary means fail to attain”.

—Niccoló Machiavelli

Capítulo XLIV, *THE DISCOURSES*

“Il faut l’audace, encore de l’audace, toujours de l’audace”.

—G. J. Danton

ESTA BIOGRAFÍA ES SORPRENDENTE. Luis Fernando Molina ha logrado construir un perfil de Mario Laserna que ha desconcertado a quienes creíamos que lo conocíamos.

Con Manuel Rodríguez hemos venido siguiendo el desarrollo de los capítulos y coincidimos en manifestar nuestra sorpresa al encontrar innumerables facetas y episodios que ignorábamos. Lo propio, y quizás en mayor dimensión, les ocurrirá a muchos que tenían igual pretensión, y ni hablar de aquellos que apenas tenían una versión precaria sobre la vida, obra y milagros de Mario Laserna.

Así las cosas, se debe reconocer que fue muy acertada la escogencia de Luis Fernando Molina Londoño como biógrafo de una personalidad que él no conoció, como muchos de los lectores de este excelente trabajo de investigación.

Esta biografía está a la altura de lo que ha logrado la Universidad de los Andes en sus 75 años de existencia. Su fundador, como lo revela esta biografía, fue un cerebro de gran valía con intereses intelectuales múltiples y una concepción del Estado y de la sociedad que desbordaba la de sus contemporáneos. Fue un universitario toda su vida. Siempre estaba preguntando, siempre estaba esculcando nuevas visiones, siempre sugiriendo nuevas ideas, señalando nuevos caminos y reclamando innovadoras aproximaciones a asuntos que ya se daban por bien entendidos.

Y lo que logró documentar Luis Fernando Molina nos indica que igual lo hacía aquí que en los ámbitos más sofisticados. Proporcionar enfoques diferentes, ofrecer soluciones inusitadas, era algo que le fluía naturalmente. Sin solemnidad. Sin ocupar una cátedra. Igual si estaba caminando bajo los cipreses

PRÓLOGO

del Viejo Camellón del campus de Los Andes, que si estaba en la cafetería o deambulando por la séptima. Incansable intelectualmente. Y sobre los más diversos tópicos. Como iba y venía de Estados Unidos o de Europa con inusitada frecuencia, lo que tenía para deleite de sus interlocutores era un repertorio de ideas audaces, diferentes. Era muy difícil llevarle el paso a sus elucubraciones.

Al leer el texto de esta biografía fui verificando que esta percepción sobre Mario Laserna no solo era correcta, sino que resultaba muy deficiente. Mario Laserna era mucho más, tenía dimensiones de mayor envergadura, su quehacer era mucho más rico por razón de sus amistades de muy alto nivel intelectual, por los escenarios tan exclusivos que lo reclamaban, por el altísimo nivel de sus escritos, que solamente ahora conocemos.

En algunos pasajes de esta lectura uno llega a la conclusión de que Mario Laserna llevaba una vida intelectual secreta y, al parecer, ni él mismo se daba cuenta. Bien probable, era muy natural y obvia en su caso. Tantas idas y venidas no eran las de un empedernido turista sino las de una inteligencia movida por incessantes cuestionamientos.

Creo que cuando la hora de la muerte llegó, Mario Laserna estaba plenamente satisfecho con la vida que había tenido, porque la dedicó a grandes causas, a pensamientos trascendentales, a propósitos que no eran pasajeros. Había asimilado en profundidad el pensamiento de Disraeli: *“Life is too short to be little”*. En una traducción libre, “la vida es demasiado breve para desperdiciarla en nimiedades”.

En su vida hay coraje, audacia, optimismo y confianza en que se pueden lograr cambios valiosos. Ello explica su incansable actitud de sugerir innovaciones, proponer acciones audaces, corregir errores atávicos, contemplar otras formas de acción, en asuntos muy fundamentales o en cuestiones, a primera vista, banales. Por ejemplo, que en el principal club colombiano sirvieran licores colombianos, pero también de cómo planificar mejor la ciudad, de cómo llenarla de naturaleza, parques, árboles, etcétera.

Hacía un uso magistral de su tiempo. No para hacer dinero, sino para identificar y difundir mejores maneras de lograr un bienestar para todos.

Otra persona se hubiera dado por muy satisfecha con el éxito de la Universidad de los Andes, casi desde sus inicios. Como que quería influir en muchos aspectos de la vida en sociedad. Y, quizás, ahí radicaba su ambición presidencial.

Contemplado en retrospectiva, no es sorprendente que a los 25 años hubiera llegado a la conclusión de que una respuesta constructiva al desastre de la revuelta del 9 de abril de 1948 era fundar una universidad, no partidista, no confesional, que le propusiera a sus estudiantes que “quienes solo hacen por sus semejantes aquello que la Ley los obliga, no están cumpliendo a cabalidad

sus deberes, no son buenos ciudadanos ni merecen la estimación y el respeto de los demás”.

Nicolás Gómez Dávila, el humanista por excelencia, contribuyó a refinar esas ambiciones para que tuvieran el significado histórico que han logrado.

Creo que a Mario Laserna le interesaba tener una incidencia en la elección del rector de la Universidad. No tenía una fijación sobre las cualidades que debían caracterizarlo. Muy pragmático, tenía la idea de que el rector debería responder a las necesidades y oportunidades del respectivo momento. ¿Acaso una persona con los máximos títulos académicos? ¿O un reconocido autor de libros o tratados bien apreciados? Pues por supuesto prefería a un Alberto Lleras Camargo, que ni siquiera tenía el título de bachiller, pero que como nadie estaba sintonizado con lo que ofrecía el nuevo mundo de la segunda posguerra y la impronta que podía dejar en los albores de la Universidad. O ex ministros, como Juan Jacobo Muñoz o Reinaldo Muñoz, o un miembro del grupo que lo acompañó desde la fundación, como Francisco Pizano, o un distinguido exalumno con doctorado en Ingeniería, como Eduardo Aldana, o un empresario como Andrés Uribe Crane, o un probado académico y eficiente funcionario, como Arturo Infante, o un economista sobresaliente y ex ministro de Hacienda, como Rudolf Hommes. Nada en común entre ellos, a no ser que encajaban en las circunstancias del momento. Y así en cada caso.

La sencillez de Mario Laserna era proverbial. Ninguna pretensión ni en su manera de vestir, ni de conversar, ni de relacionarse. Conversaba con sabios, estudiantes y gente del común.

¿Qué concepto definiría la actitud de Mario Laserna ante la vida? Me arriesgaría a decir que el coraje. En muchas formas. La más desconcertante, su despreocupación para exponerse ante novillos y toros. La más exitosa, fundar una universidad a los 25 años, y pretender, además, cambiar el sistema universitario que él había sufrido y consideraba altamente inadecuado. La más inusitada, intentar un camino para llegar a la Presidencia de la República a sabiendas de que su personalidad, su formación, su estilo de vida iban en contravía de ese propósito. La más audaz, aceptar en 1958 la Rectoría de la Universidad Nacional, en la cual estaban consolidadas y aceptadas las prácticas de organización universitaria y de enseñanza que él, precisamente, quería cambiar.

Es que buena parte de sus iniciativas y de sus criterios iban contra la esencia misma que les daba vida, prestigio y aceptación.

En ocasiones, yo lo percibía como un ser solitario. Alguien que estaba suelto, que no compartía mucho del mundo que lo rodeaba. Su comportamiento no coincidía con el de los demás, ni con su círculo. Y para vivir y convivir así se requería mucho coraje. Mucha seguridad en sí mismo. Mucha convicción.

PRÓLOGO

Y un constante sentimiento de que se trataba de un ser que volaba, que se comportaba como superior, o por lo menos, diferente.

Mario Laserna habría dicho como Montaigne: “A lo que más miedo le tengo es al miedo”.

¿Quién, con sus credenciales nacionales e internacionales, se habría atrevido a encabezar la lista de Acción Democrática M19 —movimiento guerrillero incorporado a la vida política sin armas— para el Senado de la República?

Al reflexionar sobre su personalidad, me pregunto cómo fue la relación de Mario Laserna con sus compañeros, tanto en la Universidad del Rosario como en otras instituciones en Colombia y en el exterior. Una pregunta bien difícil de responder porque es bien probable que ellos ya no existan. Se me antoja pensar que no le ocurrió algo similar a lo que ese gran intelectual John J. F. Galbraith cuenta en sus memorias. Dice que en las cinco universidades en las cuales estudió experimentó un problema personal que nunca pudo superar: “el miedo [...] de que su superioridad no fuera reconocida” (*A Life in our Time, Memoirs*).

La verdad es que la singularidad de sus opiniones y su personalidad desconcertaban a sus contemporáneos.

Lo que sus allegados criticaban o despreciaban era lo que generaba admiración en las celebridades a las cuales se aproximaba. Desde muy temprano se diferenció de sus compañeros. Su capacidad de seducción radicaba, precisamente en esa diferencia.

Impensable referirse a Mario Laserna sin rememorar a “El solitario de Dios”, don Nicolás Gómez Dávila, el que pretendía escribir con “austeridad y sencillez”, en palabras de Franco Volpi, el italiano que lo introdujo a la sociedad intelectual global. Un “ilustre desconocido”, así lo definió José Miguel Oviedo en su *Breve historia del ensayo hispanoamericano* (1991). Luis Fernando Molina hace numerosas menciones sobre don Nicolás, su papel de mentor, crítico y consejero de cabecera de Mario Laserna.

Mario Laserna, por influencia de don Nicolás, tuvo la “inteligencia como patria”. Lo hizo partícipe de la “incansable batalla contra la somnolencia de la razón”. “Pensar suele reducirse a inventar razones para dudar de lo evidente” (escolio 24). Era la manera de pertenecer, dice Volpi, a la “aristocracia de la inteligencia”.

Es apenas justo exaltar la manera como el historiador Luis Fernando Molina logró identificar y aprovechar las más variadas fuentes en Colombia y en el extranjero para reconstruir el perfil biográfico de Mario Laserna, que resultó, así, de una enorme riqueza y de una inesperada complejidad. Para quienes tuvimos algo que ver con Mario Laserna, este libro ha sido una revelación que aumenta nuestra admiración por tan impactante personalidad. Una vida

que valió la pena y mucho. Muchísimo. Es que este recuento ha resultado más inspirador de lo que pudimos imaginar. No creo que exista otro fundador de una institución universitaria colombiana que pueda exhibir un recorrido vital semejante. Fuimos muy afortunados porque muchos compartimos con él en muy disímiles circunstancias. Esta Universidad de los Andes se ha desempeñado a la altura de sus exigentes expectativas. La principal virtud de esta biografía es que es original. En todos los sentidos del concepto.

Luis Fernando Molina nos ha revelado un soñador tranquilo, que obtiene muchos éxitos y que, al parecer, como que no se da cuenta de la trascendencia de lo que ya ha logrado y hasta el final de sus días sigue haciendo propuestas de largo aliento. ¡Increíble!

Para muchas de sus ideas no faltan personas que las adoptaron y trabajaron con desinterés y tesón por sacarlas adelante, como ocurrió con el empeño de personalidades como Álvaro Castaño Castillo, Franz von Hildebrand, Daniel Arango Jaramillo, Ramón de Zubiría, Francisco Pizano, Hernán Echavarría Olózaga, Pedro Navas, Jorge Restrepo, José Gómez Pinzón, José María de la Torre, Mauricio Obregón, Hernando Groot, José Félix Patiño, Álvaro Salgado, Eduardo Aldana, Gloria Zea, Arturo Infante, Andrés Uribe, Manuel Rodríguez y María Lorena Gutiérrez.

La formidable obra de Mario Laserna no sufrió eso que un nobel de Literatura, Mario Vargas Llosa, denominó “un decaimiento feroz”.

Se subestima que fue un luchador contra la censura, y ello era muy coherente con su interés por el estilo de Universidad que nos dejó.

Muchas interesantes iniciativas de Laserna no fueron bien entendidas y apreciadas en su momento. No se movió entre aduladores y creo que la crítica o el silencio en torno a sus frecuentes aseveraciones y propuestas no lo desanimaban ni le generaban rencores o desaliento. La vida y obra de Mario Laserna, tan bien recogidas en esta oportuna investigación, servirán de inspiración y estímulo constante para quienes acariciaron ilusiones que otros perciben como irrealizables. La suya fue una vida que genera admiración y, ojalá, un anhelo de imitarla, así sea parcialmente. Haberlo conocido, haber intercambiado con él visiones, experiencias, proyectos y frustraciones fue un gran privilegio...

Esta biografía sobre un hombre de acción y de obras ofrece un paradigma ahora y en el futuro a quienes se aproximen a ella, con espíritu abierto ante un itinerario tan vital y tan generoso. Y claro está, tan influyente en materializar su ideal de intervenir en la construcción de una Colombia mejor para todos.

Es que el pasado que con tanto esmero reconstruyó el profesor Luis Fernando Molina es muy evidente, y de qué manera, para la historia, para el presente

PRÓLOGO

y para el promisorio futuro de esta Universidad de los Andes. Que así sea el legado de esta conmemoración.

El recuerdo de la personalidad de Mario Laserna se mantiene vivo y no disminuye el sentimiento de lo que ha significado su ausencia. Su toque genial nos hace falta. No se olvida el sentimiento de que compartir con él era encontrarse con una persona extraordinaria que ofrecía, siempre, ideas y propuestas novedosas, con particular sensibilidad y como si no tuvieran enorme significado. Le fluían con naturalidad. Era su manera de conversar. Parecía habitar en un mundo bien diferente del que conocíamos. Incansable en el oficio de señalar problemas diversos o en indicar caminos novedosos. O de embarcarse en nuevas actividades intelectuales, políticas o relacionadas con la vida cotidiana, urbana o rural. Versátil. Multifacético. Universal. El legado de Mario Laserna permanecerá enriqueciendo la historia.

Deplorable que la correspondencia con algunas de estas personalidades internacionales se hubiera perdido en la propia Universidad. Es bien claro que hubo más que una fotografía. Que Einstein hubiera puesto su voluntad para solicitarle a Eduardo Zuleta Ángel que aceptara la Rectoría de la Universidad de los Andes es una muestra del grado de compromiso que Laserna había logrado. Realmente increíble. Y así en otros casos que resultaron estratégicos para el futuro de Uniandes. Por ejemplo, que el distinguido filósofo Dietrich von Hildebrand hubiera convencido a su hijo Franz de que se vinculara a esta nueva universidad. Es que los diez primeros años de Uniandes no se entienden sin la fecunda actividad de Franz von Hildebrand, como secretario general y profesor que vivía con su extensa familia dentro de la Universidad. Los recuerdos de los primeros estudiantes están íntimamente ligados a Hildebrand. Era lo más representativo de la Universidad.

Es interesante verificar cómo esta misma aproximación ha distinguido los diferentes programas de la Universidad que, además, han contado con profesores extranjeros que han ayudado a mantener y mejorar el nivel de excelencia. Y así como un joven de 25 años la concibió, de la misma manera otros hicieron lo propio para crear, desarrollar y consolidar muchos programas.

Los Andes es una universidad promovida por un joven y consolidada por jóvenes.

El activismo desplegado por Mario Laserna internacionalmente no tuvo rival. Ratificó así su condición de fundador, no solo en Colombia sino en Estados Unidos y Europa, donde actualmente surge también interés por estudiarlo y comprenderlo.

La narración sobre las gestiones que Mario Laserna adelantó en Colombia y en el exterior dejan el convencimiento de que es un caso irrepetible. Aun

si se presentara como un modelo en el proceso de fundar una universidad, no se ve cómo se podría imitarlo. Y muy impresionante verificar que la esencia de ese proceso se ha mantenido a lo largo de 75 años de existencia.

Uniandes es un resultado feliz del altruismo de la familia Laserna, mucho de sus padres, sus tíos Emiliano Laserna e Isabel Pinzón, sus hermanas, su esposa Liliana Jaramillo, del grupo de amigos del Gimnasio Moderno que apoyó su fundación, del Jockey Club de Bogotá, de los empresarios, de los gobiernos extranjeros y fundaciones internacionales y, sobra decirlo, de sus profesores y colaboradores y, ahora, de sus exalumnos.

Todos ellos han visto en esta institución universitaria una oportunidad de contribuir a hacer de Colombia un mejor país o, como dijo Alberto Lleras Camargo, “una espléndida y segurísima inversión en el porvenir de la República”.

La discreta pero cuantiosa donación de Francisco Laserna Bravo y luego las de los hermanos Obregón y Echavarría, la del Jockey, propiciada por Fernando Salazar, merecen particular encomio porque no solo fueron muy generosas, sino porque abrieron un camino que no era común.

Hubo un círculo virtuoso: la tenacidad de Mario Laserna, la reputación que él había logrado para su naciente universidad gracias a la colaboración de celebridades académicas internacionales, de profesores extranjeros que se identificaron con ella y el apoyo de empresas, personas y, repito, del Jockey Club. Así se explica lo que hoy llamamos una victoria temprana, que fue reafirmada por la gestión de rectores como Roberto Franco, Eduardo Zuleta, Alberto Lleras y el propio Mario Laserna, quien estuvo muy activo, aquí y en el exterior, ayudando a construir el nuevo espíritu universitario que ha caracterizado a Los Andes.

Esa construcción tenía como objetivos principales el gobierno de la Universidad, el papel de profesores y alumnos en su administración y en el nuevo proceso de aprendizaje basado en las prácticas de la Universidad de Columbia.

Uniandes fue la primera universidad internacionalizada en todas sus dimensiones: administración, financiación, organización académica, profesorado y cooperación.

Mario Laserna, desde antes de la fundación de la Universidad, ya tenía una estrategia clara de internacionalización de la Universidad de los Andes. Así logró que esta naciera con un prestigio que siempre la ha acompañado, en el exterior y en el interior de Colombia. Así se explica lo que fue un factor clave para su desarrollo y para mantener desde el principio, en cada programa, niveles de excelencia. Ese factor fue el de la cooperación internacional, que se materializó en la ayuda temprana de Evelyn Marshall y de 13 universidades estadounidenses de gran categoría, que entre 1951 y 1963 apoyaron el Programa 3-2 que

PRÓLOGO

permitió la formación de más de trescientos uniandinos en diversas carreras. Los Andes fue prestigiosa desde su propio comienzo.

Esta cooperación se hizo inicialmente con la Universidad de Illinois y, luego, con otras de Estados Unidos, Canadá y Europa.

En buena parte, esa internacionalización de los estudiantes en el Programa 3-2 debe su éxito a la filántropa estadounidense Evelyn Marshall de Suárez, también invitada por Mario Laserna, y quien generosamente ayudó a financiar ese intercambio y realizó el contacto clave con el rector de la Universidad de Illinois, George Stoddard.

La cooperación continuó en los años sesenta con las Fundaciones Ford y Rockefeller, que contribuyeron con aportes para la construcción de nuevos edificios, financiación de investigación, apertura de nuevos programas y contratación de profesores.

Pronto Uniandes empezó a recibir grupos de estudiantes estadounidenses y profesores visitantes, y muchos jóvenes que venían a escribir su tesis doctoral y, de buena voluntad, ayudaban a fortalecer el nivel académico.

Esta “revolución académica” fue contagiando a otras universidades, y, en realidad, hubo un proceso de modernización oportuno y necesario.

Mario Laserna hizo esfuerzos de muy diversa naturaleza para reclutar o invitar profesores de alto nivel, entre quienes se pueden citar a John Horvat y Gerardo Reichel-Dolmatoff. Algunos métodos inusitados, otros más acordes con las costumbres universitarias. Y en casi todos los casos fue vital la ayuda de las mujeres del grupo que acompañó a Mario Laserna en la fundación o de donantes para asegurarles un nivel de vida decoroso al interior del campus, y suplir así la enorme precariedad de recursos económicos. Muchos de los colombianos que trabajaron durante los primeros años no recibieron salario.

Uniandes es un extraordinario ejemplo de cómo edificar y desarrollar sin un patrimonio una universidad de excelencia.

El desarrollo de la Sección Femenina y de la incorporación de las mujeres a la vida académica de Uniandes no está desprovisto del estilo ya bien conocido de Mario Laserna, lo mismo que el nacimiento y crecimiento de departamentos como el de Matemáticas, que pronto pasó a ser el mejor y en el cual Mario Laserna desempeñó un papel predominante, en todo sentido.

La narrativa sobre los demás departamentos o facultades es inevitable. La impronta del estilo de Mario Laserna como rector de la Universidad Nacional sirve para ilustrar cómo las cualidades que se invocaron como estratégicas para la fundación, promoción y construcción de la Universidad de los Andes

estuvieron muy presentes, pero en la Universidad Nacional, en un ambiente hostil dentro de ella y en algunos sectores externos, obstaculizaron seriamente la misión de Mario Laserna.

El ambiente estudiantil de La Nacional ya estaba sesgado por el impacto de la Revolución Cubana y las consignas contrarias al proyecto modernizador de Mario Laserna estaban a la orden del día: el rector que quiere norteamericanizar la principal universidad estatal de Colombia. Tremendo. La resistencia al cambio, bien sabida de las instituciones universitarias, hacía aún más compleja la introducción de una nueva concepción académica y de la gestión administrativa. Era un enfrentamiento con los intereses creados. Cuesta trabajo creer que Mario Laserna no se amilanó. Con el coraje y la audacia que lo distinguían puso en marcha ese proceso, lo cual hizo más hostil un clima que no era tranquilo. Molina afirma que los rectores que lo sucedieron fueron implantando esas reformas, que con el tiempo ayudaron a la modernización de la Universidad Nacional.

Y, como si nada pasara, fundó la Facultad de Sociología y fortaleció unidades académicas relacionadas con las “ciencias de la vida”. Hizo alianzas con universidades extranjeras, invitó profesores ilustres, cambió el concepto de las residencias estudiantiles. Como si todo fuera normal.

El acto académico que por sí solo pone en evidencia las mejores virtudes de Mario Laserna fue el que organizó para entregar el doctorado *honoris causa* al presidente Alfonso López Pumarejo. Y ello con la presencia de Laureano Gómez, su gran opositor. También asistieron el presidente Alberto Lleras Camargo y el expresidente Darío Echandía. Sí, eran las figuras preclaras del Frente Nacional, pero esto en el campus de la Universidad Nacional parecía ser el colmo de la audacia y del coraje. Fue esa ceremonia un símbolo de la unidad que representaba el Frente Nacional. El inesperado y muy elogiado gesto de Laureano Gómez de saludar emocionado y con afecto a su contradictor, luego de un discurso en el cual lo había atacado con vehemencia, era una increíble representación de la reconciliación nacional y del espíritu no partidista que Mario Laserna reclamaba para la entidad universitaria. Así lo registra Luis Fernando Molina.

Semejante acto político no desdecía del principio sagrado que inspiraba a las universidades y, por supuesto, ahora, durante la rectoría de Mario Laserna, del centro principal de educación superior, que era el de mantener alejada la universidad del activismo partidista pero no del acontecer político, el del pasado, el del presente, el del futuro. Una línea divisoria clave. Reflexión, estudio, debate en torno de la política, sí. Proselitismo partidista, no. Instrumentalización electoral, no.

Mario Laserna dio ejemplo en Uniandes y en la Universidad Nacional. Una conducta que deben imitar directivos académicos, estudiantes y trabajadores. Los casos excepcionales no pueden ser subestimados y es necesario reflexionar sobre su ocurrencia y sus consecuencias.

El sectarismo político deformó por muchos años el cumplimiento de los objetivos propios de la institución universitaria. Así no se compromete en nada “la prudente apoliticidad y sabia neutralidad de la Universidad de los Andes en el campo de las luchas políticas”, como escribió Mario Laserna al renunciar (1971) a la Presidencia del Consejo Directivo, para así poder asistir a la Convención del Partido Conservador Unionista y, luego, a otras actividades de carácter electoral. Distinguir entre actividad política y actividad electoral es algo que les cuesta mucho trabajo a los colombianos. El silencio, la independencia, la ignorancia sobre el acontecer político nacional e internacional es una actitud que tiene consecuencias, en ocasiones fatales, para la vida en sociedad, para el buen funcionamiento de la *polis*, del sistema político. Transformar la vida política, toda ella, en una cuestión electoral y, peor aún, en un ejercicio de sectarismo partidista o ideológico, es introducir un elemento muy perturbador en ámbitos de la sociedad que deben estar exentos, totalmente exentos, de ese elemento que normalmente es disruptivo cuando opera por fuera de sus cauces propios.

En el Concejo de Bogotá, y luego en el Senado, en representación de la Alianza Democrática M19, no encontró espacio para la materialización de sus ideales, que no eran cabalmente comprendidos. Ganó algunas batallas, como la de presentar La Candelaria como un centro histórico de la ciudad, y ello en contra de la propuesta del urbanista Paul Wiener. No ocurrió lo mismo cuando combatió la construcción de las Torres del Parque, alrededor del Circo de Toros. Y futurólogo, como lo designó Gloria Valencia en la emisora HJCK, defendió la bicicleta como el vehículo ideal de transporte.

La participación de Mario Laserna como senador de la Alianza Democrática M19 merece un estudio especial. No me sorprendería que la legislación que se hizo durante la Administración Gaviria hubiera encontrado inspiración en viejas preocupaciones de Mario Laserna con el tema ecológico, con los recursos naturales y, en concreto, con la Amazonía. Y la estrecha amistad con John von Neumann reforzaba, y de qué manera, esa visión. El planteamiento de Mario Laserna al respecto era global. “Entonces, es necesario mostrar que ya estamos ante un organismo de alcance planetario en que el mundo no se puede separar por parcelas. Si destruimos la pesca en el océano Pacífico, no somos nosotros quienes estamos perdiendo, sino toda la sociedad global”. Manuel Rodríguez, primer ministro del Medio Ambiente, explicó en detalle esta influencia de Mario

Laserna durante el conversatorio del centenario de su nacimiento y en una columna publicada en *El Tiempo*.

Era muy difícil que los planteamientos iluminados de Mario Laserna encontraran eco en el Partido Conservador, o en el Concejo de Bogotá o en el Senado de la República o en las deliberaciones del partido político M19. Mario Laserna no se desanimaba ante tanta incomprensión.

Con la persistencia y audacia de siempre, consideraba que era válido “para promover la estabilidad de las instituciones democráticas, mi propósito de apoyar la candidatura de Antonio Navarro”.

¿Cómo podría combinar tan diferentes actividades con la elaboración de sofisticados textos y conferencias en exigentes ámbitos universitarios? Es, realmente, algo que coincide con eso que Alberto Lleras definió como su personalidad “mercurial”. ¿Y cómo pudo combinarlas, como si fuera el curso normal de la vida intelectual, la redacción de libros que suponen dedicación, reflexión y cuidadosa elaboración?

El biógrafo resuelve incorporar esa diversidad de actividades, intelectuales y prácticas, en el concepto del “lasernismo”. Y no percibe a quién más se le podría asignar antes, durante o después de la casi indescriptible trayectoria vital —muy vital— de Mario Laserna.

Molina dice que su investigación permite redescubrir a Mario Laserna. No es así. Lo descubrió para así magnificar nuestra admiración y afecto por una personalidad inigualable.

La vida política de Mario Laserna es para muchos desconcertante. Kissinger decía sobre él que laboraba como un *cowboy*. O sea, en solitario. A nadie podía ocurrírsele que Mario Laserna representara un grupo político o alguna escuela de pensamiento o tendencia ideológica. Era ecléctico. No estaba matriculado en ninguna secta. Igual dirigía un medio conservador que uno liberal, igual era amigo de Alberto Lleras que de Mariano Ospina. Se anticipó a la fórmula de la paridad al integrar el Consejo Directivo de Uniandes. Promovía el nombramiento de rectores de tendencias bien diferentes, y como rector de la Universidad Nacional, al nombrar decanos, el resultado favoreció desproporcionadamente a personalidades liberales. Así como deambulaba solo por el mundo de la ciencia y la filosofía, también lo hacía entre nosotros con figuras de ideologías y actitudes bien diferentes.

Si luchó por una universidad alejada del ajetreo partidista, lo hizo para preservar lo más sagrado del espíritu universitario, pero no para alejarla del inteligente quehacer de la política. Con satisfacción asumió el desarrollo de la Ciencia Política, del Derecho y de los Estudios Internacionales, de los Regionales, del de los territorios, los municipios y las ciudades. Política sí pero no

politiquería. Y de ninguna manera el apropiamiento indebido de la función universitaria para obtener prebendas o beneficios partidistas. Lo predicó con la teoría y con el ejemplo. Un legado que sigue sólido. Por eso habló alguna vez de “la prudente apoliticidad y sabia neutralidad de la Universidad de los Andes en el campo de las luchas políticas”.

No creo que, como dirigente dentro del Partido Conservador, hubiera logrado impactar su visión, aunque formó parte de su Comité Ideológico y de su Directorio. Hizo propuestas, escribió sobre asuntos programáticos, pero como eran notorias sus aspiraciones presidenciales, los obstáculos se hicieron presentes antes de tiempo. Fue una decepción, como lo registra Luis Fernando Molina, su lucha por una ciudad más humana, más acorde con su noción del bien común. Mario Laserna volvió a ser el combatiente solitario, el dirigente que iba en contravía de intereses muy consolidados, pero, igual, actuaba con vehemencia y absoluta convicción.

Su largo período como activista político reafirma sus cualidades más sobresalientes: audacia, independencia, rigor en el tratamiento de los temas, dedicación y compromiso, y un desempeño que no se deja desanimar por los fuertes vientos que buscaban desorientarlo, debilitarlo, disminuir su entusiasmo.

Fue una etapa de frustraciones y logros que no tuvieron el alcance del gran esfuerzo por crear la Universidad de los Andes. Así era su naturaleza. Como que nada lo dejaba satisfecho. Emprendedor permanente en múltiples campos, eso sí, todos relacionados con el bien común, con el mejoramiento del bienestar, con la preservación de valores y tradiciones y, quién lo creyera, desde los años cincuenta, con la obsesiva tarea de garantizar la supervivencia del planeta, de la naturaleza, de la Tierra como un organismo vivo.

Luis Fernando Molina trae un original aporte relativo a la participación de Mario Laserna en la bancada de la AD-M19 en el Senado: por qué se incorporó, qué consecuencias tuvo esa decisión, qué desacuerdos ocurrieron y la conclusión de Mario Laserna: a los senadores lo que les interesa es la reelección. Este tema tan revelador de la personalidad de Mario Laserna merece un estudio que nos enseñaría mucho sobre la vida política colombiana. No me sorprendería que el desempeño de un intelectual conservador, independiente y osado hubiera resultado más avanzado que el de los exguerrilleros.

El texto que se reproduce al final de la biografía es de Carlos B. Gutiérrez, un destacado estudiante de la Universidad Nacional, a quien Mario Laserna conoció cuando fue rector. Luego se convirtió en profesor de Los Andes, colega e interlocutor. Se trata de una afortunada reflexión sobre Mario Laserna como intelectual. Lectura imprescindible.

Esta biografía cambia la mirada que todos teníamos sobre Mario Laserna. La de los que mejor lo conocieron hasta la de quienes apenas tuvieron un contacto fugaz con él. Administró magistralmente sus virtudes y sus defectos. Su característica principal: no era una persona dependiente, ni de su familia, ni de sus amigos, ni de las celebridades, con las cuales desarrolló una estrecha relación. Era él, era Mario Laserna. Y así queda descrito en esta biografía: un ser humano *suigéneris*. Único. Incomparable. Inimitable. En cada una y todas las etapas de su vida.

Leída esta biografía cabría formular la pregunta que en términos generales Russell Kirk se formuló al final de su controvertido libro *Un programa para conservadores*. Y ¿sí mereció la pena que Mario Laserna hubiera vivido su vida? La Universidad de los Andes y lo que ella ha significado para miles de profesionales y sus familias y lo que ella ha influido en la vida colombiana son una respuesta magnífica a esa pregunta. Esto y todo lo demás que trae esta biografía constituyen una respuesta positiva contundente.

Un ejemplo de vida. Un legado riquísimo que ahora está en letra de imprenta y que servirá de inspiración, como ya ha sucedido, para muchos. Así vive dos vidas. La que inició hace cien años y lo que ahora se presenta como un legado fecundo.

El legado de Mario Laserna es producto del coraje, de la audacia, de la perseverancia y de la pasión indomable por mejorar el bienestar general.

Fernando Cepeda Ulloa
Bogotá, septiembre del 2023





DESTELLOS DE UNA VIDA FUERA DE LO COMÚN

Mario Laserna de pocos meses de nacido con sus padres y hermanas en París, 1924. Foto: Colección particular (Arturo Aparicio Laserna).

AL ESCRIBIR LA SÍNTESIS BIOGRÁFICA en su tesis doctoral (1963), Mario Laserna Pinzón tenía cuarenta años. La nota resume el periplo de una vida que hasta entonces había dedicado —y en adelante dedicaría— al estudio y promoción de la educación:

Yo, Mario Laserna, nací en París el 21 de agosto de 1923, soy hijo del agricultor Francisco Laserna y su esposa Elena, nacida Pinzón.

Fui a la escuela primaria en Nueva York y Bogotá, donde también me gradué de la secundaria. Luego estudié Derecho durante siete semestres en la Universidad [Colegio Mayor del Rosario] de Bogotá y posteriormente en la Universidad de Columbia en Nueva York, una licenciatura en Artes con especialización en Matemáticas. Luego estudié dos semestres de Filosofía en la escuela de posgrado de la Universidad de Princeton. En la Universidad Nacional de Colombia fui rector durante dos años, al igual que en la Universidad de los Andes. Estuve en Bogotá varios años como profesor de Matemáticas y Lógica. De 1956 a 1958 estudié Filosofía en Heidelberg. Estoy matriculado en la Universidad Libre de Berlín desde el semestre de invierno de 1961, Facultad de Filosofía. En 1962, fui galardonado por la Universidad Brandeis en Waltham, EE. UU., con doctor *juris honoris causa*.

En 1948 me casé con Liliana Jaramillo, con quien tengo cuatro hijas¹ que viven en Bogotá.

La austera nota, originalmente escrita en alemán², cuenta las conquistas de una juventud compleja, confusa y exitosa³. Sus profesores y compañeros de estudio en Alemania, varios más viejos que él, lo respetaban por fundar una

PRÓLOGO

universidad en su país de origen y ser rector de la más grande, también porque Mario, a pesar de su juventud, pertenecía a una sofisticada red de académicos, con premios nobel, intelectuales y dirigentes de varios continentes. Fue una celebridad en Colombia antes de cumplir treinta años por “su originalidad, su simpatía y su personalidad, que jamás pasaron inadvertidas; dejó una huella de dinosaurio en las personas, en todos los lugares y en las situaciones que supo lidiar bastante mejor que a sus novillos...”⁴. La revista *Cambio*⁵, con la asesoría del historiador Jorge Orlando Melo y los expresidentes Belisario Betancur y Alfonso López Michelsen, lo postuló como uno de los diez personajes más influyentes del siglo xx⁶ por sus aportes a la transformación de la educación en Colombia. Hasta el final de sus días Mario fue influyente, estimado y reconocido.

En entrevista con el ingeniero Hernando Bonilla Mesa, quien compartía su pasión por la historia y la música, Mario habló de sí mismo, de su vida, algo que siempre evitaba⁷ diciendo que su historia se le había ido olvidando⁸. Los ejes principales de la inusual y extensa entrevista fueron la fundación y organización de la Universidad de los Andes⁹; su interés en la matemática, la tauromaquia y la crianza de ganado de lidia; su afición al boxeo, la filosofía de la ciencia, el periodismo, la política, el servicio público, la música; historias y aspectos de su familia; sus opiniones sobre las ideas y creencias que han fundamentado los diversos sistemas ideológicos, sociales y políticos en los siglos XIX y XX, y su proyección en el siglo XXI. El desenfado y elocuencia del diálogo con Bonilla inspiraron estas primeras luces sobre el carácter y las inclinaciones de Mario Laserna.

Por casualidad, las dos familias, la Laserna y la Pinzón, tuvieron estrecha relación con la educación. Fray Rafael de la Serna, franciscano, fundó a principios del siglo XIX el colegio que sentó las bases de la futura Universidad de Antioquia. José Nicolás Pinzón Warlostén —primo de su madre y quien a su vez descendía de Cerbeleón Pinzón, cabeza de una notable familia de educadores en Santander y Cundinamarca— fue uno de los fundadores de la Universidad Externado de Colombia. “Fundar universidades probablemente tiene algo que ver con una herencia genética oculta que nos lleva en la familia hacia la vida académica o hacia darle valor a las entidades académicas, algo poco común en Colombia”¹⁰, decía. “Había nacido en el seno ‘de una familia acomodada, que lo ‘acomoda’ y le facilita inmensamente su vida académica y profesional”¹¹.



Anexo 1 - SABER MÁS:
Genealogía de Francisco
Laserna Bravo.

A Francisco Laserna, su padre, quien nació en Rionegro, Antioquia, en 1866, se le conoció como don Pacho Laserna, acaudalado hombre de negocios con actividades en Valle, Gran Caldas, Antioquia, Tolima, Cundinamarca, Santander y el actual departamento del Meta. A medida que su fortuna crecía trabajando incansablemente, Francisco Laserna Bravo trasladó paulatinamente toda su parentela de Antioquia a Tolima, Risaralda, Quindío, Caldas y Valle del Cauca, por lo cual distintas ramas de la familia terminaron viviendo en Filandia, Cartago, Pereira, Armenia, Bogotá y otras poblaciones. Al morir en 1952, *El Espectador* presentó a Francisco Laserna como uno de los magnates colombianos de la primera mitad del siglo XX que construyó su capital durante la Regeneración y en general durante la hegemonía conservadora¹². En la lista de hombres de negocios más destacados del país figura junto a Pepe Sierra y Pedro A. López, Nemesio Camacho, Juan Bautista Mainero, Leo Kopp, Santiago Eder, Coriolano Amador, Alejandro Echavarría, Fernando Vélez Danés, Félix Salazar, Lorenzo Jaramillo Londoño, Adolfo Held, Eduardo Vásquez Jaramillo, Túlio y Pedro Nel Ospina.

En 1880, Dionisio, abuelo de Mario, quedó en la ruina y migró buscando recuperarse económicamente. Se instaló en Sonsón, población de tierra fría (2500 msnm) que prosperó por su ubicación en la ruta comercial de Cartago y Manizales a Rionegro y Medellín, en la que se movilizaba cacao, panela, maíz, ganado, cerdos, tasajo y mulas hacia la próspera Antioquia aurífera y colonizadora de la segunda mitad del siglo XIX. La migración de colonos desde inicios del siglo XIX permitió que gente de distintas poblaciones del Oriente antioqueño poblara no solo Sonsón sino el Gran Caldas, el norte del Tolima y el norte del Valle del Cauca. Como era habitual, los padres heredaban los oficios a los hijos y Francisco Laserna Ramírez heredó el negocio de la arriería y su filial: el comercio.

Al cabo de tres años recuperaron algo de fortuna pero Dionisio decidió salir de Sonsón con su hijo mayor, quien abandonó sus estudios para acompañarlo. Gracias al apoyo de amigos se instalaron en Cartago, donde abrieron una tienda que en este período, como ocurría con otras poblaciones del sur de Antioquia y el norte del Cauca, vivían un auge económico. Con un “caballito comprado en 17 pesos”, Francisco empezó a transportar de Cartago a Pereira cacao, almidón y otros artículos comprados a crédito, aprovechando que el ejército se acantonaba en esa zona durante la guerra de 1885. Con las ganancias reunió una recua y a los 18 años ganó el remate de la renta de aguardiente de Filandia. Allí se instaló con toda su familia. Su hermano menor, Emiliano, apenas tenía cinco años. Francisco abrió tienda y compró tierra donde tumbó selva y sembró maíz y caña, organizó un trapiche e instaló una pequeña fábrica de aguardiente para cumplirle al Gobierno con la renta y aprovechar para vender licor en los pueblos de Salento y Circasia.

Cuando la plaga de langosta invadió la zona¹³, Francisco no pudo apresarse a cortar la caña para molerla porque se había dañado su trapiche. La maleza entonces se apoderó del cañaduzal, aunque este aparente infortunio fue una bendición, porque cuando invadió la anunciada langosta, solo pudo devorar el rastrojo sin alcanzar las matas. Como su nuevo trapiche demoraba ya cuatro meses en llegar desde Honda, los demás cultivadores habían molido las cañas y los brotes de sus plantas también fueron presa de la langosta. Al cabo de ocho meses era “yo el único poseedor de cañas en la región, para ayudar al sostenimiento de la plaza de Cartago”. Los precios de la panela se dispararon y, para fortuna de Francisco Laserna, las cosechas de maíz de sus fincas Rancho Hiraca, en Filandia, y La Playa, en Cartago, que también usó para engordar cerdos, triplicaron sus ganancias. Con cien cuadras de caña, dice en sus memorias, “en dos años fui rico de pueblo”, y pudo diversificar en ganadería, tecnificar el trapiche con una rueda hidráulica y ampliar las siembras. “Como consecuencia de esta holgura, mandé a estudiar a mi hermano Manuel a Ibagué. En estas circunstancias... me sorprendió la guerra del 99”, lo que aprovechó como simpatizante del Partido Conservador, que por entonces gobernaba, para aprovisionar de carne y mulas para transporte de tropas. Su amistad con oficiales al mando le permitió sacar su ganado —bajo cobro de comisión por animal— hacia otras zonas, especialmente a Antioquia¹⁴. “Estos oportunos servicios me dieron magníficos resultados pecuniariamente, y amén la política adquirí algunas influencias sobre todo para sacar antioqueños de la cárcel, a la cual eran llevados por ser antioqueños y liberales”¹⁵. Entre la quiebra familiar y la instalación en Cartago y Filandia a donde finalmente llegó toda la familia, el padre y los hijos incursionaron en una librería, un pequeño teatro de variedades, una gallera, una herrería, un trapiche y una compraventa de ganado vacuno y porcino, reuniendo capital suficiente para hacer nuevos negocios en Tolima, Cundinamarca, Caldas y Valle del Cauca.

En efecto, poco después de terminar la guerra, con sus recuas se dedicó a transportar sal de Zipaquirá a Ibagué y Cartago, y de regreso, cacao de Cartago a Ibagué y Cundinamarca, donde abastecía fábricas grandes de chocolate, como Chaves y La Equitativa. Solo en bueyes, contaba más de cien cabezas, “y así aumentando mis recuas podía movilizar en el verano en fletes ajenos y mis recuas en el invierno, sin perjuicio para ninguno, porque equilibraba el valor de los fletes”¹⁶.

También se enteró a través de periódicos de que un gran rematador de rentas de Cali necesitaba un contratista para mover los correos de Ibagué a Cartago, Buenaventura y Popayán. Viajó a Cali y negoció la mitad del contrato. Una vez venció, Francisco y su hermano Emiliano se trasladaron a Bogotá y asociados con Félix Salazar y otros comerciantes amigos de Manizales, obtuvieron

del Gobierno la renta de todos los correos de la denominada zona del Pacífico, conectándola desde Ibagué con el oriente del país¹⁷:

—Nosotros podríamos cubrir el servicio de correos en los cuatro departamentos.

—¿Y cuántas mulas tienen para hacerle frente al contrato? —les preguntó el presidente Rafael Reyes.

Ambos hermanos se miraron. No habían calculado cuántas mulas necesitaba esa empresa. Para salir del atolladero, rápidamente preguntaron al presidente:

—¿Y cuántas mulas cree usted, General, que se necesiten?

—Unas trescientas.

Emiliano intervino antes de que Francisco mostrara sorpresa.

—Está bien, General. Tenemos trescientas sesenta mulas listas y descanadas¹⁸.

Una vez fuera del despacho presidencial empezaron rápidamente la compleja tarea de comprar recuas en un país donde las mulas y bueyes eran un producto de lujo, escaso y costoso, base del transporte a corta y larga distancia. Los malos caminos se “devoraban las mulas” de arriería, así como la langosta devoraba maizales. Las pérdidas de animales por caída en abismos y ahogamiento en los ríos y pantanales —que se las tragaban durante el invierno— encarecían no solo las mulas sino los fletes. Incluso, algunos comerciantes se arriesgaban en largos viajes a Ecuador y Perú para obtenerlas. Entre antioqueños es común decir que la suerte y la fortuna pertenecen a los audaces¹⁹. Los Laserna pusieron en operación 2500 mulas con el correo del Gran Caldas, el Gran Cauca, el Tolima Grande y Cundinamarca. Las recuas se movieron hasta Buenaventura transportando mercancías de importación y exportación. Como dice don Pacho en su memoria empresarial, “invirtió en algunos ferrocarriles”, porque a falta de carreteras, los trenes se abastecían de la carga movilizada en mulas y vapores. Los Laserna se turnaban en el servicio de muchas rutas que exigían la compañía personal de los arrieros, la vigilancia de las caravanas, el análisis de los costos del transporte de acuerdo con el estado de los caminos y las temporadas de lluvia o sequía, el alimento y salud de los animales, la reposición de las mulas que perecían durante las travesías y el movimiento de carga y barcos en los puertos marítimos y fluviales.

En 1904, Francisco y Emiliano Laserna se establecieron en Bogotá, precisamente cuando el empresario Rafael Reyes asumía la presidencia (1904-1909). Los grandes rematadores en Colombia automáticamente ganaban fama de

millonarios. Francisco fue invitado por Reyes a ser accionista del Banco Central que, pese a las críticas que este entuerto financiero desató en el país, terminó sacando de apuros al Gobierno, al comprarle un cuantioso paquete de bonos de deuda pública, servirle de Tesorería General de la Nación, apoyar la construcción de la red ferroviaria nacional y monopolizar, a través de sus accionistas, las principales rentas. Desde la Regeneración, el comportamiento económico de estos negociantes y su estrecha vinculación con la política expresa el ascenso de una incipiente burguesía muy involucrada con la administración de un Estado nacional en formación y una economía que se expandía, ya no solo con exportación de frutos tropicales, sino con el inicio del proceso de industrialización, la explotación petrolera, el desarrollo de la banca y los transportes pesados como el ferrocarril²⁰.

Los hermanos Laserna eran rematadores y las rentas que acumularon en ese negocio las invirtieron en las compañías de ferrocarriles de Tolima, Magdalena, Cundinamarca y Valle. Ambos crearon más de 100 sociedades que desarrollaron empresas ganaderas en Valle, Caldas, Cundinamarca, Tolima y Meta; de carbón mineral en Cundinamarca y Valle; de curtientes en Antioquia, Caldas y Cundinamarca; construcción y explotación de salas de cine en Bogotá, Cali, Medellín y Barranquilla; exploración y explotación de petróleos en las zonas del Magdalena Medio, Carare y la misma Amazonía, junto a adquisición de derechos en la Concesión Barco²¹; búsqueda de oro, plata y platino en el Valle, Antioquia y Chocó; explotación maderera en la región del Pacífico; bancos en Caldas, Antioquia y Cundinamarca; producción de energía eléctrica en Tolima y Quindío, y fábricas de chocolate, gaseosas y medicamentos en Bogotá. Los hermanos reunieron una de las grandes fortunas nacionales y su familia es un caso notable de negociantes “hechos a puro pulso” vinculados a los cambios económicos y sociales gestados durante la Regeneración. La racionalidad económica de Francisco Laserna es muy similar por una parte a la del famoso Pepe Sierra y por otra a la del visionario comerciante Miguel Samper en cuanto a métodos y hábitos. En particular, coincide con don Pepe acumulando para invertir en tierra y con los Samper en la dedicación al estudio y al trabajo, el esfuerzo individual, en una vida ordenada de acuerdo con los preceptos religiosos, austera pero decorosa, valorando el talento y las virtudes de sus hijos²², y en general de todos los miembros de la familia, y más aún si poseen habilidades matemáticas y técnicas. Esas virtudes aportaban al ideal de lo práctico, necesario para empresas y negocios en que el trabajo material y el empleo de máquinas complejas contribuían a superar la inclinación por el derecho, el sacerdocio y los cargos públicos, más relacionados con la construcción del honor y poco con la construcción de fortuna.

Fue así como Francisco Laserna y su hermano fueron precursores de las primeras empresas de energía eléctrica en Tolima y Quindío, pioneros de la tecnificación de la agricultura mediante riego y maquinaria en la meseta de Ibagué, y organización de laboratorios farmacéuticos en el centro del país, donde también operaron una fábrica de gaseosa. Fueron también pioneros de la industria petrolera, en el entendido de que las fuentes de energía son condición de la industrialización, que debían desarrollarse para permitir actividades agrícolas e industriales de mayor escala en Tolima, Quindío y Cundinamarca. Su fortuna y sus empresas garantizaron a los Laserna una vida holgada, incluso después de la muerte de don Francisco y de Emiliano²³.

Que Mario fuera concebido en alta mar tal vez marcó su vida con la estrella de ciudadano del mundo. Era el último de siete hijos y fue bautizado el 21 de noviembre de 1923 en la iglesia Notre-Dame de Grace de Passy, ubicada en 10 Rue de l'Annonciation, 75016, cercana del Sena y de la calle donde residió la familia durante una larga estancia en París²⁴. Desde su nacimiento, “Mario tuvo una infancia y una adolescencia muy accidentadas”²⁵. Nació en París “por casualidad”, porque “papá, gracias al éxito de sus negocios —como muchos antioqueños de su generación—, se daba el gusto de viajar al exterior. En un momento dado quiso llevar a la familia a pasear por Europa y ahí nací yo”²⁶. La tradición oral de la familia Laserna registra que ese viaje también tenía como propósito un tratamiento médico para Helena, madre de Mario. Ella y Francisco viajaron a Europa con sus hijas Elena y Cecilia. Los hijos varones se quedaron en Bogotá bajo el cuidado del tío Emiliano.

Mario Alberto Laserna Pinzón fue hijo de padre de edad avanzada para los estándares de la época. Don Pacho se casó en segundas nupcias el 27 de junio de 1908²⁷ con Helena Pinzón Castilla²⁸, madre de Mario, en la catedral de Bogotá. Desde la Colonia, la familia Pinzón tenía una larga tradición de letrados que desempeñaron cargos públicos, especialmente en el manejo de cuentas, alcabalas y tesorerías²⁹. Al nacer Mario, don Pacho tenía 57 y Helena 39, pero ambos alcanzaron edades superiores a las del resto de colombianos a principios de ese siglo³⁰. Dentro del imaginario de la familia tradicional en Colombia se suele decir que el hijo “benjamín” se trae al mundo para acompañar la vejez, lo que, sin duda, era un motivo para preocuparse.



Anexo 2 - SABER MÁS:
Descendencia de
Cerbeleón Pinzón.

La infancia de Mario transcurrió entre padres muy adultos y hermanos adolescentes, lo cual le permitió desarrollar esa temprana habilidad para comunicarse fluidamente con gente de mayor edad. En Europa los Laserna Pinzón permanecieron tiempo suficiente como para que Mario y sus dos hermanas, ya adolescentes, aprendieran el francés. Elena Laserna lo perfeccionó a tal punto que se convirtió en joven traductora al español, publicando su primera traducción cuando contaba apenas quince años. En una entrevista de 1998 Mario dijo que le “quedó algo parisino: ese gusto por el contacto con las diversas capas de la historia de una persona o de una ciudad. París da una experiencia directa con la historia. Me sentía muy bien allá”³¹. Cuando tenía 24 años la visitó de nuevo; la leyenda fundacional de Los Andes cuenta que, en 1947, montando en bicicleta en la Ciudad Luz, fue donde definitivamente se fijó el propósito de crear la universidad.

La infancia de Mario empezó en París y transcurrió en Bogotá, Ibagué, Ubaté y Nueva York. En Ibagué vivía su abuelo, que ya estaba muy viejo y al cuidado de sus hijos. Oriundo de Rionegro, Antioquia, vivió con su familia un tiempo en Risaralda y luego en la capital de Tolima cuando sus hijos Francisco y Emiliano habían logrado establecerse como prósperos hacendados y comerciantes, y el clima le convenía. Dionisio Laserna, ya mayor, estaba casi ciego, dolencia que heredaría su hijo menor, Emiliano, tal vez como consecuencia de la diabetes. En Tolima Mario aprendió desde niño a montar a caballo, la cría de ganado y el cultivo de arroz.

En Bogotá, inició estudios de primaria en una escuela a la que llamaban de “Las Paquitas”, dirigida por las señoritas González, donde asistían niños de las familias pudientes de Bogotá: “Estaba cerca de donde nosotros vivíamos... La casa nuestra era la de la esquina [de la calle 19] con carrera séptima, una de las que se quemaron el nueve de abril de 1948. Yo iba a esa escuela, que estaba dos cuadras abajo, en la carrera novena”³². Su hermana mayor, Elena, dueña de una fuerte personalidad y una exquisita educación, ayudaba a su madre con las labores de crianza, y desde niño lo introdujo en un medio intelectual sofisticado, lo que le permitió conocer a famosos escritores y periodistas del país³³. Recordaba a Antonio Gómez Restrepo y al poeta y periodista Aurelio Martínez Mutis³⁴.

En 1930 la familia se estableció en Estados Unidos, donde Francisco y Guillermo Laserna Pinzón adelantaban estudios universitarios. La relación de los Laserna y los Pinzón con ese país la inició Isabel Pinzón Castilla de Carreño, quien tomó cursos en la universidad en una época en que pocas mujeres lo conseguían. Isabel se movía en el medio cultural estadounidense y trabajó como periodista y diplomática tanto en Nueva York como en California. Francisco

Laserna Bravo tuvo negocios en Nueva York relacionados con petróleo. Desde entonces Mario vivió largos períodos de su vida en Estados Unidos, casi siempre estudiando. Allí culminó la escuela primaria.

La estancia en Estados Unidos me marcó y a mi papá le agradó mucho eso. Yo era un niño muy rápido en responder hasta preguntas difíciles. Me gustaba oír las conversaciones de los mayores; ese ha sido el problema. Aprendí el idioma inglés cuando tenía seis o siete años, y en la escuela en Nueva York por ese entonces ocupé un lugar destacado, tanto que aparecí en una hojita de publicidad con mi retrato, que allá acostumbran, para destacar a los alumnos sobresalientes. A mí me hicieron eso en la escuela que hoy [queda en] Jackson Heights, en el distrito de Queens³⁵.

La experiencia de Mario en la escuela debió ser grata porque don Francisco Laserna, muy enfocado en los negocios, en alguna carta a un cliente expresaba desconcertado que “mi hijo menor quiere ser maestro de escuela”³⁶. Su amigo Hernando Bonilla Mesa sostiene que, cuando empezó con la Universidad, Mario le dijo que no abandonaba la idea de ser maestro de escuela³⁷.

La familia sufrió los efectos de la crisis económica de los años treinta. Mario recordaba que su padre le redujo las raciones de dinero para gastos. Enemigo de las privaciones económicas y acostumbrado a la vida sin limitaciones que siempre garantizó un padre adinerado, decidió ganar algunos dólares vendiendo las revistas *Liberty* y *Ladies Home Companion*, a las que accedió mediante una carta en la que, haciéndose pasar por hombre adulto, se ofrecía como distribuidor. Esta actividad y las ventas en la escuela, como la de soldados de plomo y aeromodelos terminados que compraba desarmados, fue una fuente de dinero del intrépido muchacho para comprar la carabina con que se había obsesionado. A los nueve años, con ayuda de Soledad Palacios, empleada vallecaucana de la familia que los acompañó a Nueva York, logró su cometido. Ella, sin saber inglés, bajo las instrucciones y el entrenamiento previo del muchacho respondía “yes” o “no” a las preguntas del vendedor según la señal en clave que le hacía: “¿Usted está comprando el arma para su defensa?”. Estos tempranos chispazos para satisfacer caprichos, sin embargo, no definían a Mario. Según un sobrino, era “un ser dependientemente independiente [...] Tal vez esa dependencia le da su independencia”. Primero su padre, después su esposa y finalmente su hermano Jaime le manejaron la plata. Anota Jaime Laserna Serna:

Dependió económicamente de una serie de haciendas, casi todas heredadas [...] que [...] gozó hasta el final de sus días, pero a las que nunca miró

como su principal actividad económica. Conclusión de su parte económica [...] fue como de otro mundo, lo material ni lo controló ni lo descrestó ni lo conmovió. Jamás leyó un balance, jamás revisó su declaración de renta, nunca hizo un inventario de sus ganados ni mucho menos conoció la verdad de sus cultivos; su sentido común, sus buenos asociados y el desinterés por lo terrenal hicieron parte importante de su personalidad y de su éxito, fueron fundamentales en sus sobresalientes e importantes logros³⁸.

Naturaleza y pensamiento

La familia regresó a Bogotá en 1934. Como sus hermanos, comenzó la tradición de estudiar el bachillerato en el Instituto de La Salle; Mario también ingresó a ese plantel ubicado en el barrio La Candelaria:

Es una etapa que transcurre entre los doce y catorce años. Cuando entré a primer año de bachillerato, vino un primo mío [Pablo Lanzetta Pinzón], hijo de una hermana de mi mamá, que se había educado en Italia. Por el lado de mi mamá, es decir por el lado Pinzón, había una tradición cultural mucho más fuerte que por el lado de los Laserna...

La Pinzón era una familia mucho más establecida en el nivel de la burguesía profesional. Varios tíos y tías Pinzón habían estudiado en el extranjero. A mi tía Sofía la enviaron a Italia a estudiar canto. Allá se casó con este italiano Lanzetta. Su hijo fue el primo hermano que [...], cuando vino a Colombia, estuvo estudiando conmigo en el Instituto de La Salle. Él después fue un arquitecto con una firma bastante importante de arquitectura, pero ya murió.

Yo he sido fácilmente sociable, entonces formé amigos en el colegio [...] Recuerdo algunos amigos con afecto de esa época de estudiante [...] [En el colegio] ya me daba cuenta de muchos problemas que estaban surgiendo³⁹.

Según sus propias palabras, estudiar bachillerato en La Salle tuvo “tremenda importancia”, aunque a sus catorce años le pareció que “en ese colegio no había suficiente actividad de tipo social” y a él le interesaba “tener más apertura hacia la cosa deportiva o hacia más contacto con chicas y todo eso”⁴⁰. Observaba que pese a haber sido al principio un colegio de gran prestigio, en especial en el medio social de Chapinero, se había convertido en internado de estudiantes de provincia que vivían enclaustrados como internos “y a mí eso no me gustaba”. Incluso, que la educación “muy confesional y ceñida a los cánones de la religión

católica” de La Salle, propia de colegios de religiosos, no le incomodaba tanto como “las limitaciones en contactos o relaciones sociales”⁴¹.

Entre todos los miembros de su familia, Mario sentía especial inclinación y afinidad por Francisco, su hermano mayor: “Era a quien habían educado de forma más esmerada en instituciones prestigiosas, pero tuvo un fin trágico porque se suicidó de unos veintisiete o veintiocho años”. Nunca quedó claro si su muerte —el 26 de julio de 1938— se trató de un suicidio o un accidente, cuando la pistola Colt Caballito que manipulaba se disparó, le dio justo en el corazón y lo mató. Mario estaba presente en la casa familiar en la carrera séptima con calle diecinueve cuando ocurrió el hecho. La temprana muerte de su hermano favorito lo afectó profundamente⁴². Francisco tenía veintiocho años, inteligencia poco común, don de gentes y, como hijo preferido de don Pacho, gran ascendiente sobre toda la familia. Así lo expresó el padre en su testamento:

Les ruego mucha unión entre todos mis hijos reconociendo a mi hijo Francisco como mi representante espiritual, para que lo consideren y respeten como su hermano mayor y amigo sincero, ojalá para todos los actos de la vida comercial, como familiarmente lo resuelve en consejo de familia, en cuyas determinaciones tengan en cuenta las opiniones de Elena como madre y como mi representante haciendo así un tributo a la memoria del que tanto los quiere y que pedirá siempre a Dios por la felicidad de todos⁴³.

Fue su hermano Francisco quien le dijo “desde el comienzo” que le convenía estudiar en el Gimnasio Moderno, “un colegio más libre, con grandes extensiones de campo y una actitud [...] más abierta, donde se hacía deporte sin tener que ganar. No era tan competitivo como La Salle”⁴⁴. Allí estuvo hasta 1937.

Pasar al Gimnasio Moderno representó el “traslado de un colegio demasiado tradicional a otro donde habían estudiado gentes eminentes como Hernando Martínez Rueda y otros de los que más tarde vienen a jugar cierto papel en la vida nacional”. Mario consideraba que el Gimnasio Moderno “tenía la ventaja de un sistema más norteamericano, más abierto a la formación de tipo social y de tipo puramente de disfrute, del deporte o de la naturaleza, fue la gran idea de Agustín Nieto Caballero a quién siempre tuve la mayor estimación y por quien siempre tuve respeto al fundar el Gimnasio Moderno, respaldado por miembros de la familia Samper, que también fueron grandes educadores”⁴⁵.

Mario continuó su bachillerato en el Moderno y cumplió su deseo, no solo de entrar a un colegio con una pedagogía avanzada, sino de salir del encierro del internado y poder establecer relaciones sociales: “Empecé a tener amistades en el barrio Teusaquillo, que era un barrio más moderno. Tuve más contacto con el *sector femenino*. Eso indudablemente fue una ventaja para asistir

PRÓLOGO

a los bailes y las fiestas. Para entonces ya había pasado la época de los carnavales. Mi hermana Elena fue candidata a reina de los estudiantes de la Nacional”⁴⁶.

En esa etapa escolar cada uno de sus profesores, compañeros de curso, de cursos inferiores o de cursos más avanzados, tuvieron una historia sobre Mario Laserna. A continuación, se transcribe la de Julio Ortega Samper:

Lo conocí cuando ingresó al colegio en cuarto de bachillerato. Dueño de una desgarbada figura, manejaba hábilmente su cara de despiste —razón de su inmerecido apodo de “bobo Laserna”— para lograr todo lo que se proponía. Así también manipulaba a profesores y condiscípulos con increíble facilidad. Era totalmente impredecible, capaz de las cosas más extrañas, así como grandes arrebatos. Hijo de papá rico, completamente ajeno [...] al “qué dirán”. Muy inteligente pero no sacaba las mejores notas. Excelente amigo y quienes gozábamos de su amistad lo reconocíamos como alguien muy especial [...]”⁴⁷

Entre las anécdotas protagonizadas por Mario Laserna que hicieron historia en el Gimnasio Moderno, Ortega Samper recuerda:

Un primer día de clases después de vacaciones, esperábamos con el profesor Bein la llegada de quienes venían en el tranvía expreso del colegio, cuando vemos llegar a Mario rodeado de una hilarante muchachada con un pesado costal y deja salir una babilla de respetable tamaño. Mientras los presentes quedamos mudos de estupor, el profesor exclamaba a todo pulmón: “¡Un caimán, un caimán!”. Muy importante registrar que este simpático incidente produjo dos resultados inmediatos: la creación de un pequeño zoológico en el Gimnasio y que a Mario lo rebautizaron “Babilla [Laserna]”⁴⁸.

El profesor Henry Yerly acrecentó el interés por la matemática y la física que traía de La Salle, aunque en su familia por el lado de la madre y posiblemente del padre, anotaba Mario, siempre hubo:

[...] un cultivo de las matemáticas y del pensamiento abstracto. Mi bisabuelo materno, que se llamaba Cerbeleón Pinzón, escribía sobre filosofía de la moral, filosofía de las instituciones políticas. Yo lo hice por una disposición intelectual y porque me daba un liderazgo en las clases. Yo levantaba la mano para contestar las preguntas que hacía el profesor. Tuve un profesor muy bueno de Geometría elemental en el Instituto de La Salle, a quien le gustaba poner problemas —lo mismo que le gustaba a Yerly—, para hacer funcionar la mente⁴⁹ [...] el profesor de Geometría que

me despertó el interés por las matemáticas [en La Salle] [...] se llamaba el hermano Gabriel. Después, al pasar al Gimnasio Moderno fue con el profesor Yerly. Hice una buena amistad con él y había algunos condiscípulos con interés en las matemáticas y eso le gustaba mucho a Yerly, a quien después llevé a la Universidad de los Andes.

[Luego] en 1942 llegó a Bogotá el doctor Francisco Vera (1888-1967), refugiado español, quien dictó algunos cursos de Matemáticas en la Universidad Nacional y la Sociedad Colombiana de Ingenieros, haciendo énfasis en la matemática moderna⁵⁰. Asistí a esos cursos, y con mi primo Pablo Lanzetta Pinzón tomamos con él clases particulares; esto me motivó a irme en 1944 a estudiar Matemáticas y Filosofía en la Universidad de Columbia⁵¹.

Sus hermanas y hermanos también eran conocidos en el colegio y en la universidad por su destacado desempeño en matemática. Además, sus hermanos estudiaron Ingeniería en el país y el exterior, tal como lo hizo su abuelo materno.

Finalizando la secundaria se encendió de nuevo la llama de la filosofía, latente desde tiempos de su bisabuelo Cerbeleón, y en sexto de bachillerato conoció a Nicolás Gómez Dávila, “Colacho”, cuando buscaba información para una actividad escolar del curso de Filosofía. Y como ocurrió con Yerly, este encuentro continuó con una profunda amistad, convirtiendo a Gómez en otro mentor que lo interesó por el estudio de los idiomas y la filosofía, ampliando el interés que su hermana Elena y su abuela Sofía Castilla le había inculcado por la lectura y la literatura. Pero lo que fascinó verdaderamente a Mario de su encuentro con Gómez fueron sus libros, su grandiosa biblioteca:

Nada es más agradable que hablar de aquellas cosas a las cuales se ha vivido entrañablemente ligado. Sin vanidad y sin modestia, debo decir que el libro, más exactamente, los libros han tenido en mi vida una significación excepcional. Me parecen tan indispensables como el aire que respiramos, la comida que nos nutre o el techo que nos cobija. Creo que de todo podría prescindir en un momento dado, menos de los libros.

En el trato con el libro ocurre algo curioso y digno de anotarse. Como con ciertas mujeres, la seducción puede iniciarse por su aspecto exterior para convertirse en un profundo sentimiento de adhesión espiritual o, al revés, puede comenzar por una pasión puramente intelectual para completarse con el amor total. Así, el libro a veces nos seduce por su exterior, por su riqueza editorial, para conducirnos a su propio contenido. Pero a veces también sucede lo contrario. Buscando el pensamiento,

PRÓLOGO

hallamos el encanto de su estampa, de su disposición, su gracia puramente formal.

[...] Por eso hay bibliófilos, bibliómanos y hasta bibliólatras. Yo he sido un poco bibliófilo y hasta un tanto bibliógrafo, como lo demuestran algunos inventarios de cultura en los que he tratado de sistematizar mis propias experiencias en ciertas materias. Como a todos los bibliófilos, la pasión se inició desde la infancia.

[...] Yo no temo al hombre de un libro, temo al hombre sin libros, al que deja transcurrir su vida sin la presencia maravillosa de esos buenos amigos que no solamente nos dicen muchas y gratas cosas, sino que nos acompañan con una fidelidad y una gracia que difícilmente hallamos en los seres humanos⁵².

Mario daba de qué hablar y protagonizó sucesos hasta pocos meses antes de terminar el bachillerato. Según su amigo Julio Ortega,

En septiembre de 1940, nuestro condiscípulo Alfonso “Mico” Benavides, quien más tarde fuera profesor de Economía en Los Andes, viaja a Estados Unidos para enrolarse en la Universidad de Virginia. Indudablemente un acontecimiento para todos sus compañeros de sexto, de suerte que organizamos ir en grupo a despedirlo al Aeropuerto de Techo. De regreso al colegio alguien sugirió dar por terminada la jornada escolar, sugerencia vehementemente rechazada por el vicerrector, don Alfonso Jaramillo, con la amenaza de expulsar a quien osara hacerlo. Todos nos sometimos sin chistar a tan perentoria manifestación, pero Mario rebeldemente rehúsa hacerlo y marcha a casa. Al día siguiente, cuando llega en el tranvía expreso como si nada hubiera ocurrido, con toda la razón don Alfonso le impide la entrada, recordándole la orden de la víspera. Resultado: Mario es expulsado a tres meses de recibir el grado de bachiller. Pero su especial carácter despierta en todos sus condiscípulos de sexto y alumnos de los cursos inferiores un raro sentimiento de solidaridad, extensivo a las niñas de bachillerato del vecino Gimnasio Femenino, con quienes compartíamos los laboratorios de química y física. Mientras el estudiantado actúa como un solo hombre ante don Agustín Nieto Caballero y don Alfonso Jaramillo, implorando por el perdón a Mario, y las del Femenino elevan al cielo sus oraciones con igual propósito, nuestros mismos profesores coadyuvan en ese empeño. Luego de varios días de tesonero cabildeo, Mario es finalmente readmitido con matrícula provisional y el compromiso de sus compañeros de sexto de mantener en todo sentido una intachable

conducta durante el restante período lectivo, so pena de verlo definitivamente expulsado. Y es así como, gracias al carisma de Mario Laserna Pinzón, catorce jóvenes candidatos a bachilleres empeñan sus voluntades durante tres meses para reponer una de sus excentricidades⁵³.

Al finalizar la secundaria, pese a las sanciones, estuvo a cargo del discurso de grado, no sin antes expresar al director Agustín Nieto Caballero su opinión sobre el sistema del Gimnasio Moderno, al que calificaba de pésimo. Nieto le replicó: “Tiene toda la razón, usted es muy mal educado”. Paradójicamente fueron sus compañeros de colegio quienes mejor comprendieron su proyecto de universidad, acompañándolo en la fundación de Los Andes, pues desarrollaban competencias para identificar y solucionar los problemas de diversa índole, especialmente los sociales. Mario estuvo a cargo del discurso de graduación en 1940, honor que se le concede a los estudiantes más destacados.

Al estudiar primaria en el Instituto de la Salle en Bogotá y en la escuela pública de Jacksons Heights, en Nueva York, y secundaria en el Instituto de la Salle y en el Gimnasio Moderno en Bogotá, pudo interactuar con diversas culturas, profesores, condiscípulos y modos de enseñanza. Además, estuvo atento a lo que sus hermanos vivieron durante su propia educación en Colombia y en el exterior, y a los aprendizajes producto de su actividad profesional; a lo que se discutía en las tertulias literarias a las que lo llevaba su hermana Elena; a los negocios paternos —irrigación para mejorar la agricultura, desecación de pantanos para ganadería, banca, ferrocarriles, electrificación, radio, cine, industria química—; a las grandes coyunturas económicas y políticas —la Gran Depresión, el fin de la hegemonía conservadora, la guerra con Perú, los precios y la crisis del café del 1937, la Segunda Guerra Mundial, el incremento de la violencia en zonas rurales debido al sectarismo bipartidista—; a todo lo que se decía en las tertulias en la casa de campo de don Tomás Rueda Vargas alrededor de la política, los toros, la literatura y especialmente sobre educación; a los debates en casa de Gómez Dávila sobre literatura, filosofía, arte, historia, educación y la decadente “vida aburguesada en función del ‘dinero, el ‘éxito’”, en los cuales confirmaba que “ni la imaginación ni la cultura permiten descubrir el camino para llegar a las ideas”⁵⁴.

Desde que estudiaba en La Salle, Mario se había aficionado al toreo y participaba en becerradas desde los doce años. Cuando cursaba su último año de bachillerato en el Gimnasio Moderno aprendió a torear como aficionado, aprovechando su temprana experiencia con la lidia y la ganadería en Tolima, en la hacienda El Aceituno de su amigo Benjamín Rocha, doce años mayor que él, todo un “campesino doctor” en leyes y derecho comercial, con “físico de paisano”

PRÓLOGO

pero de cultura “larga y profunda”, anota su amiga Emma Reyes, la artista. Dicha hacienda, así como La Palma, San Cayetano —propiedad de la familia de su esposa en Risaralda—, Don Diego y Arrecifes, en Santa Marta, Guatancuy, Paicagüita y La Isla, en Boyacá, y Achury, en Cundinamarca, son otros lugares donde Mario Laserna celebró su amor por el campo, la vida rural, la ganadería, la agricultura y el cuidado de los recursos naturales.

El Aceituno estaba cerca a La Palma, propiedad de la familia Laserna Pinzón. En su correspondencia, la famosa artista colombiana Emma Reyes registró episodios de Mario y Benjamín Rocha durante las vacaciones en la “más maravillosa finca ganadera” y arrocera de Tolima. Dice que se llegaba a ella cabalgando durante tres horas desde la estación de tren de Buenos Aires, cerca de Ibagué, hasta la casona de la hacienda que tenía más de doscientos años, cuyo mejor espacio era el amplio corredor con sillas mecedoras que miraban hacia el extenso valle del Magdalena. La plaza de toros, con encierro, burladeros, entradas y salidas para los animales, tendidos y escaleras para acomodar espectadores, que Rocha le agregó, convirtió a El Aceituno en un centro de encuentro de personajes influyentes. Las vaquerías o inventarios de ganado coincidían con las vacaciones de varios amigos que durante años fueron el pretexto no solo para los encuentros, sino para ayudarle a Rocha en la tarea que exigía el concurso de muchos y muy buenos jinetes para recoger y arrear, bajo la dirección de su dueño, “cientos de animales casi todos salvajes” hacia los corrales cercanos a la casa. Sin embargo, advierte Emma Reyes, “la verdad es que nuestro ángel de la guarda era Mario [...] cuando los estribos estaban muy altos o al contrario muy bajos, era Mario el que descendía corriendo a arreglarlos [...] Siempre venía de último, detrás de nosotros”. Todos bebían “siempre sobre el caballo por miedo de perdernos de Benjamín; al Aceituno no se le daba la vuelta en un día. El almuerzo, lo tomábamos debajo de un árbol”. Podemos imaginar a los jinetes, bajo la sombra de alguna ceiba en el momento del descanso durante la vaquería, oyendo las historias de los vaqueros y las viejas canciones entonadas por los trabajadores de la finca. “En esos almuerzos, Mario se ponía a leer, siempre llevaba un libro en cualquier parte o sobre él o sobre el caballo”. La artista dice que pese a este asueto no iban “como turistas ni para tomar vacaciones, íbamos a trabajar igual que los peones”. Conducir las manadas de ganado hasta los corrales cerca de la casa era el trabajo más difícil, porque algunos animales se dispersaban o provocaban el desorden. Mantener agrupada la manada era una tarea peligrosa y exigente para los jinetes⁵⁵.

Una vez en los corrales, se curaba el ganado herido, se marcaba con hierro caliente y se separaban los terneros, que eran conducidos a la plaza para *la tienta* o selección de los ejemplares con las características para la lidia profesional.

Esto lo hacía Mario acompañado de dos trabajadores, quienes “los esperaban con trapos rojos en las manos para llamarles la atención. Era el examen practicado a los más chiquitos. Solamente por la forma agitada como entran al ruedo ya se ve que tienen raza de toros bravos”. Mario los enfrentaba, pero recibiendo embestidas de los toretes. Era lo que él llamaba la lidia⁵⁶.

Rocha dominaba los asados que aprendió durante sus frecuentes viajes a la pampa y que hacía al mejor estilo argentino en El Aceituno, aprovechando la carne del ganado herido o arruinado, que decidía sacrificar y asar a la parrilla, con los que remataban la faena de inventario, que coincidía con el vaciado del embalse que abastecía los canales de riego de la hacienda. Era la oportunidad para capturar los cientos de peces y babilas que quedaban disponibles en el fondo para abastecer de comida los siete días de fiesta que compartían el dueño, los trabajadores y sus invitados. Es posible que la babilla que llevó Mario al Gimnasio Moderno la obtuviese después de unas vacaciones en El Aceituno, donde se consideraban una plaga porque al menor descuido atacaban o se comían los animales domésticos⁵⁷.

Para quienes lo conocieron, Mario Laserna alcanzaba el estado de plena felicidad en el campo, especialmente en las fincas propias, como Altamira, de la familia, como La Palma, y de los amigos, como Achury Viejo. Por eso, parte de su vida las tuvo como escenario de múltiples vivencias íntimas con compañeros y familiares. De hecho, en Altamira, cerca de Ibagué, decidió instalarse durante los últimos años de su existencia. Lo extasiaba montar a caballo semidesnudo por las ardientes llanuras de la meseta de Ibagué o sumergirse al río Coello con su caballo. Su agitada vida social con políticos y académicos de todo el mundo también tuvo momentos memorables en esas fincas. Asimismo, numerosos eventos familiares. Así lo recuerda Beatriz Marulanda, quien se espantaba al verlo bajar del caballo frente a la casa de El Aceituno, después de dos horas de galope desde La Palma, trajeado con un taparrabo y un pañuelo rabo de ají anudado al cuello, de donde prendía un cepillo de dientes. Era la señal de que iba a pasar varios días en El Aceituno, sin que nadie lo hubiera invitado. Beatriz espantada se tapaba la nariz para evitar el olor de Mario, que olía como su extenuado caballo. Su presencia alertaba a todos de que muchas cosas inesperadas ocurrirían.

En el Tolima adquiría una personalidad compleja, porque mezclaba a un desconcertante capitán de hacienda, a un capataz, a un vaquero y a un labriegó. Cabalgaba, arreaba ganado, enlazaba, toreaba o conducía por el campo una enorme cosechadora de arroz, en la que, aun siendo adolescente, subía a sus pequeñas primas, que solían pasar las vacaciones escolares en La Palma, recuerda Esther Sánchez Botero. A ellas mismas, después de las aventuras en los arrozales

y potreros, las arrojaba al agua en la gran alberca de La Palma, de donde, a punto de ahogarse, las sacaba amarradas a una soga. Al final del día, Esther no olvida a Mario calzado con alpargatas, tomando agua de panela y bromeando con los trabajadores de la hacienda en las amplias cocinas de La Palma o de Altamira. Al día siguiente podía estar atendiendo a sofisticados amigos de Bogotá, Estados Unidos, Francia o Inglaterra, a quienes invitaba a pasar una temporada compartiendo su sencilla existencia rural y la afición a los toros. “Era un tipo feliz en el ambiente campesino”, afirma Esther. No es casualidad que con sus hermanos Guillermo y Jaime terminaran convirtiéndose en activos miembros del gremio de los arroceros. De hecho, Mario fue un habilidoso lobista ante el Ministerio de Agricultura, Fedearroz y los fondos ganaderos, para gestionar los intereses de los cultivadores y ganaderos de Tolima.

Estar entre gente mayor explica que, desde los diez años, Mario se hiciera amigo del abogado Benjamín Rocha Gómez, mucho mayor que él. La relación con Rocha se fortaleció en 1935 cuando, ante los ojos del joven Mario, desfiló el lote de treinta vacas y tres sementales de la ganadería de Mondoñedo, mejorados con ejemplares españoles de la ganadería española del Conde de Santacoloma y del Duque de Veragua. Años después, Mario acompañó a Rocha en varios viajes a la península ibérica a comprar ejemplares para mejorar su hato⁵⁸. En 1947 Rocha aclimató ganado de El Aceituno en su Achury Viejo, hacienda de origen colonial ubicada en Sesquilé, Cundinamarca, tierra fría, que también era propiedad de la familia Rocha. Al lado de esta hacienda, Mario y Liliana Jaramillo, su primera esposa, terminarían de vecinos cuando compraron la finca contigua. Los criadores de ganado de lidia prefieren la tierra fría para mejorar su comportamiento en las corridas⁵⁹. En efecto, contigua a Achury Viejo, estaba Achury (a secas), propiedad de los Laserna Jaramillo, donde Mario estuvo retirado durante largas temporadas deleitándose con el silencio que tanto apreciaba y protegiéndose con su querida ruana del viento frío y seco, pues el frío lo mortificó desde la adolescencia⁶⁰. Mario reconoció, de 77 años, que “Benja” Rocha, “Colacho” Gómez y “El Chapetón” Torres (habría que agregar a esa lista al “Muelón” Lleras) fueron sus amigos más queridos. Con ellos compartía el amor por la vida a campo abierto. Como muchos hijos de hacendados, eran verdaderos campesinos y, a la vez, reconocidos “doctores”. “Ellos tres han sido



Anexo 3 - SABER MÁS:
Genealogía de
Liliana Jaramillo.

los principales guías que he tenido en la vida. Rafael me llevó a hacer mucho deporte y mucho ejercicio, que me está sirviendo todavía, y Benjamín me enseñó de toreo, ganadería y agricultura⁶¹. Los Rocha y los Laserna fueron los hacendados pioneros del cultivo del arroz en el norte de Tolima.

Mario fundó la universidad más bogotana, pero “siempre se consideró un sencillo hombre de provincia” enemigo del formalismo capitalino. Quienes lo conocieron recuerdan cómo en el encumbrado Jockey Club pedía aguardiente en vez de bebidas extranjeras, en un franco desafío a las directivas y al personal de servicio del club, que finalmente no podía satisfacer a su excéntrico socio⁶².

La pasión que Rocha le inspiró por la ganadería de lidia propició el interés infantil de Mario por las vaquerías del ganado cimarrón o que pastaba libre en El Aceituno. Ocurrían cuando los animales eran arreados desde los montes y pastizales hasta los corrales o encierros, o conducirlos hacia las ferias de ganado en los pueblos, recuerda Felipe Rocha Marulanda, hijo de Benjamín y amigo de Mario. En estas faenas, como en todas las zonas ganaderas de Colombia, los gritos y cantos de vaquería sonaban mientras se arreaba el ganado. Con los animales en los corrales, la marca con hierro ardiente, la curación de heridas y el baño contra garrapatas y nuchas, se mezclaba el juego. Los vaqueros presumen de su fuerza, destreza y “hombría” enlazando o toreando terneros, novillitas y machos ya faenados, pues no se acostumbra con los amigos o vaqueros con poca experiencia ponerles vacas o becerras “limpias”, es decir, no toreadas y “mañosas”⁶³. Entrar al ruedo a desafiar una ternera o un becerro era una especie de iniciación para los muchachos. Mario le contó a su amigo Hernando Bonilla Mesa que él empezó a torear “en serio” a los 17 años.

En las vaquerías de El Aceituno y en la lidia de Benjamín Rocha en los corrales y en el ruedo de la finca, nació también la temprana afición de Mario por la crianza de este ganado y por la tauromaquia, pues en la familia no había tradición en ese sentido y a su padre, pese a sus negocios con equinos y bovinos, esto no le interesaba, aunque su tío Emiliano frecuentaba algunas ferias en el Tolima a las cuales eran invitados Mario y su hermano Alfonso, quien también terminaría organizando espectáculos taurinos en fiestas y carnavales en pueblos y ciudades de la región. La pasión de Mario por la ganadería de lidia tuvo el doble propósito de negocio y afición. Hasta finales de los años noventa, desde La Palma se despacharon animales para la fiesta brava de numerosos municipios del país⁶⁴. Finalmente el negocio decayó en la misma medida en que los toros empezaron a tener detractores. Mario perteneció a una generación de intelectuales que gozaba la tauromaquia como un arte. En una entrevista concedida a *El Tiempo*, en 1998, con motivo del quincuagésimo aniversario de fundación de Los Andes, dijo sobre su afición a los toros: “Su parte estética es extraordinaria. En torno a ellos

hay poesía, música, literatura, pintura. Creaciones magníficas del espíritu que no se consiguen con el fútbol o el basquetbol. Tienen un significado que expresa en forma primitiva la relación entre la vida y la muerte". Trataba de asistir a las temporadas taurinas en Bogotá y otras partes del país. Sus casas de La Candelaria, en la capital, y de la hacienda Altamira, en Ibagué, tuvieron habitaciones repletas de cuadros y afiches taurinos. Al final de su vida, cuando aún gozaba de conciencia, decía que su pasión por la tauromaquia no era la de un aficionado: "[...] en la forma que yo la practicaba, generalmente veía comprometida mi seguridad material y debo decir que es una experiencia muy importante para mí. Pero no sé si sería un poco emplear mal los vocablos al llamarla un *hobby*"⁶⁵.

En un humanista como Mario Laserna, que ama los animales y la naturaleza, además como ambientalista e interesado en la etología, es impensable por principio, aceptar una igualdad entre hombres y animales (antiespecismo). Mario también concibe la tauromaquia como práctica o afición intelectual y atlética, y no como profesión⁶⁶. El animalismo se propagó en claustros universitarios de Francia, España y América. Algunos describieron a Mario, buscándole el quiebre, como un filósofo kantiano aficionado al toreo. Los críticos no se tomaron el tiempo para discutir con él su visión sobre la tauromaquia. Para él la lidia no era un asunto trivial sino un campo de reflexión sobre el comportamiento de humanos y animales. Fue él quien propuso por primera vez en Colombia un programa formal de estudios profesionales en etología y crear facultades en ciencias de la vida tanto en Los Andes como en la Universidad Nacional. Fox y Tiger, junto con el nobel de Medicina austriaco Konrad Lorenz y con Nikolas Tinbergen, entre otros etólogos en el mundo, permitieron a Mario una reflexión profunda sobre este milenario arte con orígenes en la edad de bronce. Se retiró como socio del Country Club cuando le negaron la entrada acompañado de un humilde torero venezolano que tenía en gran aprecio y a quien por ese tiempo protegía en Colombia. La amistad que tuvo con Luis Miguel Dominguín y Dalí también se fundó no solo en el arte y el coleccionismo, sino en una pasión compartida por la tauromaquia⁶⁷.

El amor de Mario por los animales lo expresó también al final de su vida, cuando muy afectado por el alzhéimer acogió con su familia, en la hacienda Altamira del Coello, un refugio para animales silvestres decomisados por la Corporación Autónoma del Tolima (Cortolima). Cuando su salud mental se agravó, Mario se encariñó con muchos de estos animales, especialmente un tigrillo del que tuvieron que separarlo por seguridad cuando el felino se hizo adulto. También se encariñó con Chiquilín, un mono que se convirtió en animal de compañía. Nunca se separaba de él, ni en la noche cuando dormía⁶⁸.

Mario también se aficionó al boxeo, que practicó con el abogado Rafael Torres, "El Chapetón"⁶⁹, en los talleres de la Empresa del Tranvía de Bogotá.

Torres empezaba universidad cuando Mario apenas daba sus primeros pasos en París. En esto se confirma la inveterada inclinación por relacionarse con gente mucho mayor. Mario también estudió para interpretar el oboe, aunque fue una afición que no perdió por su salida del Instituto La Salle. Estas actividades, además de la lectura, los paseos a pie, a caballo, en automóvil o en bicicleta fueron las preferidas en su tiempo libre y en sus vacaciones durante el bachillerato.

Pero en definitiva su gran pasión fue el arte, probablemente influenciado por su madre, su tía Isabel Pinzón y su hermana Elena Laserna, quienes apreciaban y colecciónaban la obra de artistas vanguardistas como el alemán Guillermo Wiedemann, radicado en Colombia en 1930. Toda la familia siempre lamentó la pérdida de más de treinta obras del artista durante el incendio de su casa el 9 de abril de 1948⁷⁰. Por ese entonces también arribó al país el pintor belga George Brasseur, que estuvo de paso por Bogotá a finales de los años veinte y quien tuvo una fugaz relación con Isabel Pinzón, amorío del que se conserva un magnífico retrato que el pintor le hizo. Sin duda, la tertulia de Nicolás Gómez los domingos, entre siete y nueve y media de la noche, que reunía a los pocos eruditos e historiadores del arte en Bogotá, como Luis de Zulueta y Antonio María Bergman, así como la apertura de la galería en la librería de los Ungar en Bogotá, en 1946, dio un giro a esta inclinación, como ocurrió a otros artistas, aficionados y coleccionistas que se tomaron en serio el asunto del arte y el coleccionismo. A pesar de ser modesto, presumía de tener “buen ojo” para el arte, pues “el que no se mueve entre obras de arte como entre animales peligrosos no sabe entre qué se mueve”⁷¹. Ya viejo, sentía orgullo y amor no solo por su larga lista de amigos llena de celebridades de la ciencia, el arte, la política y la cultura, sino por el rico acervo de obras que empezó a formar desde joven, hasta convertirse en un respetado coleccionista. Las alusiones al arte fueron tema recurrente de aquella tertulia. Nicolás Gómez, en sus *Escolios*, incluye numerosas reflexiones en la materia, como que “el arte nunca hasta porque cada obra es una aventura que ningún éxito previo garantiza”, que “el arte es el más peligroso fermento reaccionario en una sociedad democrática, industrial y progresista” y que “el arte es el supremo placer sensual”. La cultura de Mario en artes era muy vasta y la formó desde joven bajo la tutela de su hermana Elena y de su madre, y ya adulto, de su mentor Nicolás Gómez.



Anexo 4 - SABER MÁS:
Discurso de apertura de la exposición de grabado alemán en la Galería El Callejón (Bogotá 1959).

PRÓLOGO

A Nicolás Gómez Dávila lo conoció a través de su amigo José María Obregón, con quien estudiaba para los exámenes finales del bachillerato. Fueron a su casa buscando una explicación de algunos temas del curso de Filosofía de sexto año de bachillerato, y ahí empezó su amistad.

Con él también decidí, en cierta manera, cambiar mi orientación de una carrera de Derecho para ejercer como abogado y manejar los asuntos legales de mi papá y de mi familia, hacia algo más intelectual como la Filosofía y las Matemáticas; la amistad de cincuenta años con Nicolás Gómez Dávila es la gran influencia de mi vida⁷².

Otro amigo mucho mayor en su juventud y muy dotado intelectualmente era don Tomás Rueda Vargas, en cuya hacienda Santana se reunían artistas, académicos, periodistas, toreros, empresarios y políticos a tomar chocolate, leer poemas y conversar sobre múltiples temas, como toros, historia y política. A estas reuniones, que se realizaron dos o tres veces al mes durante varios años, también asistían miembros de la tertulia de Gómez Dávila. Al respecto expresó Mario a Gloria Valencia, en una entrevista transmitida por la emisora HJCK:

Al preguntarme a mí mismo, en visión retrospectiva e introspectiva, dónde adquirí el olfato y el tacto del trato social que me ha permitido adaptarme con notoria facilidad a la cotidianidad de culturas tan diferentes a la mía nativa, como la alemana e inglesa de las universidades centenarias, la austriaca y francesa de la diplomacia y las familias encastilladas, o la española de los toros y el obsesivo y omnipresente fantasma de su grandeza pretérita, he recordado con gratitud a Tomás Rueda y a Margarita Caro de Rueda, los señores de Santana. En efecto, ahí, en torno a [una] mesa abundante de pan de yuca recién horneado, conjurados por la voz algo monótona y sin estridencias, que parecía surgir de la ruana gris del dueño de casa, cuya calva romana mantenía cubierta con una vasca azul, desfilaba, mientras saboreaba una taza de chocolate bien batido, esa generación de políticos y hombres de letras a los que el historiador Malcolm Deas acertadamente llama “del poder y la gramática”.

[...] Esa experiencia de una reconstrucción viva del pasado [...] Mi suerte fue recibirla como un alimento dosificado que se grabó en mi conciencia, por los sentidos y por las palabras o la expresión de los rostros o el tono de voz en episodios como: “Vea niñita, llévese ese perro para que no le muerda el pantalón a Mario”. Fue [con] estos encuentros vivos con la historia, que mi espíritu aprendió a bailar en diferentes escenarios, pero con la

misma música, la del pasado. Así, cuando años más tarde, recién terminada la guerra, fui a Oxford, no tuve ninguna dificultad de entrar en diálogo fácil con los colegiales y prefectos de los célebres *colleges*.

[...] sirva de ejemplo la facilidad con que podía mantener largas conversaciones y oírles reminiscencias y sabias reflexiones a Mariano Ospina Pérez o Darío Echandía. Meditando hoy sobre esta facilidad que tantas y tan enriquecedoras estadías en tierras extrañas, sin yo sentirme un extraño, me ha permitido, he llegado a la conclusión [de] que se las debo a la generosa y afectuosa acogida que los señores de Santana y sus familiares me brindaron⁷³.

El amor al arte se lo transmitió Mario a sus hijos y lo compartió con Lilianna Jaramillo, Caroline Schönburg y Martha Ballesteros, sus compañeras en los tres períodos más importantes de su vida sentimental. De su parte, familiares y amigos se beneficiaron de su asesoría, heredaron o recibieron como regalo valiosas obras, llegando incluso a ser la base de las colecciones que continuaron formando y que hoy también disfrutan los descendientes de Mario. El valor económico de las pinturas, tapices, grabados, esculturas, piezas precolombinas y otras antigüedades representaba, a sus ochenta años, el activo más valioso del patrimonio de Mario, estando en segundo lugar sus tierras e inmuebles en Ibagué y Bogotá, y en tercer lugar el ganado en las haciendas⁷⁴. Más que su considerable precio en el mercado, las obras representaban para él un soporte del “honor familiar”, que sus descendientes debían preservar. La “renta” que esa gran inversión, realizada durante muchos años comprando obras en galerías y anticuarios de todo el mundo, representaba también un tesoro estético que le arrojaba un usufructo espiritual. Por este motivo las compartía con amigos, familiares, organizaciones como la Universidad de los Andes y el Jockey Club, que las exhibieron por largo tiempo en condición de comodato, préstamo o donación, pues desde tiempos de estudiante estaba adquiriendo cuadros y otros tipos de arte colombiano y extranjero. Mario se hizo célebre entre sus amigos en el país y el exterior por sus espléndidos obsequios de arte y antigüedades. A su gran amigo Francisco Pizano, por ejemplo, le regaló *San Agustín*, y a Benjamín Rocha y sus hijos varios cuadros barrocos peruanos de excelente factura, que ellos conservan con aprecio. La Universidad de los Andes exhibe en uno de sus salones emblemáticos, un gobelino de alto valor artístico, histórico y económico⁷⁵. Mario regaló a su hija Carmen Julia diez pinturas del período colonial, que incluían anónimos italianos del Barroco y obras de los Figueroa y Gregorio Vázquez de Arce y Ceballos. Intentó dar en comodato al Museo de Arte del Tolima otras obras que Carmen adquirió por su parte⁷⁶.

Protector de varios artistas, sus gestos como mecenas pasaron desapercibidos, tanto como su aprecio por los temas religiosos en el arte. En sus registros contables quedaron asentados los emolumentos que mes a mes le giraba a algunos pintores que protegía, como el estadounidense Jim Morris, quien además vivió un tiempo en su hacienda Altamira en Ibagué, donde plasmó, como agradecimiento al mecenazgo, coloridas y originales composiciones en paredes y techos de la “Casa de la Mariposa”, una sencilla vivienda campesina tolímense, convertida en insólita capilla sextina criolla. En la casa principal de Altamira también perduran murales de un rico y alegre colorido que registran la vida campesina de la región⁷⁷.

Su interés por el arte religioso de la Colonia —que era casi todo en esa época— hay que entenderlo en el contexto de su religiosidad. Como conservador coherente, exaltaba la filiación religiosa católica, apostólica y romana, pero bajo el principio liberal de la libertad y el respeto a todos los cultos. Pensaba que sin religión la vida carece de significado. Los héroes de Mario son los santos, los filósofos, los artistas (incluidos los toreros) y los científicos. Su ideal de santidad está representado en san Francisco. Era devoto del grupo religioso Cordón de San Francisco. Rezaba todas las noches arrodillado sobre la cama, incluida la de su muy solemne amigo monseñor De Brigard, de la que se apoderaba sin timidez para dormir la legendaria siesta que religiosamente hacía después de almorzar. La oración era un medio para profundizar su fe en la doctrina cristiana y enriquecer su vida espiritual más íntima. Esa fe lo conducía a buscar lo mejor de las personas. En su tolerancia, pensaba que el mal también podía ser una experiencia espiritual. Los ataques de sus opositores los tomaba como temas de reflexión que enriquecían esa vida espiritual, lo cual explica también su interés por comprender el papel de las organizaciones y la cultura religiosa católica, budista, protestante y musulmana en los sistemas y modelos políticos⁷⁸. El arte también debe entenderse en Mario como parte de su experiencia religiosa. Su valor económico es residual frente al goce de su contemplación.

Como embajador en París y Viena fue un activo promotor del intercambio artístico, especialmente plástico y musical. Su desempeño como rector en Los Andes y la Universidad Nacional arrojó un impulso a la gestión para fortalecer la institucionalización de los estudios de Música, Teatro y Artes Plásticas. Numerosas y valiosas pinturas y esculturas fueron adquiridas durante la estancia de Mario como embajador de Colombia en Viena, donde, en compañía de su esposa Caroline, pudo ampliar su colección. De esta época es la adquisición en una subasta en París de *El triunfo de Baco*, atribuido a José Ribera, El Españoletto, quizás la obra más valiosa de la colección, luego de que varios expertos

en ese artista, como el maestro Fernando Botero⁷⁹, el historiador Luis de Zuñeta y los curadores y analistas del Museo del Prado de Madrid realizaron en sus laboratorios sendos estudios sobre este lienzo, que finalmente regaló a su hija Dorotea⁸⁰.

En el mundo del colecciónismo Mario Laserna se destacó por la adquisición a los padres dominicos de la colección de Gregorio Vásquez de Arce y Ceballos (1638-1711), cuya calidad y volumen alcanzó un valor incalculable. Decía que su interés por el arte producido durante la Colonia en América, y especialmente por las pinturas de Gregorio Vásquez, había surgido cuando en una gira por Bogotá, junto con su esposa Liliana y su profesor de Arte, de origen alemán, visitaron la capilla del Sagrario en la carrera séptima. El visitante quedó prendado de las obras de ese pintor santafereno colgadas en la iglesia. Desde entonces, Mario se tomó en serio el asunto de Vásquez y de otros pintores de la Colonia. Por ese entonces, los padres dominicos llevaban varios años ofreciendo la colección de cuadros de Vásquez que hacía parte de la iglesia y el claustro de Santo Domingo, pero no había interesados por las grandes dimensiones de los lienzos, que impedían colgarlos en una casa. Mario, por el contrario, vio en ese formato uno de los atributos de esas obras, además de que su autor pasó a ser considerado el artista de la Colonia más importante en el país después del riguroso estudio realizado por Roberto Pizano, que finalmente valorizó y puso a Vásquez en el lugar que merecía en la historia del arte nacional.

Por ese entonces, alrededor de 1966, el padre dominico Alberto Ariza, con autorización de la Santa Sede, promovía la venta de la colección de Vásquez, en pleno auge de implantación de las reformas del Concilio Vaticano II, que propició la enajenación de numerosos bienes materiales de la Iglesia con los cuales se podían financiar proyectos sociales. Fray Alberto, tres veces provincial de los dominicos de Colombia y líder de la consolidación del proceso de restauración y reorganización de esa orden religiosa en el país, incluida la reapertura de la Universidad Santo Tomás, convocó a personajes pudientes para que contribuyeran a estas iniciativas⁸¹. Uno de ellos, Pedro Navas, que también era benefactor de la Universidad de los Andes, compró varios cuadros pequeños de Vásquez pertenecientes a la comunidad. Sin embargo, Ariza pretendía que don Pedro comprara todas las obras, porque hasta entonces no había logrado vender las de gran formato. Navas no aceptó esta oferta y, conocedor del interés de Mario por la pintura colonial, lo puso al tanto del asunto.

Luego de ver las obras en venta, Mario pidió consejo a su amigo Francisco, nieto de Roberto Pizano, quien en 1926 había investigado todo sobre la obra de Vásquez y publicado luego el estudio con el primer inventario crítico de obras del artista. Como voz más autorizada en el medio sobre esta materia y muy

PRÓLOGO

cercano a él desde que en 1937 se hicieron compañeros de colegio en el Gimnasio Moderno, intentó persuadir a Mario de que la mejor obra de Vásquez era la de pequeño formato, y le sugirió que no comprara esos cuadros, que además solo se podían colgar y apreciar en espacios muy grandes. Acto seguido, con su costumbre de llevar la contraria, Mario salió a vender su automóvil para tener dinero con que negociar las obras, y así logró reunir la mejor colección de Vásquez en el país.

En la colección de Mario tiene un especial valor *Rut en el campo de Booz*, porque hacía parte de la serie de las cuatro obras de Vásquez relacionadas con el Antiguo Testamento, tres de las cuales forman parte de la Colección del Museo de Arte Colonial en Bogotá: *Los ángeles castigan a Heliodoro*, *El ascenso de Elías en el carro de fuego* y *Aarón ante el Tabernáculo*. Por otra parte, Vásquez, que se había comprometido a pintar para los padres dominicos la serie sobre la vida de su santo patrono, Domingo de Guzmán, no cumplió por diversas razones, pero uno de los cuadros, *Santo Domingo*, fue adquirido por Mario y su valor radica en que fue uno de los cuadros que se había salvado de un incendio del convento de Santo Domingo que echó a perder numerosas obras.

La audaz adquisición de Mario originó mucho revuelo entre los interesados que no se decidían a adquirir la colección. Su disgusto por este movimiento audaz del comprador originó incisivas críticas, porque en manos de un particular quedaban bienes patrimoniales de la nación, y se alegaba que, por tanto, Mario los debía entregar a una entidad oficial. Su contrapropuesta fue donarlos al Jockey Club, siempre y cuando sus socios construyeran el museo para la exhibición de la colección. Esto dio fin al debate y el afortunado comprador trasladó a su casa toda la colección, que finalmente cubrió casi todos los muros. Por tratarse de una obra de motivos religiosos, Dorotea recuerda que sus amigas le preguntaban que si su casa era una iglesia. Entre 1980 y 1982, junto a Ricardo Vargas como socio, Mario convirtió su residencia familiar, ubicada en la calle 86 con carrera 11 de Bogotá, en el anticuario y galería Leda, donde se comercializaron obras de arte adquiridas en Colombia, Estados Unidos, Perú, Asia, África y Europa⁸².

En Santa Marta rescató casi de la indigencia al restaurador de arte polaco Franck Draga, refugiado de la Segunda Guerra Mundial que llegó a esa ciudad



Anexo 5 - SABER MÁS:
Relación de los cuadros
de la Colección arte de
Mario Laserna.

proveniente de Varsovia, luego de una escala en Londres, donde se empleó como cocinero en un barco bananero. Instalado por Mario en Bogotá, le montó un taller de restauración donde trabajó con el samario Adaulfo Mendivil, a quien trajeron de la capital del Magdalena en calidad de ayudante, porque Draga allá empezó a enseñarle el oficio. Mario y Liliana alojaron a Draga en su casa al norte de Bogotá y le acondicionaron su taller allí mismo⁸³. Maestro y aprendiz emprendieron en Bogotá proyectos de intervención de obras, patrocinados por Mario. La primera tarea fue remover la mugre o pátina del tiempo de varios siglos a su colección de pintura colonial⁸⁴.

Mario se reencontró con Mendivil siendo embajador en París, adonde viajó para formarse como restaurador profesional. Draga posiblemente restauró por primera vez el cuadro que Mario le mandó a Francisco Pizano acompañado con una nota donde le expresaba su agradecimiento por el peor consejo que le habían dado en su vida. Se trataba del *San Agustín*. Draga permaneció en Bogotá hasta su muerte por leucemia.

Hombre de su tiempo

Empezó estudios en la Facultad de Derecho del Colegio Mayor del Rosario⁸⁵. Cursó casi cuatro años, pero no concluyó la carrera. Por aquel entonces, su padre, asociado con su yerno Arturo Aparicio Jaramillo, había fundado el laboratorio de productos farmacéuticos Quibi y se esperaba que Mario empezara a trabajar en esa empresa⁸⁶. Estudiar Derecho respondía más a un deseo de complacer a su padre que a su propia voluntad⁸⁷.

Mis hermanos habían estudiado todos Ingeniería. El mayor hizo unos años de Ingeniería en MIT, pero no salió adelante. Cuando regresó a Colombia estuvo vinculado a grupos de desarrollo económico cuando se planteaba por allá en los años treinta y cuarenta el problema de que el país tenía que desarrollarse industrialmente. Por entonces se me vino la idea a la cabeza de que yo podía ser abogado para complementar un poco las necesidades de los negocios de mi papá, quien ya estaba en edad madura⁸⁸.

Después de conocer a Nicolás Gómez Dávila, quien como se ha dicho influyó profundamente en sus intereses y en el destino que tomaría académicamente, empezaron a estudiar juntos la obra del filósofo católico Jacques Maritain. Al tiempo, Mario continuó con los cursos de Matemática y Geometría, tanto en la Universidad Nacional como con un profesor particular, no porque quisiera ser matemático profesional, sino por el gusto de conocer esas disciplinas, que lo empeñaron a apasionar desde que cursó parte del bachillerato en el Instituto de La Salle.

Una opinión de Nicolás Gómez Dávila que influyó en el joven Mario Láserna era que en Colombia ocurría un fenómeno que podía llegar a ser muy perjudicial: la clase dirigente tenía privilegios, pero no se sentía obligada a manejar el país de acuerdo con las circunstancias modernas en el proceso de modernización. Por eso, “a través de Nicolás Gómez Dávila empecé a entender lo que era la formación humanística en filosofía, historia y todo lo que se puede llamar ciencias del espíritu”⁸⁹.

Optó entonces por ir a Estados Unidos a perfeccionar el estudio de las Matemáticas y de la Filosofía de la Ciencia, algo que, en sus propias palabras, le interesaba más para su formación intelectual: “Abandonar los estudios de Derecho no me planteó un gran dilema”, advertía. Gómez le sugirió que cambiara de rumbo obedeciendo a su vocación, usando un argumento que consideró fundamental: “Los hijos de hombres que han hecho fortuna —fueron sus palabras— deben invertir cuanto heredaron y cumplir la misión en un escalón más alto de la inteligencia”. Como conocía bien la de su joven amigo, lo persuadió de que no la desperdiciara convirtiéndose en el abogado a cargo del manejo de los negocios de su padre⁹⁰. Eventualmente Gómez pensó que Mario podía cambiar su suerte, a diferencia suya, que muy a su pesar, tuvo que restar tiempo al estudio de las humanidades, que era su pasión, para dedicarse a cumplir con el deber de atender los negocios comerciales de su familia. Por otra parte, Gómez observó que cuando Mario estaba en El Rosario disfrutaba más los cursos de Matemática y de ciencia moderna que tomaba en la Universidad Nacional, que los de Derecho. Él mismo lo había motivado a explorar la matemática, la filosofía, la política y el arte, así como a entender el problema del país por su atraso en la formación humanística. Definiría así, como su mentor, el camino de una formación básica en humanidades, matemáticas y física.

Pero “abandonar cuatro años de estudio y decirle a mi padre que ya no quería seguir estudiando Derecho, no era algo sencillo. Entonces me aproveché de que él estaba por allá en el año cuarenta y seis muy ocupado e interesado en el negocio del laboratorio de química y biología química, para decirle que iba a estudiar para químico del laboratorio Quibi y así contar con su aprobación”. Así que le pidió enviarlo a estudiar Ingeniería Química a Estados Unidos, “algo que servía a los intereses de la familia”, pero “tenía la intención de ponerle ‘conejo’. Sí. Evidentemente ponerle conejo”, porque no tenía realmente ninguna intención de trabajar en eso:

En ese sentido, con mucho respeto y con mucho cariño por mi papá, lo que yo hice fue echarle cuentos de que lo que estaba estudiando sí servía

para Colombia, pero estaba muy consciente de que eso no servía para acá sino para que yo entendiera lo que estaba ocurriendo en el campo del pensamiento científico y filosófico universal.

Y me fui para Estados Unidos. Como mi papá no sabía eso de los pénsusos académicos, me dediqué a estudiar Física y Matemáticas en la Universidad de Columbia. Pero mi verdadera intención al ir a Columbia era estudiar con el filósofo católico francés Jacques Maritain; siempre he estado interesado también en lo que va más allá del conocimiento científico, inclusive de la filosofía, es decir, en la dimensión religiosa de la sociedad humana⁹¹.

Cuando Mario ingresó a Columbia, Maritain ya no estaba porque había sido nombrado embajador de Francia en el Vaticano. “Nunca llegué a tener contacto con él en Nueva York. Solo años más tarde, cuando fui a la Universidad de Princeton, pude tratarlo”⁹². Sobre sus estudios allí anota:

Empecé en el año cuarenta y cuatro y terminé en el año cuarenta y ocho. La verdad es que la Universidad de Columbia no era de las preferidas de la clase dirigente colombiana, más orientada hacia la Universidad de Harvard, por su prestigio; la de Columbia era una universidad que se consideraba muy ligada a Nueva York y a toda esa inmigración que hubo allí, de europeos afectados por la guerra. En Columbia había una fuerte presencia de profesores de origen judío⁹³.

Los estudios de Física y Matemáticas los consideraba algo complementario para poder entender cómo es que funciona la mente humana cuando tiene que afrontar todo lo que ella ha creado, es decir, la ciencia y la tecnología. La filosofía es una especie de estancia superior para juzgar lo que ha logrado el ingenio humano en el dominio y control de las fuerzas de la naturaleza.

A mí me llamó la atención ese tipo de educación humanística para la gente que va a tener responsabilidades más allá de obtener un ingreso económico para vivir, sino para entender los problemas vigentes en el mundo, especialmente a partir de la Segunda Guerra. Me impactaba el efecto de la guerra al comprender que se estaba abriendo una nueva era para el desarrollo de las sociedades occidentales, a la que después se llamará *globalización*: la sociedad occidental se ha extendido por todo el globo, pero yo no tenía ninguna intención de venir a trabajar en un laboratorio de química. Aclaro que no tenía ninguna intención de ofender a mi papá y de crearle un conflicto diciéndole: —Lo que tú me estás diciendo a mí no me

PRÓLOGO

interesa. No. Yo me decía: —Sí. Todo eso yo lo voy a hacer. Para lograrlo, me ayudaba la complicidad de Nicolás Gómez Dávila, a quién mi papá respetaba bastante. Él le decía: —Sí. Lo que está estudiando Mario es muy importante. El aspecto que también miraba Nicolás era la transformación tecnológica del mundo moderno.

Los precedentes que lo condujeron a la Universidad de Columbia remiten a lo que supo a través de los hermanos —Francisco, Guillermo y Alfonso—, que habían estudiado sus carreras en Estados Unidos. Ellos forjaron una opinión sobre los últimos avances en los métodos de enseñanza e investigación, industrialización y ciencia. En Columbia, además, se iniciaron los grandes ensayos en los laboratorios de física que permitieron la construcción de la bomba atómica, con la cual Estados Unidos pudo afirmar su poderío al terminar la Segunda Guerra Mundial. En Colombia, en general, excluyendo el medio universitario, se conocía poco sobre los descubrimientos y avances científicos y técnicos logrados en el mundo industrializado. Todo se reducía a las escasas noticias que publicaban los periódicos.

Mario estudió hasta obtener con honores⁹⁴ su *Bachelor of Arts* con grado en Matemáticas, Física y Humanidades, un título inusual en Colombia, donde casi todos los jóvenes de la élite se graduaban de abogados o se ordenaban sacerdotes porque su meta, como ocurría desde la Colonia, era obtener el honor de los cargos públicos o eclesiásticos y vivir de un buen puesto en el gobierno o como obispos o párrocos de algún pueblo próspero. Después surgió algún interés por la ingeniería y el comercio debido al desarrollo de los ferrocarriles, pero la realidad era que las profesiones prácticas y el trabajo manual no gozaban de aprecio entre las familias de la élite.

Pero no sé si por inveterada y orgánica tendencia (algunos que me conocen dirán que manía) a llevar la contraria o a curiosear más allá de los datos inmediatos de la situación, [...] prefería meditar sobre la institución universitaria y las matemáticas en vez de seguir el deseo de mi buen padre, quien veía, primero en la abogacía y luego en la química, si no la clave del cosmos, por lo menos sí el porvenir de su hijo menor [...]⁹⁵.

Ocho años de estudio en dos universidades muy distintas, además de alguna cercanía con la principal universidad pública del país, fueron suficientes para analizar comparativamente la educación superior de Colombia y Estados Unidos. Desde 1947, en hoteles, bares y residencias estudiantiles en ese país, empezó a interesar a un grupo de amigos y compañeros del Gimnasio Moderno y del Instituto de La Salle por estudiar el funcionamiento de la universidad

estadounidense. Entre ellos estaban José María Chaves y Álvaro Ponce de León, estudiantes en Columbia; Alfonso Benavides, Jorge Franco Holguín, Julio Ortega Samper y Bernardo Rueda Osorio, en Harvard; Mauricio Obregón, en MIT, y Francisco Pizano, José María de la Torre y Roberto Rodríguez, en la Universidad de Michigan⁹⁶. Para beneficio de la idea, Francisco Pizano, por algunos estudios de Arquitectura en la Nacional de Bogotá, y Laserna, por los suyos en el Rosario, entre otros condiscípulos del Gimnasio Moderno, algo conocían de cómo operaban las universidades en Colombia.

La iniciativa tuvo como primer compañero de aventura a José María Chaves. Ambos empezaron por observar la Universidad de Columbia donde estudiaban, continuaron con las universidades estatales y con otras de carácter privado de Estados Unidos. Los cursos de verano que tomó en el Reino Unido en 1947, los aprovechó para conocer sus principales universidades. En Europa, Mario definió las primeras bases de su juvenil idea sobre la universidad que quería crear en Bogotá: semejante a las estadounidenses, que brindara formación humanística, que se financiara con filantropía o donaciones y que fuera independiente del Estado y de instituciones religiosas.

Su trabajo de grado en Columbia fue sobre las universidades de Princeton, Fordham y Oxford⁹⁷. Los cursos de verano en Oxford le permitieron identificar las fortalezas que en general tenían los sistemas educativos inglés y estadounidense. Observó, además, que la institución universitaria no solo formaba los grupos que asumirían la dirección de todas las esferas de esas naciones, sino que eran soporte de la estabilidad política, económica y social de sus países. En el Reino Unido, las universidades estaban al mismo nivel de la monarquía como garantes de estabilidad, cohesión social y avance técnico-científico.

En una corta estadía en Europa percibí las grandes transformaciones que estaban ocurriendo en la sociedad inglesa de posguerra, en la que había tremundos conflictos para los cuales era necesario entender por qué había que hacer cambios y por qué había que conocer las bases sobre las cuales se actuaba para provocar esos cambios en una forma inteligente, ajustada a la realidad. En ese contexto entendí la original contribución de la universidad norteamericana: estar al tanto de los problemas que tiene que enfrentar su propia sociedad.

Evidentemente la universidad colombiana cambió de un esquema católico político conservador muy dominante a otro más amplio ya evidente durante la República Liberal. La Universidad de los Andes vino a resumir ese deseo de crear instituciones con una orientación nueva, es decir, a mí me influyó mucho en Inglaterra ver que las grandes instituciones de la

PRÓLOGO

vida inglesa como Oxford y Cambridge, donde se formaban los grandes científicos, no dependían de la política o de la monarquía⁹⁸.

Después de terminar los cursos de verano en la Gran Bretaña, visitó su país natal, de donde surge el cuento de que, pedaleando por Francia en las vacaciones, se le ocurrió fundar Los Andes. A esta leyenda se sumaría posteriormente una elaborada premisa, citada y narrada con detalle por su amigo y compañero de estudios de posgrado en Alemania, Carlos B. Gutiérrez:

La inspiración [...] asumió allí la forma de un silogismo algo forzado pero muy alentador, cuya primera premisa era la de que en Colombia todo termina en querella, guerra y caos desinstitucionalizador; la segunda premisa, por contraste, era la de que Inglaterra, a pesar de las crisis y guerras, por las que continuamente ha atravesado, mantiene su estabilidad gracias a la Corona, a la Iglesia anglicana y a [las universidades de] Oxford y Cambridge. La conclusión no fue la de que debiéramos volvernos ingleses y sí más bien la de naturalizar instituciones que garanticen la evolución estable del país. Y puesto que entre nosotros resultaba asaz impensable instaurar una monarquía como la de la casa Windsor o establecer la Iglesia anglicana, no quedaba otra que fundar una Oxford a la colombiana. Nótese bien que la conclusión del silogismo no era la de que Mario Laserna tenía que fundarla y menos aún regirla, sino más bien promoverla. De regreso en la Universidad de Columbia, Mario obtuvo su *Bachelor of Arts* con *major* en Matemáticas en 1948, y regresó al sobresalto de Colombia a animar la fundación de la Universidad concebida por él en la placidez de la campiña francesa⁹⁹.

A la graduación de Mario viajaron sus padres. En Nueva York se dieron cuenta de que se había graduado de matemático y no de ingeniero químico. Para completar su sorpresa, les dijo que volvería a Bogotá, no a trabajar en los Laboratorios Quibi, sino a crear una universidad que representara el esfuerzo y el compromiso de la sociedad en sostener centros educativos superiores, como las universidades famosas de Estados Unidos, sin depender ni de la Iglesia, ni del Estado, sino enfocada en asimilar lo que había salido de Europa, es decir, la gran capacidad creativa de la ciencia moderna, que era la que había impulsado la ciencia y la tecnología estadounidenses. Que para ayudar a posicionar a Colombia en una lugar destacado, consideraba necesario comprometer a su clase dirigente en la creación de una universidad con libertad y capacidad para traer profesores de categoría, sin estar envuelta en tomar partido por Washington o por Moscú, sino simplemente en crear sitios donde estudiar los problemas,

como sucedía en las grandes universidades estadounidenses, poco comprometidas con los bloques que decidían la política mundial¹⁰⁰. Estas ideas, explicó Mario, fueron inspiradas en un curso de verano que tomó en la Universidad de Oxford en 1947:

Era el primero de su tipo que daban a extranjeros. Recuerdo haber conocido a estudiantes y graduados de todas partes del mundo. Fue mi primer contacto de adulto con la cultura europea, porque hasta entonces había tenido solo contacto con el medio norteamericano. En Europa fue que se me ocurrió la idea de que en Colombia habría que fundar una universidad que estuviera orientada hacia esos problemas que habían surgido en la sociedad industrial en las últimas décadas, y que era posible traer profesores extranjeros, conseguir colaboración de países orientados a la idea del desarrollo que entendían cómo era el desarrollo y cómo había que hacerlo. Por otra parte, entendí que no debía ser ni una universidad del Estado, ni de la Iglesia, porque la universidad del Estado estaba muy dominada por la izquierda (debido al auge de la línea soviética y comunista que se había apoderado de la mitad de Europa). Percibía que el futuro del mundo iba a ser sobre la base del comunismo, una fuerza arrolladora que posiblemente iba a apoderarse de grandes áreas del mundo, incluyendo los países de Occidente, cosa que no ocurrió debido a la influencia de lo que se llamó partidos democratacristianos, que en Francia estaban representados por el general De Gaulle y en Alemania por Adenauer¹⁰¹.

Estos acontecimientos y proyectos debieron parecer descabellados a sus padres. La expresión que captó el fotógrafo en la graduación ante el monumento de la *Alma Mater*, símbolo de Columbia, es elocuente. A pesar del escepticismo de don Francisco frente a la idea de la universidad, Mario llegó decidido a fundarla y a casarse.

La experiencia estudiantil de pregrado en Colombia y el extranjero lo preparó para proponer y fundar una nueva universidad, pese a que en esos años hubo una espiral de sucesos políticos, comenzando con la renuncia del presidente López Pumarejo en 1945 y su reemplazo por Alberto Lleras Camargo; la llegada al poder del ingeniero conservador Mariano Ospina Pérez, en 1946, en un entorno violento desatado por alcaldes conservadores en pequeñas poblaciones y zonas rurales; el retiro del Liberalismo del Gobierno bipartidista de Ospina; la IX Conferencia Panamericana en Bogotá, en la cual nació la Organización de Estados Americanos (OEA); el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán y el consecuente Bogotazo, en 1948¹⁰². Desde que comenzó estudios universitarios (1941), Mario estaba, al igual que el resto del país, atento a lo que ocurría en la

Segunda Guerra Mundial, a los avances científicos que se estaban produciendo, a las consecuencias de esa contienda en el territorio nacional; a los cambios acelerados que la guerra misma propiciaba. La Segunda Guerra Mundial favoreció avances tecnológicos y científicos que nacieron en los claustros universitarios en torno al debate de matemáticos, físicos, ingenieros, biólogos, médicos y una amplia gama de profesiones con nuevas ideas y teorías. Laserna estaba justo en ese ambiente. Y mientras observaba esto desde un lugar privilegiado, cuando terminó su pregrado en 1948, el mundo había cambiado por completo: Estados Unidos y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas dominaban la política internacional; el nazismo y dictaduras populistas habían sucumbido y los sistemas económicos, políticos e ideológicos de la posguerra se transformaron para afrontar la Guerra Fría bajo el antagonismo entre capitalismo y comunismo. En materia científica, la física atómica dio inicio a una nueva era de desarrollo. Este ambiente es el escenario en que se gestará una nueva y apasionante etapa en su vida.

Incluso antes de casarse, había decidido que los bienes y la fortuna que dejarían sus padres los utilizaría en educarse, en conocer las necesidades del país y “en ayudar a producir una clase dirigente colombiana apropiada al mundo moderno, dentro de una orientación política conservadora y, sobre todo, dentro de la Iglesia católica, pero con capacidad para modificar ciertas cosas o, por lo menos, no ajustada a la ortodoxia tradicional, perteneciente al pasado”¹⁰³.

Luego de fundar Los Andes se concentró en estudiar Filosofía, también por vocación personal y porque entendió, según le dijo a Hernando Bonilla Mesa, que el desarrollo de un buen sistema educativo exigía conocer las tendencias generales y fundamentales de la sociedad. A los estudios de Filosofía de la Ciencia en Princeton sucedieron otros en Alemania durante cinco años hasta obtener, en 1963, su doctorado en la Universidad de Berlín. Esta etapa representa un viraje trascendental en su vida, pues una perspectiva en que dominaba un universo bastante anglosajón, y particularmente estadounidense, se amplió al incorporar a su horizonte el universo europeo, particularmente alemán y latino, que parecía materializar la idea del rector Roberto Franco, quien no apartó de su vista la relación que el país debía conservar con Europa y particularmente con Francia¹⁰⁴.

Después de interesarse por la filosofía y estudiarla formalmente en Princeton, entendió que debía ir más allá de lo que aprendía sobre positivismo lógico, especialmente el desarrollado por el Círculo de Viena, a cuyo estudio se dedicó con tesón. La estadía en Nueva Jersey fue afortunada porque le permitió fortalecer su relación con los alemanes Albert Einstein y Dietrich von Hildebrand,

el húngaro John von Neumann y el ruso Salomon Lefschetz, entre otras personalidades de la ciencia, por entonces vinculadas con el Institute for Advanced Study, de la Universidad de Princeton. Esto no fue una casualidad sino un auténtico propósito, del cual quedó, además, un registro fotográfico que sirvió para lanzar a la fama a Mario y para promocionar a Los Andes y a su fundador dentro y fuera del país:

He buscado en mi relación con hombres importantes de la ciencia, la filosofía, la literatura y el arte —que han dejado su impronta en la historia del siglo XX— satisfacer más que un interés por la ciencia, un interés por la capacidad de la mente de producir ciencia. Me interesa lo que hace y hará la mente humana frente a ese mundo que ha creado. Considero a la ciencia una estrategia de la mente humana para poder ordenar las circunstancias de la vida. Probablemente nace de una capacidad innata del hombre de tratar de dominar la naturaleza. Por eso creo que se ha avanzado mucho en ese camino. Pero me parece que esa dimensión de la ciencia para dominar la naturaleza se enfrenta a otra superior: de qué es capaz la mente humana y cómo va a organizar ella sus propias capacidades. Para entender esta dimensión me ha servido el contacto con científicos, porque generalmente ellos se ocupan de la ciencia, pero no de su impacto sobre la mente humana, sino sobre la condición humana. John von Neumann fue importante para mí, primero porque tuvimos una gran vinculación personal: hablábamos de problemas que no podía tratar con otras personas; y, segundo, porque tenía una visión un poco supranacional que incluía mucho los intereses y la posición de liderazgo de Estados Unidos. Pero también compartíamos el propósito de entender qué haremos nosotros con esa capacidad y ese poder que se está acumulando en Estados Unidos y en general en Occidente. Esto origina un artículo de él que publicó en 1955, poco antes de morir, en la revista *Fortune*, que tituló *Podemos sobrevivir a la tecnología*¹⁰⁵.

Las limitaciones que encontró para sus estudios sobre el empirismo lógico lo condujeron a explorar la filosofía tradicional europea para asegurar también una adecuada comprensión del pensamiento kantiano y en general del idealismo trascendental (criticismo). Entonces decidió estudiar en Alemania, “porque muchos de los textos en que aprendí sobre el círculo de Viena, por ejemplo, eran artículos traducidos al inglés que no entendía, fuese porque la traducción estaba mal hecha o porque no estaba en capacidad de entenderlo. Por eso decidí que debía aprender alemán. Fui a Alemania, a la Universidad de Heidelberg”¹⁰⁶. Después terminó estudios de Filosofía en Berlín.

Dietrich von Hildebrand le recomendó a Mario en Estados Unidos que su interés por Kant, la filosofía de la ciencia y aprender alemán podría satisfacerlo yendo a estudiar a una ciudad pequeña donde los rasgos de la cultura alemana permanecían muy fuertes. Por eso le recomendó Heilderberg. De esta experiencia quedó un hermoso texto de Mario que denota su genuino interés por estudiar, observar, analizar, entender y producir una reflexión propia sobre el ser alemán: “[...] son algunas de las reflexiones que puede provocar un primer contacto con la realidad material y moral de la nación alemana”. Para entenderla se nutrió de la obra de Lutero, Bach, Goethe, Kant, Schiller, Fichte, Von Treitschke, Marx, Nietzsche, Hildebrand y Hesse. También asistió a congresos, seminarios y conferencias, como las del pastor Niemoeller, y audiciones de discursos grabados de líderes del régimen nazi¹⁰⁷. En *Carta de Heilderberg* (1958), afirma que “lo fundamental es que lo expuesto son hechos visibles para cualquiera que se preocupe de verlos. Ellos son la base de las virtudes y los defectos del carácter alemán y desconocerlos equivaldría a no entender la vida alemana”¹⁰⁸. Mario se sentía muy identificado con las costumbres alemanas y en general con el *ethos* alemán. No dice a quién iba dirigida su carta exactamente, pero es muy posible que fuera para sus amigos alemanes en Bogotá, o para Nicolás Gómez Dávila.

Además de dedicarse disciplinadamente durante dos años a sus estudios, estuvo inmerso en la cultura alemana, observando el proceso de reconstrucción en la posguerra, antes de iniciar su doctorado. Tenía claro que hablar una lengua es habitar una cultura. En la amplia casa de Heilderberg que ocupó con su esposa Liliana, dos hijas muy pequeñas (Dorotea y Catalina), una cuñada, Ofelia Jaramillo, y una criada alemana de extracción campesina y humilde, bastante trabajadora y eficiente, Mario se enclaustró en el semisótano, que adecuó como estudio. Únicamente salía a tomar los alimentos y a pasear. Para Dorotea y Catalina, todavía pequeñas, así como para Liliana y Ofelia, todavía muy jóvenes e inexpertas, la vida en Heilderberg tuvo algo de pesadilla, debido al idioma, la soledad por estar alejadas de sus familias, las bajas temperaturas del invierno, las responsabilidades del hogar y la estricta disciplina que debieron guardar en la casa mientras un severo Mario se imbuía en largas jornadas de estudio. Ese “régimen del silencio” vigente para las niñas, la tía Ofelia, la madre y la empleada alemana en Heilderberg era de obligatorio y absoluto cumplimiento¹⁰⁹. La exigencia se debía al estudio y al respeto por su sueño, dada su costumbre de hacerlo cuando se le antojaba, con “muchas almohadas encima de su cabeza”, recuerda su hija Dorotea¹¹⁰. Toda su vida, dormir fue el mayor placer de Mario.

Los dos años largos en la pequeña y apacible ciudad universitaria de Heilderberg los dedicó al aprendizaje del alemán y a la observación de la

cultura centroeuropea. Los milagros económicos de la reconstrucción alemana en la posguerra eran menos perceptibles allí, porque “el alejamiento de la ‘vida práctica’ hace que tanto los hechos que se observen como el punto de vista que sobre ellos se va formando difieran de los de personas situadas en un lugar distinto de observación o de lo que uno mismo opinaría en otras circunstancias”¹¹¹.

En la *Carta de Heidelberg*, Mario advierte que se esforzó por exponer hechos “impersonales en cuanto a mí se refiere”, evitando juicios o fórmulas de elogio o condena para calificar lo observado y vivido, porque consideraba que “la manera más directa para vivir en un medio determinado sin aprender nada de él es preocuparse a cada paso por saber si algo está bien o mal hecho, sin tratar de entender el por qué las cosas son así y qué papel desempeña cada detalle dentro del conjunto total”¹¹².

En la etapa transcurrida entre Heidelberg y Berlín, estuvo la circunstancia de que se había iniciado la Universidad de los Andes. Fue consciente de que la sociedad colombiana estaba madura para tener ese tipo de instituciones fuera del control del Estado y de la Iglesia, sin pretensiones revolucionarias. Varios personajes con quienes se relacionaba eran abiertamente izquierdistas, aunque él decía no serlo, pese a criticar la situación social histórica colombiana.

Tres de corazones

Mario conoció a Liliana en la finca San Cayetano, en Dosquebradas, cuando ella tenía 12 años. Estos tempranos encuentros ocurrieron por la relación entre don Pacho Laserna y Ricardo Jaramillo, quienes mutuamente se invitaban a pasar vacaciones en las fincas familiares de Dosquebradas, Ibagué o Ubaté, donde los días transcurrían montando a caballo, jugando ajedrez y disfrutando del sol en las albercas. Célebres también eran las partidas de ajedrez entre Mario y su cuñada Ofelia, quien a veces lograba ganarle la partida para disgusto de él¹¹³.

Mario se casó con Liliana Jaramillo el 11 de diciembre de 1948, en la iglesia principal de Dosquebradas. Ella pertenecía a una notable familia de Manizales, muy vinculada a Francisco Laserna, porque su primera esposa era tía de Liliana, de los Jaramillo de Sonsón, descendiente del reconocido banquero y colonizador del Gran Caldas Lorenzo Jaramillo Londoño. Mario decía que “contrario a numerosos colombianos que han vivido mucho tiempo por fuera y que terminan casándose en el exterior, no quería casarme y vivir en el exterior, sino volver a Colombia y vivir dentro de la sociedad colombiana a la cual pertenecía”¹¹⁴.

Mario y Liliana se comprometieron cuando ella tenía 13 años. Don Francisco prometió regalar una hacienda al primero de sus hijos que se casara con

una de las hijas de Ricardo, su antiguo cuñado. Finalmente, ese regalo debió ser para Mario, pero lo terminó recibiendo Liliana, en el intento de don Francisco de asegurar el futuro de su nuera, porque temía por la conducta económica ocasionalmente díscola y desinteresada de su hijo menor. Este tipo de prácticas eran bastante comunes para sellar alianzas matrimoniales o enlaces por conveniencia, porque fuera de las vacaciones, la pareja no disfrutó la dicha de un verdadero noviazgo antes de la boda¹¹⁵.

Mario y Liliana sufrieron la pérdida de dos hijas con meses de nacidas. Sobrevivieron cinco descendientes directos y nueve nietos, que Mario pudo conocer en vida. Fue un padre ausente durante la infancia y adolescencia de sus hijos. Pasaba mucho tiempo encerrado en la biblioteca, buscando su amado silencio. Ya mayor siguió en esa tónica, por eso Liliana tuvo la iniciativa de construir una casa en Altamira —finca que se formó con la parte de La Palma que le dieron sus padres—, de tal manera que pudiera aislarse y evitar la algarabía de la numerosa familia Laserna Pinzón que se reunía a disfrutar de las vacaciones¹¹⁶. Delegó en Liliana y los internados la crianza y educación de los hijos, lo cual le daba la libertad para dedicarse al estudio, los viajes y una agitada vida social, gracias a la cual cultivó relaciones con todo tipo de personajes alrededor del mundo¹¹⁷. Familiares y allegados reconocen que retaba y motivaba a los hijos para que hicieran lo que quisieran en su formación para la vida, según sus talentos, propósitos y preferencias¹¹⁸.

Tres de los nietos, Juan Bautista, Cayetana y Liliana estuvieron cerca de Mario por largas temporadas, durante su infancia y adolescencia. Su nexo con Cayetana Valencia Laserna fue el más estrecho y prolongado, al punto de que los allegados reconocían que había llenado de alegría parte de los últimos años de Mario, porque se encariñó profundamente con ella.

Juan Mario, como sus dos hermanas mayores que fallecieron, tuvo su vida en riesgo aún con días de nacido. Según historia contada por un hijo del médico de Ibagué Humberto Niño, una madrugada de septiembre de 1967, en La Palma, Mario Laserna

[...] nos salió a recibir, muy preocupado, pues su pequeño bebé recién nacido estaba enfermo. Mi papá atendió al bebé, le recetó algún remedio y calmó al asustado padre. Luego, mi papá y el señor [Laserna] charlaron un rato, principalmente del Gobierno de Carlos Lleras y del hospital que mi papá y otras personas querían hacer en Ibagué para recordar la memoria del abuelo del presidente, Federico Lleras Acosta¹¹⁹.

Su descendencia, mayoritariamente de mujeres, se inclinó por el estudio de campos que atrajeron al padre: Dorotea en Filosofía y Ciencia Política, Catalina

en Biología y Educación, Liliana en Artes y actividades agropecuarias, Carmen Julia en Filosofía y Juan Mario en Economía y Política.

Por su parte, Liliana Jaramillo nació en Manizales en 1933. En 1948, ella y sus ocho hermanas estaban estudiando como internas en el colegio de la Presentación de Manizales. De allí, sin terminar la secundaria, salió Liliana para casarse con Mario. La recepción de la boda se celebró en la finca San Cayetano, ubicada en Dosquebradas, en la vía Pereira-Manizales, propiedad de la familia Jaramillo. Su padre, Ricardo Jaramillo Arango (1873-1950) heredó de su abuelo Lorenzo Jaramillo una de las fortunas más grandes del país en el siglo XIX. Los suyos fueron padres ausentes, toda vez que la niñez y la infancia transcurrió bajo los rigores de la disciplina en un internado, sin disfrutar mucho del eventual amor que procura la cotidiana convivencia hogareña.

Desde joven, Mario tuvo una estrecha relación con varias generaciones de la familia Jaramillo, prolongando el vínculo inicial construido por su abuelo y su padre, desde tiempos de su residencia en Sonsón. En Ricardo encontró un interlocutor dueño también de una vasta cultura literaria, filosófica y científica. Estar entre libros asegurando silencio para disfrutarlos los unía. Otra de las afinidades de los Laserna y los Jaramillo consistía en su interés por los proyectos y obras sociales. En este aspecto sus nueve cuñadas y su cuñado Tomás, junto a todas sus parejas, fueron reconocidos en Caldas, Cundinamarca y otras zonas del país.

Ricardo Jaramillo se graduó en la Universidad Nacional (1899), en Bogotá, como médico cirujano. Luego se especializó en obstetricia, en París, en 1906, año en que decidió radicarse en Manizales, donde además de ocuparse en consulta externa y cirugía, fue profesor del Instituto Universitario de Manizales. Escritor y lector compulsivo, publicó numerosos artículos de tipo político e histórico, varios ensayos científicos, poesía y narrativa¹²⁰. Fue político conservador y desempeñó algunos cargos públicos. Puso su profesión y su fortuna al servicio de la población pobre de Manizales y Caldas, con lo cual se hizo un personaje muy célebre, especialmente por su desapego del dinero y las cosas materiales, con las consecuencias que esto tenía en las finanzas familiares¹²¹. No pocas veces llegaba a casa después de sus correrías por los barrios pobres de Manizales, sin camisa o sin saco, porque lo había regalado a alguien que consideraba que lo necesitaba. Algo similar ocurría con el dispensario de medicamentos en su casa, que solía regalar a los compradores escasos de dinero.

El joven precozmente visionario, con intereses intelectuales sofisticados en un ambiente precario donde se convierte en figura pública, se sumerge de lleno en su proyecto de Universidad y en un periplo hacia su formación doctoral: “No seguía reglas, ni pautas de nadie. Viajaba todo el tiempo, tenía como

amigos personas excepcionales en todas partes, entre los que tenía puentes”, tratando de que “hicieran algo por Colombia”¹²².

Sin embargo, hay razones para afirmar que Mario, hombre de su tiempo, no era distinto al estereotipo del intelectual machista que no consideraba ningún protagonismo de las mujeres en el mundo político o intelectual. Aunque lo acompañaba a todos los actos oficiales, Liliana fue relativamente marginada por Mario durante los últimos años de matrimonio. Esto no solo la afectó a ella sino a sus hijos, especialmente a Juan Mario, que estaba estudiando la primaria en París, en los años en que su padre se desempeñaba como embajador de Colombia en Francia. Allí se separaron. Liliana se mantuvo firme en la medida de las posibilidades, al cuidado de los hijos y los intereses de la familia, con unas hijas adolescentes en pleno apogeo de la revolución sexual y el *hippismo* entre finales de los años sesenta y a lo largo de los setenta. Todo indica que Mario no tomaba muy en serio ni apoyaba las obras sociales que Liliana desarrollaba con sus hermanas, como la fundación y dirección de centros dedicados a la formación de niñas y jóvenes de bajos recursos, en educación básica y educación para el trabajo¹²³.

Ante la situación insostenible del matrimonio, como mujer discreta y convencional, poseedora de inquietudes intelectuales y comprometida con la misión diplomática en Francia, decidió separarse durante la embajada de Mario en París. Abandonó un lugar y una relación en la cual no era feliz a pesar de ser mujer convencional desde el punto de vista de las tácitas normas sociales, educada “a la antigua” en una época y una cultura en la cual la formación de las jóvenes se enfocaba en su desempeño futuro como esposas sumisas y complacientes con su marido, cuidadoras del hogar y responsables de la crianza de hijos. Su apego a un modelo tradicional de familia y a los estereotipos que imperaban sobre la mujer colombiana, sujetas a la autoridad del marido, la fidelidad sexual y emocional a toda prueba, y el carácter indisoluble del matrimonio, eran principios católicos compartidos por la pareja, pero a veces antagónicos con el estilo de vida de Mario. Evidentemente su personalidad no era la de un hombre de familia, a pesar de todo aquello en lo que creía y profesaba. Se percibe como un librepensador, como un excéntrico, características difíciles de asimilar en el seno de una familia formada bajo los estándares de la sociedad conservadora colombiana, dominada por el *ethos* antioqueño. Tanto Mario como Liliana estuvieron en lugares y momentos con personajes con quienes pocos seres humanos tenían la oportunidad y el lujo de compartir. Como otras mujeres de su generación, Liliana vivió a la sombra de su compañero en la etapa más fulgurante de su vida pública e intelectual. Liliana asumió su papel de esposa del embajador como una misión patriótica y podía ser

una anfitriona estupenda¹²⁴. Después de la separación, Liliana se unió al médico José Luis Sierra, de quien quedó viuda después de 15 años de feliz matrimonio.

En 1981, Mario conoció en Bogotá a la pianista Caroline Constantine Schönburg, nacida en 1931 en Viena, donde aún reside. Se casó con Mario en Ciudad de Panamá el 30 de julio de 1987. Es hija del doctor en Derecho y príncipe Alexander Hieronymus von Schönburg-Hartenstein (1888-1956) y de la princesa Agathe von Auersperg, dama del Palacio Imperial y Real, y dama de la Orden de la Cruz Estrellada (1888-1973). También provenía de una familia numerosa, era la decimoprimeras de doce hijos, cinco de los cuales murieron combatiendo en la Segunda Guerra Mundial. Varios Schönburg migraron a América huyendo de la guerra.

En mensaje de correo electrónico enviado el 11 de julio de 2021, Caroline escribió:

Desenterré mis diarios de los años con Mario y puedo fechar perfectamente cuando nos conocimos en Bogotá: el 25 de julio de 1981. Fue el año en que cumplí 50 años y Mario tenía 58. Teníamos un casamentero, Thornton Wilder. ¿Recuerdas *El puente de san Luis rey*? Toda mi generación, la generación de la guerra, nacida entre 1930-1945, leyó ese libro fabuloso, lo devoramos. También Mario lo leyó. Se conocieron y vivieron una amistad de por vida. Cuando años después conocí a Thornton Wilder en Viena, y también pude entablar una relación amistosa con él, mencionó varias veces a Mario, a quien admiraba como “un hombre de acción, matemático, filósofo, político, etcétera”. Y cuando años después hice una gira por Latinoamérica, para visitar a mi hermano, un arquitecto que vive con su familia en São Paulo, y de regreso vía Colombia, para visitar a mi querida tía, Sophie Schönburg de Carrillo, hermana de Peter Schönburg, conocí a Mario. Para él fui enviada como una señal de Wilder¹²⁵.

A diferencia de su primera relación, Mario llegó en la madurez, al igual que Caroline, a establecer una relación sentimental, él con 58 y ella con 50 de edad. Era una mujer con carácter y muy independiente. Estuvieron casados poco menos de diez años. Todos coinciden en que Mario era un excéntrico iconoclasta y la princesa Caroline no se quedaba atrás. En la memoria familiar quedaron grabados varios momentos de la vida alocada de la pareja. Los apuntes sobre Mario, siempre elocuentes y sutiles, desencadenaban prolongadas risas entre los amigos que los acompañaban: “Mario tiene una gran cabeza, pero con un hueco adentro”. Tan ajena al convencionalismo como su marido, salía en pijama y pantuflas por las mañanas a comprar el pan en La Candelaria.

PRÓLOGO

Como habían decidido vivir en Viena, Mario aspiraba a desempeñar el cargo de embajador de Colombia en Austria. Sin embargo, Caroline estaba convencida de que nunca lo nombrarían. Al recibir inesperadamente la llamada telefónica del presidente Virgilio Barco Vargas, este le preguntó a qué se dedicaba y le respondió que a dictar conferencias. Al ofrecerle la embajada, Mario le dijo que mejor hablara con Caroline. La conversación fue telefónica.

Caroline: Sí, señor presidente...

Virgilio Barco: ...

Caroline: Sí señor presidente, tiene toda la razón.

Virgilio Barco: ...

Caroline: Sí, él es un pendejo, señor presidente.

Mario: ¿Qué hablaste con el presidente?

Caroline: ¡Que a usted lo nombraron embajador y que yo ya acepté!¹²⁶

Una semana después Mario y Caroline viajaron a casarse por lo civil y se radicaron definitivamente en Viena hasta poco después del 13 de marzo de 1991, cuando Mario presentó renuncia protocolaria ante el Gobierno de César Gaviria, primer presidente de Colombia graduado en Los Andes.

Mario debutó en Viena como improvisado conferencista en una particular situación. De forma intempestiva, cuando en algún evento académico la audiencia empezaba a retirarse porque el expositor invitado no se había presentado, Mario dijo que dictaría una conferencia. Y disertó sobre la Amazonía, tema que dominaba y que en ese momento despertó especial interés en el público, pero en especial en un asistente que le ofreció una cátedra en la Universidad de Munich. Así fue como el nuevo embajador de Colombia en Viena empezó a viajar todos los fines de semana a dictar clase en Múnich.

Caroline y Mario desarrollaron una intensa agenda social y cultural en la embajada y en las residencias palaciegas de la familia Schönburg en Viena¹²⁷, donde se hacían negocios y tertulias o se ofrecían conferencias y conciertos de cámara en que ella mostraba su talento de pianista o en los que participaban otros intérpretes colombianos e internacionales. También animaron su vida íntima familiar con la llegada a Viena, desde Francia, de su nieto Juan Bautista Caron de Pchocquerie Laserna. Con la aprobación de Carmen Julia, su madre, Mario se encargó de la educación y cumplir con la meta de que aprendiera a hablar alemán. Estuvo internado dos años terminando la primaria en el reconocido colegio Klugesdorf, de los Hermanos Cristianos. El niño pasó sus fines de semana y vacaciones bajo el estricto cuidado de Caroline, que complementaba su educación de corte alemán. Drews (2003) anota que Mario estaba pendiente de los progresos de su nieto, poniéndolo a traducir textos de grandes

filósofos, del francés —lengua materna de Juan Bautista— al alemán. Asimismo, trataba de desarrollar su capacidad musical. Incluso, Caroline organizó un concierto en la embajada y le hizo aprender en alemán *La trucha*, de Schubert. La presentación fue un éxito, pero no lograron interesar al muchacho en continuar practicando el canto. Juan Bautista regresó a Francia antes de que concluyera el período de su abuelo en la embajada. Terminó estudiando Filosofía.

Mario regresó a Bogotá en 1991. La pareja se separó tiempo después.

Los diez años que compartieron Mario y Martha Ballesteros Garzón (Barichara, 1950) podrían calificarse de profunda experiencia espiritual. Mario cambió radicalmente su estilo de vida. Se conocieron a través de Liliana Laserna, quien la invitó a conocer a su padre porque le podía ayudar a concertar entrevistas que necesitaba para un proyecto de investigación. Su padre, Luis Fernando Ballesteros, oriundo de Barichara, era oficial del ejército y ganadero con actividad en los Llanos Orientales. Su madre, de San Gil, murió pocos días después de nacer ella, última de siete hermanos. Su abuela la cuidó de ahí en adelante. De siete años llegó a Bogotá a vivir con su padre, que se había vuelto a casar. Fue internada en el colegio de las religiosas dominicas terciarias en Funza. Ya adulta viajó a Europa y a la India, donde se formó como psicoterapeuta, especializada en métodos alternativos de sanación basados en la meditación y el yoga¹²⁸. Esta profesión la alternó con el diseño de alta costura en cuero, actividad a la que se dedicó durante su relación con Mario en Bogotá.

Martha envidió y, luego de vivir diez años en Alemania, en 1983 regresó a Colombia con su hija Prana, de doce años, quien luego viajó a Estados Unidos a vivir con sus parientes paternos. Los primeros encuentros de Martha con Mario sucedieron en 1991, luego de regresar de Austria. Ella lo contactó a través de su amiga Liliana Laserna, cuando apoyaba la investigación de un amigo estadounidense que buscaba informantes para un libro que escribía sobre Pablo Escobar. Empezó una amistad que rápidamente se transformó en romance y convivencia, luego de que Mario diera por terminada su relación con Caroline, quien había decidido quedarse en Viena.

Cuando se formalizó la relación, una de las primeras actividades que Martha realizó con Mario, entre 1992 y 1994, fue la organización de su archivo personal, por entonces disperso por toda la casa. Muy a diferencia de ella, Mario era desorganizado. Por ese tiempo, Mario se dedicó a estudiar a Giambattista Vico, René Descartes y Thomas Hobbes. A Vico decidió leerlo en su idioma original, de modo que también se concentró en el estudio del italiano. Como Martha dominaba con fluidez el alemán y el inglés, le ayudaba con la edición de los artículos que escribió en los años noventa, en esos idiomas, sobre estos y otros autores. Las actividades que desarrollaban cada uno por su lado o juntos en la

casa del barrio La Candelaria se hacían en armonía por el aprecio de ambos por el silencio, solo interrumpido por las visitas, los almuerzos y las tertulias en la noche, cuenta Martha. Estas tertulias y reuniones de trabajo aumentaron durante el período de Mario como congresista. Su casa era una especie de cuartel de su equipo en el Congreso.

Compartieron con Dorotea la crianza y educación de Cayetana Valencia Laserna nieta de Mario, quien según Martha hizo las delicias del hogar.

A Cayetana le decía que yo era su otra abuela. Juntos nos íbamos de viaje, hacíamos cosas tan locas como pintarnos las caras y pintársela a Mario de amarillo para luego tomarle fotos. Hacíamos la siesta en la misma cama... porque la siesta con Mario era un ritual diario y casi religioso... hacíamos mil cosas locas porque Mario mantenía cierta inocencia.

Esto contrastaba con la percepción de un Mario adusto, severo y drástico. Martha cambió la vida ascética en que se sumió Mario a su regreso de Austria. Uno de los proyectos más complejos de la familia consistió en apoyar la educación de Cayetana en casa, quien decidió no continuar en el colegio. Mario se convirtió así en su profesor de Matemáticas, Filosofía y otras materias que le permitieran validar su bachillerato. Con el apoyo de Martha y Dorotea, Mario sacó todo su arsenal académico para ponerlo al servicio de su nieta.

En 1995 decidieron retomar las relaciones de ambos con sus amigos en el exterior. Empezaron viajando a Estados Unidos y continuaron por Europa. Todo empezó cuando un amigo de Mario, profesor de la Universidad Católica de Texas, conocedor de los estudios de Mario sobre Vico y su relación con la concepción de la Historia como disciplina, lo invitó a Lima a un seminario de Ciencias Sociales y de paso le sugirió viajar a la Universidad de Harvard, donde estaban los expertos sobre Vico¹²⁹. Sin embargo, después de dos meses en el campus de Harvard, decidieron viajar a The Santa Fe Institute Studies on the Sciences of Complexity, luego que un amigo estadounidense muy cercano a Martha les hablara de ese lugar, donde se reunían figuras de la ciencia y la cultura de todo el mundo¹³⁰. Allí hicieron nuevos amigos, incluidos varios premios nobel y se reencontraron con otros a quienes conocían de tiempo atrás, como Marina Whitman, hija de John von Neumann. El reencuentro con colegas y amigos de Columbia, Princeton, Texas, Harvard, Michigan e Illinois, entre otras universidades, representó para Mario superar una época de encierro y aislamiento de varios años, y retomar su intensa vida académica y los estudios interdisciplinarios para resolver problemas de gran complejidad, como los ambientales, raciales y religiosos.

Desde Estados Unidos, Martha y Mario viajaron a Europa. Estuvieron en Francia y Alemania, y recorrieron juntos casi toda España. Mario se instaló en Barcelona con su vieja amiga Martha Obregón, y Martha Ballesteros viajó a la India donde estuvo varios meses tomando algunos cursos.

Otro viaje realizado en el 2001 originó preocupación cuando el médico neurólogo ibaguereño Eduardo Bonilla, profesor de Neurología Clínica y Patología Clínica en el Departamento de Neurología de la Universidad de Colombia, hermano de su amigo Hernando, identificó en Mario el avance del mal de Alzheimer. En ese momento le recomendó a él, a su hija Catalina —por entonces instalada en Harvard— y a sus familiares que en adelante siempre estuviera acompañado¹³¹.

Al regresar a Colombia, quedaron inmersos en una compleja situación con varios hijos de Mario, que estaban en desacuerdo con su relación con Martha y otros asuntos. Entonces ella decidió retornar a Estados Unidos y dio por terminado su vínculo. Ambos quedaron devastados por una separación no deseada, pero necesaria para asegurar su tranquilidad y mutuo bienestar emocional.

Con sus contradicciones, amado profundamente por sus amigos y compañeras sentimentales, finalmente su espíritu libre y su mente atormentada no pudieron evadir el sinsabor de las rupturas. Fueron 90 años de una vida abundante e intensa, cuyos deslumbrantes alcances narraré en lo que sigue.





1948,
EL AÑO
MEMORABLE

Mario Laserna, compañeros y profesores durante los cursos de verano en Oxford University en 1947. Fue durante esta estancia que empezó a tomar forma la idea de fundar una universidad en Colombia bajo el modelo anglosajón. Foto: Colección particular (Liliana Laserna Jaramillo).

El momento más importante de mi vida fue cuando decidí que en Colombia cabía un sistema universitario de inspiración anglosajona¹³².

*La Universidad de los Andes... solo aspira a servir los auténticos intereses de la patria¹³³.
El 9 de abril fue el mejor argumento para la fundación de la Universidad de los Andes.*

Sin Nicolás [Gómez Dávila] yo no hubiera podido fundar la Universidad de los Andes¹³⁴.

—Mario Laserna

Uno siembra la semilla, pero ella tiene su propia dinámica¹³⁵.

—Orlando Fals Borda

EN 1948, MARIO LASERNA SE GRADUÓ como matemático en la Universidad de Columbia, fundó la Universidad de los Andes y contrajo matrimonio. Ese mismo año, el Bogotazo dividió en dos la historia del país: finalizó un prolongado período de paz relativa y empezó un ciclo de violencia política. Todo esto ocurrió cuando Mario estaba en sus veinte.

Los trascendentales sucesos terminaron por fortalecer la madurez mental de un joven que desde niño era un “ser metido a grande”. Su audacia, rapidez para aprender y entender y seguridad en sí mismo, y un atávico desprecio por el “qué dirán” forjaron una reputación de excéntrico superdotado en todo su círculo social.

Cuando estudiaba Derecho en el Colegio del Rosario y asistía a cursos de Matemáticas en la Universidad Nacional en Bogotá, llegó a la conclusión de que el sistema de formación y los contenidos de los programas profesionales no estaban a tono con los tiempos, ni con su idea de universidad, ni con las necesidades del país en el contexto de la industrialización, y menos con los avances que estaba logrando la ciencia en universidades, asociaciones, institutos y academias de Europa, Asia y Norteamérica en la primera mitad del siglo xx. Un problema que también detectó era el enfoque que arrojaba al mercado laboral a profesionales incultos e intelectualmente precarios. Fueron problemas que discutió con Nicolás Gómez Dávila, quien en los *Escolios* expresó: “Una escolaridad sin Humanidades es estéril, porque el hombre no se educa aprendiendo unas cuantas técnicas, sino empapándose de viejos lugares comunes”, abundantes en los textos clásicos. El mismo Gómez Dávila y Alberto Lleras Camargo, considerados entre las mentes más brillantes del país, personificaban la crítica

a la educación superior, pues nunca se preocuparon por asegurar un título universitario. Desconfiaban de tales “honores” por su imposibilidad de certificar la competencia sobre una actividad intelectual superior a la del medio, porque consideraban que la cultura no tenía su sitio privilegiado en la Universidad, porque los centros educativos con demasiada frecuencia estaban saturados de profesores incompetentes y convencidos de que enseñar exime de la obligación de estudiar¹³⁶. Gómez también opinaba que “en Colombia estaba ocurriendo un fenómeno que podía llegar a ser muy perjudicial: la clase dirigente tenía privilegios, pero no se sentía obligada a manejar el país de acuerdo [...] con] el proceso de *modernización*”¹³⁷. No es de extrañar que los diálogos entre Gómez y Mario, durante sus estudios de Derecho y más tarde, cuando ya contaba con un recorrido observando los problemas sociales y políticos del país, originaran en 1965 un ensayo que tituló: *¿Es culta nuestra burguesía?*, pregunta frente a la cual, después de un pormenorizado análisis social, concluye que no.

Con sus hermanos mayores y su tía Isabel Pinzón, que habían tenido la experiencia de estudiar en Estados Unidos antes que él, Mario pudo conocer en detalle cómo funcionaban allá las universidades: “Entre todos los miembros de la familia, yo sentía especial inclinación y afinidad por mi hermano mayor, Francisco. Era a quien habían educado de forma más esmerada en instituciones prestigiosas”, le comentaba a su amigo Hernando Bonilla Mesa (2000).

Ortega y Gasset, muy conocido entre la intelectualidad hispanoamericana, ya había disertado suficientemente sobre la integración de las ciencias y la cultura como forma de superar la “barbarie del especialismo”: “El especialista ‘sabe’ muy bien su mínimo rincón de universo, pero ignora de raíz todo el resto”¹³⁸. En compañía de Nicolás Gómez Dávila concluyó que los profesionales en Colombia, además de formación integral, carecían de métodos adecuados para aprender fuera de lo ya mencionado sobre contenidos actualizados en múltiples campos de la técnica, la ciencia y la cultura, deficiencias que afectaban su capacidad para entender problemas, brindar respuestas acertadas a los retos que planteaba el país y desempeñarse en forma adecuada y a largo plazo como profesionales:

Fue a través de Nicolás Gómez Dávila que empecé a entender lo que era la formación humanística en filosofía, historia y todo lo que se puede llamar ciencias del espíritu...

Mi experiencia en Colombia, cuando estudié Derecho [1941-1944], era que el estudiante se formaba con un método que, para entonces, era bastante anticuado, basado en escuchar conferencias del profesor y tomar notas. Recuerdo que durante las clases con buenos profesores que sabían mucho,

su técnica de enseñanza me parecía que no exigía al estudiante suficiente participación en su propio desarrollo intelectual. Las conferencias que dictaba el profesor en parte se podían obviar porque eran contenidos ya conocidos que el estudiante podía preparar por su propia cuenta, es decir, observaba que el sistema colombiano no promovía suficientemente la capacidad del estudiante de enfrentar los problemas que preocupaban a la sociedad en que vivía.

Tuve una reacción contra el sistema demasiado rutinario de enseñar el manejo de los problemas que afronta una sociedad como la nuestra. Por eso traje a Colombia después el método que conocí en Estados Unidos —que desarrollaba la mente del estudiante en una forma activa—. Afirmé este propósito cuando tomaba unos cursos de verano en Inglaterra durante mis estudios en Columbia¹³⁹.

Mario, consecuente con sus críticas al modelo de universidad donde estudiaba y leal a sus intereses académicos, desistió de terminar la carrera de Derecho y continuar su formación universitaria en Estados Unidos, experiencia que lo condujo de la crítica inclemente al sistema educativo colombiano a forjar la idea de fundar una universidad en Colombia bajo el modelo anglosajón en cuanto a métodos de estudio, independencia de organizaciones religiosas o políticas, sostenimiento económico basado en la filantropía y las donaciones de particulares, y amplia formación humanística¹⁴⁰.

Así pues, mientras cursaba su carrera en Columbia, viajaba de intercambio al Reino Unido y a Francia, y tomaba cursos de verano en Princeton, Mario afianzó su idea e identificó, a partir de observaciones comparadas sobre las universidades británicas, colombianas y estadounidenses, cómo afrontar los problemas de la educación superior en Colombia con un nuevo tipo de universidad que contribuyera a facilitar la industrialización y superar las limitaciones académicas e ideológicas que tenían las universidades confesionales y públicas. En Nueva York convocó a una serie de reuniones con sus amigos, jóvenes entre los 21 y los 22 años —casi todos de Bogotá, muy inteligentes y destacados académicamente, tanto como Mario, en las universidades donde cursaban o terminaban estudios en Estados Unidos hacia 1947— para formar un equipo que lo apoyara a materializar la idea, tal como lo describe Francisco Pizano, firmante del acta fundacional:

[...] el iniciador y el que nos metió a todos en esta empresa fue Mario. Y en realidad, como todos lo conocemos, sabemos la capacidad que tiene Mario para ponerle trabajo a sus conciudadanos y la habilidad que

PRÓLOGO

tiene de fijarles metas muy concretas [...] todos participamos de un pedacito de la Universidad, por decir así. Por ejemplo, mi participación práctica más activa, una vez fundada la Universidad, consistió en el desarrollo y fundación de la Facultad de Arquitectura... solo algunas personas participaron, dijéramos, del proyecto más general y muchos, aunque participamos de la idea más general, nuestra participación más concreta —como digo— fue en un tema específico. Por ejemplo, José María de la Torre, que [...] estaba entre los firmantes del acta [...] De manera que hay muchas personas que solamente pusieron su firma y muchas que no la pusieron y después colaboraron mucho. Mi recuerdo más concreto es en los años 47 y 48, yo creo que estábamos estudiando en Estados Unidos y nos encontrábamos mucho en Nueva York; Mario estudiaba en la Universidad de Columbia y estaba en Estados Unidos supuestamente estudiando Química y Farmacia, porque don Francisco Laserna tenía los Laboratorios Quibi [química y biología] y tenía a Mario destinado para ser gerente de los laboratorios [...] Pero él suponía que estaba estudiando eso. Suposición que Nicolás Gómez no alimentaba, pero no contradecía, aunque sabíamos muy bien que Mario no estaba estudiando sino algo así como Filosofía y Matemáticas.

Por ese entonces, años 47, 48, comenzamos a oír a Mario exponer la idea de que había que fundar una universidad. Lo oíamos, Mauricio Obregón, por ejemplo, que estaba allá con su familia, Roberto Rodríguez, con el cual iba mucho a Nueva York, y nos quedábamos en los dormitorios de la Universidad de Columbia, adonde Mario nos introducía, siempre he creído que subrepticiamente. También estudiaban en ese momento Jorge Franco, José María Chaves, quien estaba con Mario en Columbia, y algunas otras personas que no quiero excluir, sino que no recuerdo¹⁴¹.

La idea de la Universidad de Mario era muy sencilla, porque él lo que quería reproducir básicamente era el modelo de universidad estadounidense basada en la mezcla de las materias científicas, para usar un poco esos términos muy generales, con las materias humanísticas... Más allá yo no me atrevería a definir cuáles eran las ideas que tenía Mario porque, para ser muy sincero, yo tenía 22 años, y fundar uno una universidad cuando no se ha graduado de la universidad, pues, es una cosa bastante irracional¹⁴².

La idea se afianzó en la primavera de 1948. En un cine de Nueva York al que Mario asistió cuando estaba próximo a terminar su carrera, los cortos noticiosos que se proyectaban antes de la película mostraron la destrucción de Bogotá durante la asonada del 9 de abril. En una de las imágenes aparecía la

casa de su familia en la carrera séptima completamente destruida¹⁴³. Para Mario, las espeluznantes imágenes del Bogotazo confirmaban su cuestionamiento a la universidad colombiana y a la dirigencia del país, enfrascada en una violenta disputa por imponer los intereses de un determinado partido político o un caudillo populista sobre los intereses de la nación. Esto imponía un nuevo tema en las tertulias con estudiantes colombianos en Estados Unidos sobre superar una de las principales causas de la violencia y el atraso: la educación. Frente a la complejidad de la formación básica en primaria y secundaria, la idea de Mario de hacer una universidad que contribuyera a cerrar esa brecha entre los avances del conocimiento mundial logrados después de la Segunda Guerra —y de los cuales Colombia no se había dada por notificada— tomó fuerza. Oportunamente el firmante del acta de fundación, el ingeniero, empresario y profesor de la Universidad Nacional José Gómez Pinzón anotó, en 1952, que tres años atrás Mario Laserna le mencionó en Nueva York la necesidad de una universidad que formara profesionales con mentalidad diferente. Agrega Gómez que la “sensibilidad” de Mario “se afectó profundamente al contemplar la desproporción entre los métodos educativos que tuvo a su servicio en Estados Unidos y los que había conocido en Colombia...”. Mario quedó cautivado de por vida con esta experiencia académica. Se propuso replicar las universidades estadounidenses, no solo en el diseño de cursos, metodologías de enseñanza y aprendizaje, integralidad en la formación profesional en cada carrera y establecimiento de nexos entre países a partir del intercambio académico, científico y cultural. La traída en 1950 de los matemáticos Von Neumann y Lefschetz, y luego de humanistas como Hildebrand y Toynbee, además del empeño en enviar estudiantes talentosos de Los Andes y la Universidad Nacional a Estados Unidos y Europa, comunicaban esa seguridad sobre las bondades de un modelo educativo en que creía.

Pocos sabían en el país que existía una ciencia frente a la cual estaba quedándose rezagado, sobre la física atómica, la física nuclear —que termina para fines bélicos en la bomba atómica y que después se utilizará para la exploración espacial— “aquí éramos absolutamente ignorantes”. Con el Bogotazo concluyó, además, que la élite dirigente parecía incompetente para manejar el país, debido a deficiencias en su formación profesional. Nicolás Gómez tenía razón y Mario certeza de la necesidad y urgencia de fundar una nueva universidad que, desde las “alturas de los Andes, inicie un diálogo con todos los centros de la cultura universitaria de Occidente”, anotó Álvaro Castaño, uno de sus compañeros de andanzas.

Como se ha dicho, Francisco Laserna y Helena Pinzón se llevaron gran sorpresa al ver que su hijo recibía un diploma de matemático y no de químico,

y que su primer trabajo al regresar a Bogotá no era encargarse de dirigir la empresa familiar de los Laboratorios Quibi, sino organizar una nueva universidad, distinta a todas las existentes y, peor aún, que esa academia no acogería el ideario conservador y menos el credo católico. El horizonte pintaba oscuro para Mario, porque la oposición inicial más fuerte la tuvo en su acaudalado padre, su primera alternativa para obtener un apoyo económico para el proyecto. Mario regresó a Bogotá a mediados de 1948. El “manos a la obra” empezó al convocar a Nicolás Gómez y a otros miembros del Jockey Club —muchos de ellos cercanos a su padre y a su tío Emiliano, como Fernando Salazar Grillo—, sus amigos del Gimnasio Moderno que habían estudiado en Estados Unidos, algunos empresarios también con formación en esa nación y figuras de la intelectualidad bogotana, algunos muy escépticos con la descabellada idea de su joven amigo, conocido en el colegio por alocado y voluntarioso, credenciales que tal vez podrían permitirle “salirse con la suya” en una empresa tan difícil. Decidieron sin embargo “llevarle la corriente”¹⁴⁴. Francisco Pizano en 1998 recordó que:

[...] cuando Mario regresó aquí y nosotros regresamos también graduados de las universidades americanas [...] pasamos un poco a ser mandaderos de Mario: “hable con Álvaro Castaño”, “¡a ver! qué pasó con tal cosa”, “llame a Nicolás Gómez”, “hable con Mauricio”, bueno, etc.

[...] Él lo que hizo básicamente —lo repito— fue poner a trabajar a mucha gente en tareas muy concretas, y con una habilidad muy grande logró incorporar a una idea que básicamente se había originado en una persona que tenía 24 años y en unos ayudantes de 21 o 22 años; supo inspirar la confianza y el entusiasmo de personas mucho mayores, más formadas, conocidas en el país, algunas que contribuyeron en ese momento con su firma, como el doctor López [Michelsen], pero eso era una cosa que él ha querido, en cierta forma —dijéramos así— presentar como poco importante, pero en ese momento que las ideas de unos jóvenes fueran apoyadas por Alfonso López, por Hernán Echavarría, por el doctor Franco, por el doctor Alfonso Araujo, etc., pues era lo que transformaba una idea de adolescentes en una proposición seria para el país en el ambiente del 9 de abril¹⁴⁵.

Mario concibió tempranamente, de la mano de Nicolás Gómez, un proyecto político en educación que entendía la universidad como una contribución al desarrollo del país. Esto se soportaba en el estudio de la teoría del Estado y de la política mientras cursaba Derecho:

Cuando cursaba Derecho me llamaba la atención estudiar el concepto del Estado moderno y su tarea de coordinar las fuerzas que existen dentro de la sociedad moderna [...]¹⁴⁶

Instituciones como las Universidades que deben tener como mira los intereses de la comunidad no pueden ni deben estar sometidas a los vaivenes de la política [...] Por [eso], es preciso enfocar el interés de las gentes, ricas y pobres, hacia cuestiones mucho más perdurables, y una de ellas es, sin duda, al futuro de nuestras juventudes, en cuanto es preciso velar, de forma eficaz, por su adecuada preparación para resolver los muchos problemas de la patria¹⁴⁷.

La idea para arañar la conciencia de sus amigos y de las clases dirigentes la resumía en la frase “Más allá del deber”, que en la coyuntura que vivían se traducía como no limitarse a cumplir las leyes sino ejercer la ciudadanía de forma activa, participando en cuestiones públicas donde caben la educación, la asistencia social, la opinión pública, es decir todo aquello que excede los intereses estrictamente individuales y privilegia los comunitarios: “Esta esfera intermedia del servicio cívico a los intereses comunitarios es aquella plusvalía de voluntad y capacidad de servicio ciudadano que constituye el ‘algo más’ de la declaración de principios de Uniandes”¹⁴⁸.

Dotado de una clara crítica de la élite colombiana que de tiempo atrás hacía junto a Nicolás Gómez Dávila, buscó persuasivamente la reunión de esfuerzos y dinero en una idea de entidad educativa independiente, que no fuera del Estado, de un partido político, de un individuo o familia, ni de la Iglesia. Si bien se creía que Los Andes sería una universidad elitista, la realidad es que se enfocaría en la formación de quienes tuvieran una gran capacidad intelectual, sin importar su capacidad económica. Fue un trabajo de relacionamiento por toda la ciudad a contracorriente, porque los convocados le decían que ya había universidades, las del Estado y las de la Iglesia, y que entonces para qué otra. La persistente publicidad fue inicialmente poco optimista y según crónica sobre la Universidad de los Andes publicada por Gabriel García Márquez en 1955¹⁴⁹, se sostendía “estimulada más por la apariencia de aventura juvenil del proyecto, que por la importancia que él pudiera tener para la educación en Colombia”. Su costumbre de llevar la contraria y su voluntarismo aumentaba la motivación. Se mantuvo así hasta noviembre de 1948, convocando y organizando muchas reuniones con amigos, “al caer la tarde y a la salida de nuestros trabajos, para dar forma a ese sueño lejano que Mario nos había transmitido”¹⁵⁰ en una improvisada oficina en la carrera 7.^a con calle 19, ubicada en lo poco que quedó en pie de la casa paterna después del Bogotazo, en el Jockey Club y en cafés de

intelectuales y de trasnochadores en el centro de Bogotá. La causa de Mario fue cuestionada por algunos, entre ellos su padre, que inicialmente “ridiculizó su idea, siempre argumentando que en Colombia ya había trece universidades”¹⁵¹, pero, todo hay que decirlo, finalmente su invencible persistencia convenció a Francisco Laserna, quien posiblemente fue el primer gran donante.

Mario era modesto cuando se le reconocía como el fundador de la Universidad de los Andes. Se autopercibía como un medio o como un accidente. Uniandes era para él una respuesta colectiva a una necesidad que él se sirvió canalizar. Las consignas que guiaban su conducta es que el individuo debe ser sujeto y no objeto de la historia; su objetivo es indagar y descubrir hacia dónde va el mundo y en lo posible alinear la sociedad dentro del proceso, con la autoridad que confiere el conocimiento¹⁵². A finales de marzo de 1949 iniciaron las clases¹⁵³. Según Gabriel García Márquez,

con parte de su capital privado, Mario Laserna les dio forma a sus ideas, que muchas personas consideraban una aventura romántica. El doctor Fabio Lozano y Lozano, ministro de Educación en 1949, aprobó los reglamentos y estatutos de la nueva universidad, seguramente sin mucho optimismo en cuanto a su supervivencia. No obstante, esos estatutos los había redactado Mario con pasión, y el 9 de noviembre de 1948, días antes de firmar el acta fundacional, ya los tenía listos para ponerlos en discusión. Con todo, en febrero de ese año el nuevo plantel educativo ofreció matrículas [...]

El entorno en que Mario Laserna concibió Los Andes

Desde el siglo XIX ya existía entre un sector de la élite colombiana, ideológicamente pragmática, un aprecio por la educación técnica y las profesiones prácticas, especialmente Ingeniería, para desarrollar el país. A finales del mismo siglo, el modelo educativo estadounidense empezó a valorarse, como lo demuestra el número de estudiantes que viajó a Estados Unidos a cursar Ingeniería y otras carreras técnicas. Los beneficios obtenidos en el viejo continente y Estados Unidos en materia de ciencia, tecnología e industrialización, gracias a la masificación de la educación universitaria, fueron observados directamente por varios dirigentes colombianos¹⁵⁴.

El aprecio que había surgido en el siglo XIX por el modelo educativo estadounidense encontró pues un seguidor en el fundador de Los Andes. Su padre Francisco y su abuelo Pablo Pinzón Ruiz eran parte de ese grupo que apreciaba la educación práctica y las ciencias aplicadas, y procuraron educar a todos sus hijos en las mejores universidades de Estados Unidos y Europa, con miras

a vincularlos a sus empresas agrícolas, mineras, comerciales, ferroviarias, manufactureras e inmobiliarias. El contacto directo de algunos líderes políticos y económicos con ese modelo no solo inspiró, sino que ayudó algo al éxito del nuevo proyecto de Mario, que pretendía contribuir a formar una élite técnica y científica en el contexto de la industrialización¹⁵⁵.

La modernización de la educación en Colombia se había iniciado tímidamente en los años veinte, condicionada por el repunte económico y demográfico. La contratación de la Misión Pedagógica Alemana en 1923 por el Gobierno de Pedro Nel Ospina (1922-1926) marcó el lento cambio de la educación básica y superior¹⁵⁶. Esta era una temprana señal de que ingenieros brillantes, como el presidente Ospina, líder del conservatismo clerical, exembajador en Bruselas y conocedor al igual que su hermano Túlio —fundador de la Escuela de Minas de Medellín— del sistema estadounidense como egresado de la Universidad de California, observaban que el modelo difundido por educadores colombianos con estudios en Francia y por las organizaciones religiosas católicas francesas enfocadas en la educación que arribaron al país durante la Regeneración no estaba respondiendo al proceso de cambio que ya planteaba la industrialización en los años veinte. Con anterioridad, hacia 1914, Agustín Nieto, los hermanos Samper Brush, Tomás Rueda Vargas, Ricardo Lleras Codazzi y otros intelectuales y empresarios observaron, al crear el Gimnasio Moderno en Bogotá, que la educación colombiana debía incorporar otros sistemas de formación como los propuestos por la escuela activa del belga Ovidio Decroly, quien consideraba que los jóvenes podían asumir su autoeducación y los profesores acompañarlos en el proceso, en una escuela entendida como organización social con capacidad de formar la personalidad basada en valores humanos que le aseguren al individuo su independencia individual y su sentido social.

La Iglesia en Colombia consideró que la misión alemana “iba muy adelante”. Esto influyó para que el Congreso de la República no aprobara el proyecto de ley que ordenaba la implantación de las propuestas educativas de los pedagogos alemanes. Sin embargo, las objeciones clericales se sortearon paulatinamente hasta fundar las escuelas normales en Bogotá, Tunja y Medellín, entre 1925 y 1926, bajo los presupuestos de la educación moderna. Al final de la hegemonía conservadora (1886-1930) y con el ascenso de los liberales, se retomó el contenido de las reformas para orientar la política educativa desde una perspectiva laica, exenta de la extrema influencia religiosa y más afín con la modernización que defendía un grupo numeroso de dirigentes colombianos. De hecho, el *Manifiesto de Córdoba*, proclamado por estudiantes de esa ciudad de Argentina en 1918, tuvo una amplia acogida en el movimiento estudiantil colombiano de

PRÓLOGO

finales de los años veinte, liderado por Diego Luis Córdoba, Carlos Lleras Restrepo y José Francisco Socarrás¹⁵⁷.

Surgieron nuevas instituciones universitarias y se reactivaron otras fundadas en el período colonial, como la de Santo Tomás, que después de casi cien años de clausurada reabrió; la Pontificia Universidad Javeriana, que podría considerarse sucesora del antiguo colegio de los jesuitas clausurado en 1767, reabrió en 1931, y la Universidad Libre de Colombia se fundó en 1923, año en que se contrató la Misión Pedagógica Alemana, que propuso la reorganización de la instrucción pública. El presidente Alfonso López Pumarejo (1934-1938) y su ministro de Educación, Darío Echandía (1936), del ala más izquierdista del Partido Liberal, incorporaron parcialmente el *Manifiesto de Córdoba* en la reforma de la Universidad Nacional (Ley 68) que ordenaba la construcción de una Ciudad Universitaria en Bogotá¹⁵⁸.

En 1936 se fundó la Escuela Normal Superior en la capital del país, y abrió la Universidad Pontificia Bolivariana en Medellín. En los años cuarenta se empezaron a crear más universidades que en la anterior década, fenómeno que continuó en los años cincuenta, tanto por iniciativa del sector oficial como del privado. De esta manera fueron fundadas la Facultad de Economía Industrial del Gimnasio Moderno (1943) y las universidades del Atlántico (1941), de Caldas (1943), del Valle y del Tolima (1945), Industrial de Santander (1947), de los Andes y Distrital «Francisco José de Caldas» (1948), y de Medellín (1950), entre otras.

De 1900 a 1944, en las universidades colombianas se siguió enseñando Medicina, Derecho e Ingeniería, pero aparecieron nuevas especialidades —por exigencias del acelerado desarrollo urbano, demográfico, industrial y tecnológico—, como Enfermería (1903), Ingeniería Agronómica (1916), Medicina Veterinaria (1921), Arquitectura (1929), Odontología (1932), Química (1938), Bacteriología (1944) y Economía Industrial (1943). Este desarrollo académico estuvo acompañado por un pequeño grupo de intelectuales y científicos extranjeros llegado al país entre 1930 y 1950, que no solo dio soporte al proyecto cultural liberal de la Revolución en Marcha del presidente López Pumarejo, sino que sentó las bases para el desarrollo de la industria cultural, representado en la edición de periódicos, revistas y programas radiales que difundieron nuevas ideas de corte liberal y laico, así como el pensamiento moderno occidental, expresión a su vez de la conformación de una nueva élite cultural alrededor de las universidades, interesada en los acontecimientos científicos y culturales del país y el mundo.

Pese a la proliferación de centros educativos, la realidad es que la mayoría de ellos eran estatales o católicos, respaldados por liberales o conservadores según las coyunturas políticas, y muy profesionalista. Desde las primeras décadas

del siglo ya se sabía que el escaso cubrimiento educativo era un escollo para la modernización ocurrida entre 1920 y 1950. De 1926 a 1938, la educación superior y secundaria aumentó a una tasa anual inferior a la de la población¹⁵⁹. Aunque la formación de profesionales creció en los años cuarenta, el sistema educativo no alcanzaba a cubrir las necesidades de personal profesional que demandaba el país. El déficit se consideraba como una causal de pobreza y violencia. Mario, a pesar de su juventud, no estaba pues muy extraviado en lo que observó. Según Alberto Lleras Camargo,

la insurgencia de presiones brutales, la crueldad que caracterizó a una época recientísima de nuestra historia, no habrían prendido tan fragosamente sobre una nación educada, sobre un país civilizado [...]. La insensibilidad que se apoderó de buena parte de las antiguas clases dirigentes ante la tremenda gravedad de la violencia es también otro síntoma de la defectuosa educación, aun en las más altas jerarquías de la inteligencia. Fallaron, pues, la escuela, el colegio, la universidad. Fallaron los sistemas educativos complementarios, fallaron el hogar y la educación moral y religiosa de Colombia¹⁶⁰.

Para Aline Helg, hubo cambios decisivos en la educación colombiana entre 1946 y 1957, debido a nuevas circunstancias políticas, económicas, urbanas y demográficas. Se organizó un sistema educativo más moderno que permitió aumentar la cobertura. De 3050 estudiantes en las universidades en 1938, Colombia cuadruplicó esta cifra en 14 años, al pasar a 11 607 en 1952 (Colombia tenía 11 500 000 habitantes), después de superar un estancamiento en las tres primeras décadas del siglo¹⁶¹.

Durante esta etapa se consideraron los conceptos modernos de formación integral e interdisciplinaria en los programas de tipo profesional. Las ciencias sociales y las humanidades poco a poco fueron incluidas en las diferentes carreras, porque antes solo se estudiaban contenidos en ciencias naturales. El psiquiatra José Francisco Socarrás (Valledupar, 1906-Bogotá, 1995), antiguo líder estudiantil y director de la Normal Superior, sostenía en 1944 —de manera semejante a Mario— la necesidad de transformar la universidad colombiana especializada en Ciencias y Matemáticas, por una más humanística:

[...] pues si [...] las ciencias nos forman en el sentimiento de poder sobre cuánto nos rodea, las segundas, las humanidades, nos imponen el deber ser respecto al entorno y, especialmente, en relación con la comunidad. Al científico no se le debería formar exclusivamente como científico, pues todos necesitan una formación humanística [...]¹⁶²

Pese a lo anterior, hubo diferencias entre Echandía, Socarrás, Samper y Laserna sobre un nuevo modelo de universidad para Colombia. La de este último recogía el concepto de formación integral, pero en el caso de Socarrás estaba muy enfocado a formar profesionales con conocimientos sobre el país que contribuyeran a resolver los problemas como la salud, la nutrición y la educación elemental. Laserna, Samper y Echandía apuntaban hacia una perspectiva amplia y universal bajo la categoría más general de “modernización”, y no de problemas puntuales. En general, las propuestas introducían el concepto de interdisciplinariedad en la estructura académica de las instituciones y en los programas de estudio, independientemente de la especialidad profesional¹⁶³, así como el concepto de educación mixta que acompañó al de educación integral al decretarse la fusión del Instituto Pedagógico Nacional de Señoritas y la Facultad de Ciencias de la Educación de la Universidad Nacional, creada también por la Ley 39 de 1936, con base en la experiencia obtenida en la Escuela Normal Superior. Durante la rectoría de Socarrás (1937-1944), la Normal Superior ya adoptaba como estrategia un acercamiento al país y a la ciencia, con base en la educación y la investigación.

En 1941, bajo un modelo educativo estadounidense sustentado en una formación técnica y científica para la comprensión y atención a los problemas del entorno, se fundó el proyecto precursor de Los Andes, la Facultad de Administración Industrial y Comercial en el Gimnasio Moderno de Bogotá, por iniciativa de Daniel Samper Ortega, quien notó la enorme necesidad de formar gerentes (para atender el desarrollo industrial y comercial colombiano) desde una sólida educación en ciencia económica y métodos administrativos que les permitiera desarrollar su sentido práctico en el manejo de empresas.

Los intentos de implantar la educación superior bajo los parámetros de la modernidad —como lo ejemplificaron la Universidad Nacional, la Escuela Normal y la Facultad de Economía Industrial del Gimnasio Moderno—, aunque fueron logros trascendentales, tuvieron un impacto reducido en el desarrollo cultural y económico, pues la formación profesional en Colombia se mantuvo rezagada si se toma en cuenta el acelerado desarrollo del país en los años treinta y cuarenta, que demandó a los centros educativos más eficacia para garantizar la más rápida formación de los profesionales que exigía el país.

Pese a las reformas y avances, durante los últimos años de la Segunda Guerra Mundial, la capacidad de la Escuela Normal y de la Universidad Nacional fue puesta en entredicho por los críticos y opositores al segundo mandato presidencial de Alfonso López Pumarejo. En 1946, cuando Gerardo Molina actuaba como rector de la Universidad Nacional, sectores tradicionalistas enjuiciaron la orientación ideológica independiente ante la Iglesia y los partidos

que la rectoría le daba a la Universidad. La clase dirigente expresó su temor por la “conmoción social” que podría producirse, ante la excesiva apertura de la Universidad a las “ideas comunistas”. La tremenda politización partidista que finalmente allí se impuso en el manejo administrativo y académico la mantuvo casi paralizada. Mucho debate ideológico en materia política y poca academia. Esta situación motivó la fundación de universidades privadas, la mayoría confesionales, hecho que evidenció la intención de dar marcha atrás a la modernización educativa, creando una crisis basada en debates partidistas y religiosos que nada tenían que ver con la misión y las funciones de una entidad científica y académica.

La creación de universidades privadas ocurrió también porque las públicas eran incapaces de cubrir la demanda de cupos que propició el crecimiento demográfico y de atender las necesidades de nuevas carreras profesionales que en ese momento requería la expansión del sector manufacturero, minero (petróleo), vial, transportador, estatal, financiero y de servicios en general. Asimismo, la educación pública carecía, técnica y pedagógicamente, de recursos para formar los profesionales o dirigentes que demandaba una Colombia en plena etapa de expansión industrial y poblacional.

Amplios sectores de la clase dirigente del país consideraron el fracaso de la Normal y la Universidad Nacional, así como las restricciones que para el desarrollo de algunas áreas ofrecían las universidades católicas, y por ello el modelo que terminó inspirando a varios de los fundadores de universidades privadas a partir de 1948 fue el estadounidense. La universidad colombiana entonces fue vista de manera negativa, unas veces porque estaba demasiado politizada o comprometida ideológicamente, en especial las públicas, y otras porque no obstante los intentos de cambio en los contenidos académicos, estos permanecían condicionados por los sistemas de enseñanza tradicionales, generalmente de origen francés o alemán, y los dogmas religiosos, como la Pontificia Bolivariana de Medellín y la Pontificia Javeriana de Bogotá. En contraposición a esos modelos se plantearon, por primera vez, universidades “apolíticas”, no confesionales y muy liberales. De este modo Los Andes dio línea desde una posición crítica frente al rezago que presentaba la educación que demandaba una sociedad industrial.

Desde niño Mario fue un lector y un escucha empedernido. El ambiente humanístico durante su crianza y niñez, iluminado por escritoras y traductoras como su hermana Elena y su tía Isabel, lo sumergía en una atmósfera privilegiada; por eso no es difícil entender su temprana empatía intelectual en su juventud con luminarias de las letras colombianas como Nicolás Gómez, Tomás Rueda Vargas, Pedro Gómez Valderrama y Hernando Téllez. La exploración

de textos más complejos es una derivación de este entorno intelectualmente más sofisticado:

Después, ya cuando empecé a conocer un poco el mundo de la ciencia moderna, me interesé mucho por leer filosofía sobre, precisamente, lo que es el contenido de la ciencia, cómo es que la mente llega a conocer el mundo, cómo es que se llega a penetrar las leyes de la naturaleza y de ahí [cómo] se aprende a controlar la naturaleza, cuál es el efecto que ese control de la naturaleza tiene sobre nuestro comportamiento. Esta es una mentalidad ante todo occidental. Es en Occidente donde se descubre la ciencia como medio de entender la naturaleza, para luego adquirir control de ello¹⁶⁴.

De la renovación y modernización que experimentó el ambiente cultural colombiano en los años anteriores a la fundación de la Universidad de los Andes dieron cuenta las separatas dominicales de los principales periódicos y las revistas culturales que se publicaron en Bogotá entre los años treinta y cincuenta: la *Revista de las Indias* y la *Revista de la Universidad Nacional, Sábado, Piedra y Cielo, Mito y Crítica*. Las dos primeras difundieron los trabajos de corte moderno, elaborados por los intelectuales y académicos colombianos que venían estableciendo estrechas relaciones con el pensamiento europeo, estadounidense y latinoamericano de vanguardia. La tradición inaugurada por la *Revista de las Indias* (1939-1950) dio origen a nuevas publicaciones, animadas por académicos vinculados a las principales universidades del país. Algunos autores de artículos en esta revista eran familiares para Mario Laserna, desde que participó siendo niño junto con su hermana mayor Elena Laserna, en las tertulias del Centro Literario Rafael Pombo. “De esta manera conocí en ese lugar a lo que más tarde fue toda una generación destacada de gente en las letras y la cultura, como por ejemplo a Antonio Gómez Restrepo (1869-1947) y al poeta y periodista Aurelio Martínez Mutis (1884-1954)”¹⁶⁵.

Los fundadores y colaboradores de todas ellas abordaron a Latinoamérica y Colombia desde una perspectiva oficial en la que convertían en asunto de Estado los fenómenos culturales. No obstante sus buenas intenciones, la *Revista de las Indias* no pudo evadirse completamente de la literatura imitadora, de la historia oficial, de los ensayos sin contenido de fondo y de la crítica tradicionalista que condenaba toda expresión cultural abstraccionista, especialmente en la plástica. Contra estas posiciones y maneras de ver la cultura, se levantó *Mito*, revista con la cual Mario Laserna tuvo mucha cercanía. Fue producida por intelectuales para intelectuales, de la izquierda en política, como Jorge Gaitán Durán, Eduardo Cote Lamus, Eduardo Zalamea Borda, Jorge Eliécer Gaitán,

Gerardo Molina, Hernando Téllez y Pedro Gómez Valderrama, varios de ellos antiguos colaboradores de la misma *Revista de las Indias* y también de Mario en su periódico *El Mercurio*.

Buen número de intelectuales republicanos españoles desplazados por la Guerra Civil y el fascismo escribieron para la *Revista de las Indias*. Al tiempo algunos se emplearon como profesores de la Universidad Javeriana, La Escuela Normal Superior y la Universidad Nacional, entre otras. Refugiados en Colombia, México, Chile, República Dominicana y Argentina, gracias a la acogida brindada en el ámbito académico, se radicaron en forma permanente. Los presidentes de Colombia Alfonso López Pumarejo y Eduardo Santos, y Lázaro Cárdenas, de México, los acogieron para vincularlos a la vida educativa, científica y cultural. Se afirma que gracias a esta determinación se afincó en estos dos países lo mejor de la cultura europea, vía los intelectuales exiliados. Tal migración aportó elementos a la organización del Colegio de México (1940), a la Escuela Normal Superior y a la Universidad Nacional en Colombia (1936). Se presume que esta benéfica presencia extranjera en la cultura colombiana haya forjado la temprana percepción de Mario Laserna sobre los beneficios de traer al país académicos extranjeros calificados para acelerar el desarrollo de diferentes esferas de la vida nacional. En la tertulia dominical de Nicolás Gómez, Mario tuvo una temprana relación con exiliados y migrantes como Luis de Zulueta, Antonio María Bergman y otros participantes ocasionales de paso por Colombia.

Una consecuencia de la Segunda Guerra, dentro de la relación poder-cultura, acertadamente prevista por Baldomero Sanín Cano en ensayos publicados en la *Revista de las Indias*, fue que Estados Unidos se convirtió en la sede de los nuevos centros de cultura en la posguerra, desplazando irremediablemente a Europa. En la nueva coyuntura, los intelectuales extranjeros exiliados en Colombia tuvieron la oportunidad de aportar a su modernización, por medio de un proyecto cultural basado en la organización de la educación superior, la creación de centros de investigación y laboratorios, y la democratización de la cultura. Ellos planteaban “la necesidad de una generación de relevo que impulsara una vocación más objetiva (y menos retórica de la que nos caracterizaba en Colombia) en sus formulaciones y enfoques sobre la cultura latinoamericana”¹⁶⁶. Con la refundación de la Universidad Nacional en 1936, la organización de la Escuela Normal Superior en 1937, la fundación de la Facultad de Economía del Gimnasio Moderno en 1943 y de Los Andes en 1948, ese pronóstico de Sanín Cano se confirmó.

La actividad artística en Bogotá y Medellín a finales de la década del cuarenta mostraba también a un reducido pero innovador grupo de creadores ampliamente conectado con el movimiento plástico internacional. La *Gran*

Exposición Interamericana de Pintura, realizada dentro de la programación de la *Conferencia Panamericana de Bogotá* en 1948, daba cuenta de este movimiento emergente. Los sucesos del 9 de abril de ese año, en vez de aminorar la producción, le dio impulso. Paradójicamente el violento entorno político marcó positivamente el principio de una nueva etapa en la actividad artística y literaria del país apoyada por un activo mercado, animado por las librerías, galerías e impresores comerciales en Bogotá, que lanzaron al estrellato a pintores jóvenes y algo más maduros, solo para mencionar artistas como Guillermo Wiedemann, Juan Antonio Roda, Alejandro Obregón, Enrique Grau, Ignacio Gómez Jaramillo, Édgar Negret, Hernando Tejada, Pedro Nel Gómez, Débora Arango y Lucy Tejada, entre tantos otros.

En el período 1935-1950, otras disciplinas y campos que surgieron o se fortalecieron con una base científica, teórica, metodológica, bibliográfica e institucional fueron la antropología, la lingüística, la arqueología, la etnografía, la historia, la matemática, la biología, la botánica, la geografía, la sociología, la filosofía y la psicología, alrededor de intelectuales colombianos y españoles exiliados¹⁶⁷. Sin embargo, las revistas culturales colombianas, al menos hasta 1950, trataron escasamente los problemas de la relación entre ciencia y tecnología¹⁶⁸. Como antecedente institucional solo se contaba con la Academia Colombiana de Ciencias (1933), reglamentada por el gobierno de Alfonso López en 1936.

La primera revista universitaria moderna fue la producida por la Nacional a partir de 1944. Su etapa inicial estuvo regida por una voluntad de cambio acorde con toda la atmósfera de transformaciones que vivía el país durante el régimen liberal. La revista era otro medio de la Universidad para acompañar el proceso de modernización e industrialización mediante la difusión de temas de educación, investigación, ciencia y tecnología. Se pensaba que la Universidad no podía continuar al margen del país y que en cambio debía vincularse más estrechamente con el Estado y la sociedad, dejando de ser el sitio donde se hacían profesionales, para convertirse en un centro que identificaba y estudiaba los problemas nacionales, a partir de bases científicas. En esta perspectiva, la revista de la Universidad Nacional buscó la divulgación de los trabajos e ideas desarrollados por la institución, considerados como necesarios para la modernización. El ambicioso proyecto científico muestra sin embargo la precariedad en relación con el contexto internacional de las publicaciones científicas que se ubicaban en la frontera del conocimiento en cada materia.

En los años cuarenta aparecieron dos publicaciones de carácter político y cultural, diferentes a los diarios, semanarios y quincenarios tradicionales editados en Colombia: *Sábado y Crítica*. Ambas registraban no solamente la producción literaria de un nuevo grupo de colombianos abiertos a lo que acontecía

en el mundo, sino una nueva manera de ver y hacer una literatura libre del imperio del “gramaticalismo decimonónico” de las posiciones políticas católicas, así como del gastado modernismo literario introducido por Rubén Darío, que se había enquistado en Colombia¹⁶⁹. La contrapropuesta de Hernando Téllez (1908-1966)¹⁷⁰ a la producción cultural que reinaba en Colombia era ser más objetiva, secular e implacable, basada en la dialéctica, el humanismo, la teoría literaria y la estética, y no en la religión, la moral, las consignas de los partidos políticos, la prosopopeya, la mistificación y la retórica insulsa de la generación del centenario. Téllez, muy cercano a Mario Laserna y Nicolás Gómez Dávila, expresó un propósito compartido por toda su generación: romper con el centenarismo subjetivo, provinciano, apologista, solemne y aislado del mundo. Buscó con una crítica erudita que la literatura producida por sus contemporáneos alcanzara una calidad que le permitiera entrar a la modernidad y a la cultura universal. Por su vinculación con la carrera diplomática, Téllez hacía parte de un grupo muy cosmopolita con acceso a las avanzadas científicas y culturales en el mundo. En 1951, en su libro *Literatura*, Téllez tocó el problema del desfase existente en Colombia entre la modernización en los campos cultural y económico en la etapa de mayor florecimiento industrial de su historia:

[...] no ha podido seguir el ritmo de la civilización. Si hubiesen corrido parejas la cultura y los negocios, la fundación de fábricas y la fundación de universidades, la alfabetización y las grandes rentas o los grandes edificios o las grandes y lujosas residencias, los centros de investigación científica y la producción en serie, los monopolios industriales y las cátedras bien pagadas, los holdings y las escuelas públicas, a estas horas habría más clientela para los literatos, puesto que el nivel cultural del país sería más alto y, desde luego, ya habría gentes que estuvieran pensando en fundar empresas editoriales [...] así como el auge del comercio, de la industria, de los negocios, ha creado y estabilizado, con pleno y merecido éxito, una clase social, el cambio radical en las condiciones culturales del país estaría haciendo posible la aparición del profesional literario¹⁷¹.

A Téllez, Alberto Lleras, Nicolás Gómez Dávila, Alejandro López, a los “piedracielistas” y a los “nuevos”, como se llamaba a los escritores y pensadores, casi todos periodistas y profesores de Los Andes y otras universidades: los escritores Eduardo y Jorge Zalamea; el poeta y hacendado Jorge Rojas; el poeta y profesor de Humanidades Rafael Maya; el novelista, historiador, periodista (y más adelante decano de Filosofía de Los Andes) Germán Arciniegas; el novelista y colaborador en la fundación de Los Andes Eduardo Caballero Calderón, y otros que reaccionaron contra la “Generación del Centenario”, se deben en

parte los cambios en la cultura colombiana entre los años treinta y cincuenta, aunque estos fueran todavía tímidos, como descubre Hernando Téllez. Varios piedracielistas (fundadores de la revista *Piedra y Cielo*) se adhirieron a los proyectos de fundación primero, y de organización después, de la Universidad de los Andes, y a sus métodos y contenidos de enseñanza, porque armonizaban con sus ideas. Jorge Rojas y Eduardo Caballero Calderón, por ejemplo, respaldaron a Mario Laserna en la fundación; Rafael Maya, Germán Arciniegas, Eduardo Carranza y otros piedracielistas trabajaron como profesores de Los Andes en su etapa inicial y publicaron en el periódico *El Mercurio*. De esta manera las aulas de Los Andes sirvieron para difundir el ideario moderno de sus intelectuales vanguardistas más representativos, en contraste con la idea tradicional y católica de cultura que mantuvieron muchas instituciones educativas.

Sábado, donde Mario publicó columnas y a cuyos redactores concedió entrevistas, fue fundado por los liberales doctrinarios Plinio Mendoza Neira y Armando Solano. Su primer número apareció en 1943. Plasmaba el entusiasmo democrático de algunos intelectuales, defensores del liberalismo¹⁷² y críticos de la “Violencia”. En 1947, Abelardo Forero Benavides, quien también fue, posteriormente, profesor de humanidades en Los Andes, llegó a la dirección del semanario donde permaneció hasta 1955, cuando lo sucedió Darío Samper, a quien le correspondió cerrarla en 1957 después de la caída de Rojas Pinilla, régimen al que apoyó la revista durante algún tiempo. Todo ese liberalismo cultural impuso al semanario un carácter abierto y nada sectario, no partidista, incluso continuó cuando Jorge Eliécer Gaitán anunció su disidencia del Liberalismo y, con ella, el retiro —más de las páginas políticas que de las culturales— de algunos colaboradores de *Sábado*. La dirección siempre pensó en términos estrictamente políticos, es decir, en sostener una publicación que hiciera eco a las voces de todos los grupos más representativos de la vida nacional como una práctica de la democracia y del servicio cultural.

Sábado difundió las ideas liberales como solución del tenso problema político de entonces. Germán Arciniegas consideraba que las ideas difundidas por la revista eran un asunto de cultura, antes que de política, no obstante que la publicación apoyó abiertamente el pensamiento y el proyecto político de López Pumarejo. Allí publicaron artículos, narrativa, poesía, crítica literaria y ensayos de autores liberales, conservadores y “de izquierda” colombianos, latinoamericanos y europeos¹⁷³. Sirvió también para divulgar, de manera permanente, la producción femenina en el campo de la plástica, la literatura, el periodismo y la política. Colaboradoras de *Sábado* lucharon por el reconocimiento del derecho femenino al sufragio y trabajaron en la difusión del grupo de escritoras y

artistas que surgió en los años cincuenta, algunas de ellas formadas en la Sección Femenina de Los Andes.

A varias generaciones de escritores de todas las corrientes y clases sociales el semanario abrió sus páginas, anticipándose a las publicaciones culturales de contenido heterogéneo, abiertas al diálogo nacional, del cual fue la revista *Mito* (1955) el ejemplo más depurado. La modernidad de estas publicaciones se explica por su apertura, tolerancia y reconocimiento de la diversidad en contraposición al arraigo de la intolerancia y el sectarismo promovido desde los cuerpos directivos de los partidos políticos y los periódicos de más tradición.

A diferencia de *Mito* y *Crítica*, en *Sábado* no se iniciaron muchos nuevos escritores. *Sábado* criticó el piedracielismo, por tratarse de un movimiento literario juvenil e irreverente que cuestionaba la obra de insignes escritores (Guillermo Valencia, Julio Flórez, Max Grillo, Baldomero Sanín)¹⁷⁴ y la obra de los *nuevos* (Alberto Ángel Montoya, Rafael Maya y otros), respaldados ampliamente por el semanario. No obstante, sus enemigos y defensores, los colaboradores y animadores de la revista *Piedra y Cielo*, dice el poeta y artista Héctor Rojas, que acompañó a Mario en la fundación de la Universidad, rompieron la inmovilidad en que se hallaban los escritores colombianos, al comunicar con mayor libertad y explorar desde la literatura los problemas íntimos de los colombianos y de la realidad nacional¹⁷⁵. El semanario aparecía como una alternativa optimista de expresión ante la violencia interpartidista en Colombia y la incertidumbre de la guerra en Europa y Oriente.

La acumulación de coyunturas adversas año tras año terminó debilitando la inicial orientación democrática y cultural de *Sábado*, que se transformó en un noticiero menos literario y cada vez más político, liberal y partidista. Forenzo Benavides, tan allegado a Los Andes, le imprimió ese estilo, dejando atrás la publicación cultural y democrática de la época de Mendoza y Solano.

Durante la etapa fundacional de Los Andes, incursionó el llamado “clan Zalamea” (al cual pertenecían varios de los firmantes del acta de fundación, directivos o profesores de la Universidad)¹⁷⁶ con su quincenario cultural *Crítica* (1948-1951), que circuló en medio de la más efervescente violencia política partidista en el país. Fue el medio de expresión de los intelectuales liberales comandados por Jorge Zalamea, con el doble fin de hacer oposición a los gobiernos conservadores del período (Mariano Ospina y Laureano Gómez) y de difundir la actividad artística, literaria y filosófica de vanguardia que se daba en el mundo.

Crítica y Zalamea, quien después estaría muy cerca de Mario y en los primeros años de Los Andes, analizaron, sobre todo, el imparable derrumbamiento del proyecto liberal y las alternativas de acción política para evitar la crisis

definitiva del Liberalismo después de la muerte de Gaitán¹⁷⁷. No obstante, el quincenario pudo publicar textos de Sartre, Bertrand Russell y varios pensadores colombianos, sobre temas que contribuían a la reflexión desde la cultura universal y nacional, y sobre los problemas políticos que azotaban al país. Los redactores tenían clara la idea de que eran los intelectuales quienes debían aportar a la solución de los conflictos, dada su formación moderna y abierta a las últimas corrientes externas del pensamiento. Sin embargo, todas las revistas culturales, incluso *Crítica*, muestran que el aspecto ideológico estaba lejos de la realidad material del país, porque la creación cultural poco llegaba al público colombiano, caracterizado por sus altas tasas de analfabetismo y la deficiencia de formación de quienes se podían educar formalmente¹⁷⁸. Hubo un rechazo al pasado tradicionalista liderado por *Crítica* (1948-1951), que a toda costa se empeñó en difundir la cultura moderna y el pensamiento político independiente en Colombia.

Las publicaciones culturales fueron expresión, más del deseo de la intelectualidad colombiana y de algunos sectores de la clase dirigente por difundir a los pensadores y creadores de vanguardia, para poner al país en la onda de la modernidad y del nuevo pensamiento que formulaban los escritores europeos, estadounidenses, latinoamericanos y asiáticos, que una expresión palpable de la democratización de la cultura y la educación en Colombia. A pesar de esa limitación, las revistas y periódicos del período previo a la fundación de la Universidad y durante sus primeros años contribuyeron a crear una base ideológica para la formación de un grupo de creadores colombianos que aportaron, tiempo después, a la reflexión crítica sobre los problemas que enfrentaba el desarrollo del país en todos los campos. La idea de fundar una universidad como Los Andes encontró aceptación en ese sector cultural e intelectual bogotano que venía creando las bases ideológicas del proceso de modernización. Junto a los periódicos *El Tiempo*, *El Espectador* y *El Siglo*, y la revista *Semana*, hicieron un amplio despliegue sobre la fundación y primeros años de la universidad, muy afín en su concepción con la línea ideológica y editorial. En general, las universidades, las sedes de esos medios, varios cafés contiguos a las rotativas, las librerías y las surtidas bibliotecas personales de Nicolás Gómez, Tomás Rueda Vargas y Hernando Téllez eran espacios de discusión de este grupo de intelectuales que se vincularon con el proyecto universitario de Mario. La independencia ideológica e intelectual de Mario fue impermeable a las críticas de intelectuales y políticos conservadores cercanos a su familia. Ideológicamente era muy sólido en no dar tanta relevancia a las cuestiones religiosas y partidistas en materia de cultura y educación.

A mediados de los años cuarenta, durante el segundo mandato de López Pumarejo (1942-1945), se observaba que las medidas del Gobierno no solucionaban la crisis económica nacional generada por el conflicto internacional, el desabastecimiento de artículos importados de primera necesidad, el desempleo y la inflación. Los problemas del país se agudizaron debido al ascenso del gatianismo y el posterior asesinato de su líder; la división del Partido Liberal y la pérdida de la presidencia en las elecciones de 1946, después de quince años en el poder; el cierre del Congreso de la República por parte del presidente Mariano Ospina; la censura a los medios de comunicación; la abstención liberal en las elecciones de 1950, y el ascenso de Laureano Gómez a la presidencia, que acentuó la violencia y provocó en 1953 el golpe de Estado, la dictadura militar y la intervención en la guerra de Corea por orden de Gustavo Rojas para recuperar la buena imagen internacional, perdida desde la presidencia de Gómez.

La Segunda Guerra Mundial sorprendió al país sin capacidad para atender todas sus necesidades de materias primas y bienes manufacturados, buena parte de los cuales eran traídos de las naciones en contienda. Los empresarios e industriales fueron definitivos frente a la precariedad del sistema educativo, que no estaba en capacidad de preparar a todos los ingenieros, administradores, químicos, economistas y demás técnicos y operarios que pudieran atender las demandas de la industria, el comercio, la banca, los transportes y la producción, declaradas en emergencia por la escasez de insumos, maquinaria y mano de obra profesional.

El nuevo orden geopolítico mundial imperante después de la guerra, también debilitó los lazos de dependencia e intercambio de América Latina con Europa y los fortaleció con Norteamérica, en materia técnica, educativa, económica y política. Estados Unidos empezó a ser visto por Latinoamérica como país dueño de modelos, experiencias e instituciones económicas que podían servir de ejemplo para resolver sus dificultades.

Por otra parte, la guerra trajo beneficios directos a la universidad en lo académico y científico, porque pudo obtener con economía y abundancia los servicios de notables profesores e investigadores en múltiples áreas, que la guerra había dejado vacantes en Europa. De esa sobreoferta de científicos sobrantes durante la posguerra se lucraron las universidades de todo el continente. En Colombia, la Universidad de los Andes fue la que más supo aprovechar la coyuntura, porque sus brillantes profesores extranjeros y colombianos le ayudaron a acreditar sus recién creados programas profesionales y a cimentar las bases de la investigación, no obstante que Mario Laserna posteriormente se lamentara de que estuvimos entre el grupo de países de América Latina que menos aprovechó en las universidades a este grupo de intelectuales y científicos.

En el transcurso de la guerra en Europa y el Pacífico, y después en la posguerra, Colombia debió acelerar su proceso de industrialización para atender las necesidades de manufacturas, interconectar todo el sistema nacional de ferrocarriles y carreteras, diversificar la industria ante la imposibilidad de importar por el bloqueo marítimo militar del Atlántico y crear las condiciones para la entrada de la inversión extranjera, a pesar de que su tasa de crecimiento del PIB bajara del 3,82 % en 1939 al -1,78 % en 1943, y repuntara luego de tres años con cifras negativas al 4,4 % cuando finalizaba la guerra (1945) y al 7,22 % en 1947, el segundo índice más alto del siglo xx. Estas cifras muestran por qué Hernando Téllez anotó que el desarrollo económico en Colombia avanzaba mientras el cultural se rezagaba.

La aparición de universidades fundadas por particulares, por la Iglesia, los departamentos y los gobiernos de algunas capitales de provincia estuvo estrechamente relacionada con el crecimiento demográfico y ese acelerado proceso de desarrollo económico del país, consecuente en parte con el exitoso modelo colombiano de política económica, basada en el sector cafetero como principal generador de divisas y la participación de la poderosa Federación Nacional de Cafeteros como entidad privada pero cooperante del Estado para impulsar el desarrollo económico, y particularmente el proceso de industrialización. De acuerdo con el *Censo Industrial* de 1945, de las 7834 empresas existentes en 1945 en el país, 3445 fueron fundadas durante los cinco años que duró la Segunda Guerra Mundial. Con posterioridad, por medio del Instituto de Fomento Industrial (IFI) y de la inversión extranjera, se pudo dar el salto de la industria de bienes de consumo corriente a la de bienes intermedios¹⁷⁹. Departamentos como Caldas, Valle del Cauca, Atlántico y Santander, muy rezagados hasta ese momento en comparación con Antioquia y Cundinamarca, repuntaron en los sectores industrial, agropecuario, comercial y financiero. La fortaleza de la economía basada en el desarrollo empresarial se reflejó en la creación de organizaciones gremiales como la ANDI y Fenalco, además de los sindicatos obreros.

Sin embargo, el relativo buen estado de la economía no estaba en armonía con la pésima situación social y política de Colombia en la época de posguerra. Un artículo aparecido en *El Tiempo* en 1947 dio cuenta de esta situación:

No obstante, la política de Unión Nacional que había proclamado el Gobierno, al cumplirse el primer año de su administración, la inquietud y el deterioro del orden público eran mayores que en años anteriores, y sucesos violentos en municipios alejados, así como en ciudades de importancia, se venían convirtiendo en crónica diaria. En Boyacá, en Antioquia, en Santander, se habían presentado hechos de sangre, y en los enfrentamientos

del pueblo con la fuerza pública, generalmente suscitados por agitadores profesionales, casi todas las víctimas pertenecían a la población civil.

El Congreso funcionaba con base en los enfrentamientos partidistas. Hacía tiempo no proliferaban tantos buenos oradores, pero en función de provocar o agudizar los enfrentamientos. Dentro de una de las sesiones parlamentarias dos congresistas llegaron a apuntarse con sus revólveres, situación que anunciaría lo que vendría en 1948¹⁸⁰.

La vida institucional del país se sumió en una crisis que se prolongó hasta finales de los años cincuenta, cuando se agudizaron las rivalidades partidistas, se impuso una dictadura militar y se multiplicaron los conflictos sociales. Los efectos de la Guerra Fría se hicieron sentir en Colombia cuando se declaró una tenaz lucha contra el fantasmal enemigo conocido como “comunismo internacional”, blanco de la oposición del empresariado, el Partido Conservador, los sectores de derecha del Partido Liberal y la Iglesia católica. En este ambiente polarizado es que surgirá Los Andes.

La Universidad de los Andes se gestó en una época en que el Gobierno nacional se empeñaba en controlar o restringir libertades. Entre 1946 y 1953, durante la etapa de gobiernos conservadores, surgió inconformidad dentro de la comunidad académica y artística, que se negó a echar por la borda la transformación iniciada por la Revolución en Marcha de Alfonso López Pumarejo. Esta posición provocó el primer gran debate sobre la autonomía universitaria y uno de los más agudos conflictos entre la universidad pública y el Gobierno, que instauró un intervencionismo excesivo en la conducción de la vida académica.

El proyecto de Mario surge en medio de una profunda crisis política que ayudaba modestamente al orden social de Colombia. En contraste, situaciones externas graves como la Segunda Guerra Mundial no habían ocasionado trastornos políticos o sociales graves. Solo la dinámica actividad cultural, a diferencia de lo que ocurrió transitoriamente en el campo económico, aumentó durante la guerra, la posguerra y la etapa de la violencia política, de lo que dio cuenta la fundación de instituciones culturales y educativas como la Universidad de los Andes, revistas académicas, artísticas y literarias, numerosas asociaciones, agremiaciones e instituciones culturales, que se presentaron a sí mismas como alternativas para pensar la crisis y aportar soluciones¹⁸¹.

El escepticismo que reinaba en el país sobre la importancia de la universidad para dar respuesta a los problemas colombianos lo demostró la apatía e indiferencia que le expresaron en Bogotá al nuevo proyecto de Mario Laserna.

La opinión que se formó Alfonso López Michelsen cuando se le invitó a firmar el acta de fundación de Los Andes, lo evidencia:

[...] quienes [...] suscribimos el acta de fundación [...] parecíamos arrancados de las páginas sociales de los periódicos y no calificábamos para sus páginas culturales. Yo, que había sido alumno del Gimnasio Moderno [...], abrigaba en el pecho el sentimiento de que el nuevo instituto que se proponía iba también a ser un lugar de cita para los hijos de la clase dominante colombiana, o sea, lo que hoy se calificaría de una universidad elitista.

Veía en mi juvenil imaginación un nuevo Gimnasio Moderno, enclavado en las faldas del cerro de Monserrate, con un campus a la americana, donde niños y niñas “bien” asistirían para disfrutar una buena música clásica, a aprender idiomas, a escuchar catedráticos de historias noveladas al estilo de Arciniegas y, quizás, gracias a las conexiones internacionales que Mario Laserna se proponía establecer, llegarían a coronar sus estudios en el extranjero¹⁸².

Efectivamente, como Mario era un joven miembro de la clase alta bogotana —aunque sus orígenes familiares estaban en Antioquia y Santander—, circulaba en los más encumbrados clubes sociales de la ciudad y había estudiado en colegio y universidades de élite en el país y el exterior, se preveía que la Universidad acogería estudiantes y familias con características semejantes, lo cual, de entrada, originaba rechazo en distintos sectores. Pero no desistió y mantuvo la convicción de que su verdadero proyecto podía ser una realidad con apoyo de sus amigos influyentes y familiares con fortuna.

Por entonces, la obra del filósofo alemán Oswald Spengler, *La decadencia de Occidente* (1918 y 1922), fue debatida ampliamente a medida que nuevas guerras y el avance del siglo ratificaban las desesperanzadoras tesis del escritor alemán, a las que Mario no se sustraío, como tampoco se habían sustraído buen número de intelectuales latinoamericanos. Spengler auguraba que la civilización cristiana occidental afrontaría un declive a finales del siglo XX, con debilitamiento de la democracia y un auge de los gobiernos totalitarios. Producto de esa lectura, en 1948 Mario Laserna expuso en público sus ideas y reflexiones sobre la obra de Spengler, en las cuales incluyó cuatro alternativas basadas en una nueva concepción de cultura y educación para solucionar la crisis que sufría la civilización cristiana: (1) La transmisión de edad en edad, de los conocimientos técnicos adquiridos por los hombres y que son la razón del bienestar material; (2) la investigación de nuevos hechos, la formación de nuevas teorías y la consiguiente adquisición de nuevos conocimientos; (3) la educación

de los individuos en cierto género de vida que se considera el ideal humano de nuestra cultura, y (4) el estudio de los problemas a que da origen la vida en comunidad.

Pensó que estas funciones de la educación no podían aplicarse sin el concurso de instituciones independientes a los poderes tradicionales. Era imposible asegurar que esta única reflexión desde la obra de Spengler sirviera para justificar la creación de la universidad, pero expresaba la búsqueda de soluciones filosóficas para la crisis colombiana, entre las cuales sobresalía la de la educación, mediante la cual los técnicos, científicos e intelectuales tendrían acceso a los adelantos del mundo en todas las áreas para mejorar las condiciones de existencia del hombre colombiano¹⁸³.

El modelo de la universidad estadounidense podía contribuir a la modernización del país. Era una alternativa para organizar los estudios universitarios y actualizar la educación superior en Colombia, debilitada por la problemática política y los conflictos sociales, especialmente los originados en la lucha por la tierra. Según Mario, sencillamente no había que inventar cosas nuevas sino darse cuenta de que la universidad que proponía podía funcionar con eficacia y ventajas, siempre y cuando tuviera independencia de los poderes tradicionales¹⁸⁴. Implícitamente, lo anterior no indicaba un divorcio del Estado ni la indiferencia hacia los problemas que por competencia este debía solucionar, sino mantener el principio de autonomía y salvaguardar las funciones educativas e investigativas de la universidad.

Pese a su juventud, Mario y sus amigos tenían suficiente conocimiento de que los movimientos de la política y de las fuerzas tradicionales de poder en Colombia venían sometiendo a la Universidad Nacional a un permanente vavén, sin respetar su competencia en la búsqueda, transmisión y aplicación del conocimiento. Cuando fundó Los Andes, todas las universidades públicas eran presa de los partidos, los jerarcas de la Iglesia y las órdenes religiosas. Con el triunfo de Ospina Pérez, los conservadores volvieron al control del poder ejecutivo en 1946, después de un largo ayuno. En este contexto hubo arduos debates contra el rector liberal de la Universidad Nacional, Gerardo Molina. Después de los sucesos del 9 de abril fue destituido, así como varios decanos y profesores, expulsados o ratificados, según su filiación política y religiosa.

El modelo universitario francés, como el del Colegio del Rosario, de la Javeriana y de la Nacional, con su péñsum rígido que no ofrecía al estudiante la posibilidad de escoger materias, trasladarse de programas y optar por profesiones distintas a las cuatro o cinco carreras liberales, de duración excesiva, escasa en formación humanística y carga académica exagerada, que aparecieron en el país desde el siglo XIX, estuvieron en el centro del debate. Según

Álvaro Castaño, quien acompañó a Mario en la organización de Los Andes, la propuesta escogida obligó a Mario y a sus compañeros a formular en las frecuentes reuniones propósitos generales, a analizar los programas docentes, a estudiar prospectos de universidades estadounidenses, a hacer las definiciones académicas, a acordar los planes de trabajo inmediato, a definir el perfil de los profesores, a identificar el lugar donde debía funcionar la universidad, a reglamentar los requisitos de admisión y el valor de la matrícula, y a promocionar la fundación a través de propaganda y visitas a diversas ciudades¹⁸⁵. En esa etapa previa, agrega Castaño, hubo consenso sobre la posición de absoluta independencia de la futura universidad ante cualquier halago de la Iglesia, los partidos o el Gobierno¹⁸⁶.

El modelo de la universidad francesa que se venía desarrollando desde el período napoleónico solo incluía la enseñanza de materias profesionales, y sus facultades, colegios e institutos también eran de carácter profesional, dando poca cabida a una formación integral. Este tipo de educación superior dependía de una alta calidad del bachillerato que, en Colombia, no se lograba, como reiteró en múltiples ocasiones Alberto Lleras. Los estadounidenses enfatizaban las Humanidades, porque su bachillerato no es tan humanístico, por lo cual se asemejaba al colombiano. Un acierto de Mario Laserna fue pues, tener el cuidado de no caer en una educación profesionalista y completamente técnica, es decir, el tipo de formación que los dirigentes del país avalaban por su desconocimiento sobre un modelo educativo más adecuado para la modernización y el desarrollo científico técnico que requería Colombia.

Mario Laserna y su equipo coincidieron finalmente en las ventajas prácticas de los métodos de enseñanza y organización de las universidades estadounidenses: menos rígidas, más abiertas e interesadas en la formación general e integral, que exclusivamente en la profesional. Detrás de la fundación no se debía buscar una filosofía de la educación, porque sus promotores, algunos jóvenes entre los veinte y los veinticinco años con estudios de pregrado en Estados Unidos, Inglaterra, Francia o Alemania no tenían aún, a diferencia de Mario, la formación y la experiencia suficientes para formular un pensamiento coherente y sistemático sobre la educación.

Con el modelo universitario moderno, y especialmente con el conformado en Estados Unidos, se le facilitaba al estudiante una educación para el aprendizaje y comprensión de su entorno. Introducir un método más flexible, no anualizado, que despertara la iniciativa de los estudiantes, que brindara la posibilidad de escoger materias y de mezclar las diferentes disciplinas¹⁸⁷; evaluación por medio de un seguimiento representado en una serie de pruebas y trabajos, y no por medio de un devastador examen final, y métodos de estudio

acompañados por el profesor, que debatía documentos y observaba de cerca el desempeño de los estudiantes acompañado de apoyo permanente para procurar que la mayoría culminara con éxito su carrera, antes que buscar su frustración académica, fueron características que debía tener la proyectada universidad.

Un principio fundacional tácito pero que se acató cabalmente desde la fundación fue que, a juicio de Mario, los rectores de Los Andes tenían que ser personajes influyentes de la vida nacional¹⁸⁸. Al regresar de Estados Unidos dispuesto a ejecutar su plan después de graduarse en Columbia, Mario consiguió el apoyo del eminente y veterano médico, exrector de la Universidad Nacional, Roberto Franco, cuya casa en el centro de Bogotá (calle 17 N.º 5-26) era sede alterna a la de Mario (calle 19 N.º 6-35, tercer piso) para reunir al grupo de jóvenes amigos y discutir sobre las bondades del modelo estadounidense de universidad y su amplia oferta de estudios¹⁸⁹, la calidad de su profesorado, la organización académica y administrativa, el respeto por el principio de libertad de enseñanza e investigación, la facilidad y el apoyo a la investigación, la excelente dotación de bibliotecas y laboratorios, la obligatoriedad de la práctica deportiva para todos los estudiantes, la actividad cultural extracurricular, la organización y operación de fraternidades y clubes con diferentes fines, el sistema ético para orientar las acciones de los estamentos pertenecientes a la Universidad, la exigencia académica y el sentido de pertenencia de todos hacia la institución¹⁹⁰. Sin embargo, más que buscar su ayuda para organizar los aspectos misionales de la Universidad, en lo que Franco era todo un experto, Mario estaba pensando, sin decírselo a nadie, que lo estaba vinculando al proceso, pero para asegurarlo como primer rector. Por eso cuando Mario le ofreció la rectoría, pese a completar varios meses reuniéndose con él y con el grupo que lo acompañó en la generación del plan inicial de la Universidad, Franco no aceptó el nombramiento.

Franco tuvo claro desde el principio que, como decía Mario: “La Universidad [...] va a ser de tipo sajón y [...] va a estar realmente conectada con Estados Unidos”¹⁹¹. También había certeza de que Franco conocía el sistema francés por sus estudios en París y su conocimiento de la Universidad Nacional, donde este imperaba. Conocía detalles de sus presupuestos, según afirmó la revista *Sábado*. Lo que Franco aprendió con Mario del sistema estadounidense provenía del ensayo que escribió para obtener su diploma de grado en Columbia. Para Laserna, con el modelo estadounidense, “se trataba de imprimir un nuevo rumbo a la educación superior en nuestro país [...] Debemos educar a los nuevos dirigentes”¹⁹².

Entre los amigos que lo acompañaron en la aventura antes de iniciar actividades, no hubo consenso. Incluso, entre quienes firmaron el acta de fundación

había varios, como lo reconoció Alfonso López, que no estaban muy convencidos del éxito que pudiera tener el proyecto que Mario exponía con tanto entusiasmo. Luis de Zulueta decía que esta propuesta tan apartada de los modelos tradicionales sería “impopular” o “dificilmente comprendida”. Por eso, enfatizó en la necesidad de hacer difusión y propaganda intensa, tanto en Bogotá como en las principales ciudades del país, para culturizar a la gente sobre las ventajas de sus planes de estudio y carreras¹⁹³. Mario, por su parte, antes de abrir la universidad y en los primeros años de actividad, aportó su habilidad como promotor, publicista, organizador y relacionista para acreditarla social y académicamente. Haber crecido en una familia empresarial favoreció en él la formación de características del empresario schumpeteriano (capacidad de asumir riesgos, enfrentar la incertidumbre, innovar, organizar, liderar). En ese sentido es elocuente el testimonio de Francisco Pizano, según el cual Mario les daba órdenes y asignaba tareas a todos los integrantes del equipo de firmantes del acta fundacional que lo acompañaron en la preparación de la apertura de la universidad. La copiosa difusión de la foto en que aparece junto a Einstein (nobel de Física) y las invitaciones a profesores, científicos y escritores de fama mundial como John von Neumann, Federico de Onís, Arnold J. Toynbee, Thornton Wilder, Luis de Zulueta, Alberto Lleras Camargo, Roberto Franco, Eduardo Zuleta Ángel y otros personajes destacados dentro y fuera del país fueron acciones estratégicas que, sin duda, influyeron notablemente para ganarle credibilidad a la recién creada Universidad, no solo en Colombia sino en el exterior.

Cómo ayudó el 9 de abril

Al inicio, cuando Mario Laserna promocionaba su proyecto en la ciudad, la clase alta bogotana se mostró en general indiferente. Los políticos y empresarios pensaban que el montaje de fábricas solucionaba todos los problemas que afloraban día a día en el país, y que las universidades existentes estaban en capacidad de atender la demanda de formación de mano de obra calificada si continuaban con el exitoso proceso de expansión una vez Europa se recuperara de la guerra.

Pero el Bogotazo fue un duro golpe. Debido al prolongado período de relativa paz en el país (1902-1947) y su progreso económico, se creyó “que la democracia colombiana era muy sólida”¹⁹⁴. Según decía Mario, los trágicos sucesos de abril le dieron el último argumento para sustentar la propuesta de crear una nueva universidad¹⁹⁵. El proceso de industrialización y una economía organizada alrededor del café daban al país relativa estabilidad en las zonas urbanas

y rurales. Con el 9 de abril, la clase dirigente tradicional, a la que tanto atacó Gaitán, empezó a pensar en la necesidad de variar la manera de gobernar y de relacionarse con el exterior, especialmente con Estados Unidos, que al ganar la guerra había asegurado su liderazgo mundial. Esto implicaba dejar atrás y para siempre el asunto de Panamá, los problemas en las bananeras del Magdalena con la United Fruit Company y las expoliaciones a la riqueza nacional que hacían las multinacionales petroleras estadounidenses, temas recurrentes en el discurso populista de Gaitán en los años treinta y cuarenta.

La crisis que desataron los hechos de 1948 sirvió para que un sector del “notablato” colombiano, en especial el bogotano, reflexionara sobre el modelo de universidad existente en el país, como el de la Nacional y el de las demás universidades sometidas a presiones políticas o religiosas, y de qué manera estas hacían parte del problema, no aportaban soluciones, no formaban líderes, no producían los cambios requeridos para enfrentar la crisis sociopolítica o para sostener el progreso de la economía y asegurar su industrialización.

Como hombre pragmático, se dio cuenta de que si no obtenía el apoyo de los industriales y banqueros nadie lo iba a secundar:

[...] Si hubiera llamado a Germán Arciniegas y a Gustavo Santos, le habrían dado muy buenas ideas, pero no plata y empuje. Él recurrió, obviamente, a lo que en ese momento tenía fuerza. Así logró formar la base material y adquirir todo lo necesario para fundar la universidad. No es que él hubiera dicho: “Mire, Ingeniería en la Universidad Nacional es mala o Ingeniería de la Universidad de Antioquia está muy lejos, y por eso en Bogotá debemos hacer una facultad de Ingeniería. La Universidad empezó ante todo por puros principios pragmáticos y no por edificios ideológicos. Laserna tuvo la convicción de que se podía fundar algo importante, si comprometía a la gente de las industrias grandes, a los banqueros, a la gente que tiene poder político. Por eso estuvieron firmando el acta de fundación personajes como Alfonso López Michelsen, y a pesar de que ese era un momento un poco duro de la política, metió liberales, conservadores, socialistas [...] de todo, para que no tuviera nunca una base ideológica partidista¹⁹⁶.

La presencia de miembros de la familia Santos se buscó —explica Francisco Pizano— porque el periódico *El Tiempo* manejaba una gran franja de opinión que Mario deseaba que estuviera informada sobre la universidad.

En eso Mario fue completamente pragmático, él no estaba tratando de hacer una lista de celebridades académicas para hacer una universidad,

sino una lista de personas que la armaran. Mario con los mejores fines es un manejador de personas [...] lo que pasa es que nos dejamos utilizar porque siempre los fines que se ha planteado son lo suficientemente altos [...]¹⁹⁷

De acuerdo con Pizano, que apoyó a Mario en las tareas de organizar la Universidad,

nosotros éramos muy jóvenes, muy entusiastas. Le trabajamos mucho a la Universidad, pero, indudablemente, esto no es ni de lejos una labor que se pueda atribuir a ocho o diez personas [...] un montón de gente [...] ayudó, pero precisamente porque la idea [...] le gustó a esa gente. Yo hago mucho énfasis en la importancia de la idea porque [...] no se hubiera podido conseguir que personas [mayores] como el doctor Roberto Franco [y] Alberto Lleras —que habían ocupado las más altas posiciones— [dieran] apoyo, si les hubiera parecido una idea trivial [...] La idea de la Universidad de los Andes simbolizó en ese momento la modernidad.

Indudablemente [...] [al regresar de nuestros estudios en Estados Unidos], llegamos a ayudar a fundar una universidad, las facultades, a desarrollar la Universidad y a trabajar en ese sentido, y verdaderamente nos preocupamos muy poco por nuestra carrera personal. Probablemente ese fue un elemento que fue visto con simpatía por las personas más expertas, más maduras y con más experiencia [para] ayudarle a unos muchachos que buscaban esa creación¹⁹⁸.

Pocas universidades hasta la fundación de Los Andes se habían abierto tanto a la modernización económica del país —con excepción de la Escuela de Economía del Gimnasio Moderno, la Escuela de Minas de Medellín y las Universidades del Valle e Industrial de Santander—, si se observan al menos los principios fundacionales, los primeros estatutos y las políticas o acciones de internacionalización en todos los ámbitos de su actividad.

Proponer a Los Andes como solución a los problemas de la educación superior en Colombia, mediante la formación de dirigentes, científicos o agentes del desarrollo, fueron propósitos desarrollados a medida que se percibía la existencia de capitanes de industria, pero muy pocos dirigentes con capacidad de convocar y orientar los diferentes sectores de la nación.

Al respecto, José Gómez Pinzón, académico, industrial y primo lejano del fundador, recoge en su intervención en la sesión del Consejo Directivo del 1.º de agosto de 1952 las consignas que Mario fue implantando paulatinamente en los primeros años de Los Andes:

[...] un grupo de personas [...] convencidas de que la vida no se realiza con plenitud mientras el hombre se limite exclusivamente a cumplir sus deberes ineludibles, han consagrado parte muy importante de sus energías, de su tiempo y de su patrimonio a una obra de la que personalmente no derivarán provecho inmediato, y a la cual no las vincula propósito sectario, ni iniciativa de carácter político, ni deseo de fama, ni estímulo religioso o místico. Solamente el convencimiento de que la dignidad de vivir impone obligaciones para con sus semejantes y para con la patria, cuyo cumplimiento contribuirá a proporcionar a nuestros conciudadanos y a la humanidad un futuro mejor, ha inspirado esta honrosa y enaltecedora tarea en la cual apenas me ha correspondido una mínima parte.

Hace [...] tres años [...] Mario] me hablaba en Nueva York acerca de la necesidad [...] en Colombia de un instituto universitario [...] ajeno a la viceversa de la política militante, donde el estudiante recibiera simultáneamente instrucción y educación; que pudiera conservar su espíritu y ejercer su influencia sobre las generaciones jóvenes cualquiera que fuera la ideología dominante en el gobierno; donde se inculcara a los alumnos el sentido del respeto por sus semejantes; de donde se desterrara cualquier influencia sectaria o confesional; y cuyas puertas se abrieran a la discusión de todo problema planteado honestamente con el ánimo de investigar la verdad. Mario terminaba por entonces estudios de Física y Matemáticas en Columbia University, y su sensibilidad se afectó profundamente al contemplar la desproporción entre los métodos educativos que tuvo a su servicio en Estados Unidos y los que había conocido en Colombia. Lo impresionó la seriedad, la virtud y la eficacia de la universidad norteamericana. En su sentir, ninguna de nuestras instituciones de esta índole reunía esas condiciones [...] [ni] estaba exenta de ser orientada tarde o temprano por móviles ajenos a los meramente educativos y científicos.

Concibió entonces, con un grupo de amigos, la idea de fundar otra universidad en Bogotá, y, lo que en ese momento parecía más realizable, la de soportar la carga de su sostenimiento en la generosa y espontánea contribución de los particulares, evitando la preponderancia de cualquier influencia que pudiera desvirtuar su independencia ideológica [...] libre de prejuicios y propósitos vulgares. Creía Mario, y los hechos confirman sus puntos de vista, que hay en Colombia un grupo muy numeroso de gente que está dándose cuenta de la responsabilidad que implica la vida en sociedad y de la importancia que tiene su contribución individual en el esfuerzo de garantizar la seguridad colectiva [...]¹⁹⁹.

Cuando Los Andes cumplió cincuenta años, Alfonso López Michelsen afirmó que ninguna de sus propias premoniciones se cumplió y la universidad “estableció una enorme distancia con las universidades que la habían precedido, en cuanto a programas de estudios, internacionalización y formación de una nueva clase con perfiles de tecnócratas en potencia que, más tarde, modernizarían a la República”²⁰⁰. De otra parte, Mario, al observar cómo su idea de universidad después de 50 años había dado los resultados esperados, dijo:

Yo creo que lo más interesante que ha hecho —la Universidad— es haber creado conciencia en el país de que hay unos avances tecnológicos, unos avances científicos, que son los que transforman el mundo.

[Sobre] [...] la física atómica, la física nuclear, que termina para fines bélicos en la bomba atómica [...] aquí éramos absolutamente ignorantes [...].

Lo que hizo la Universidad de los Andes fue tratar de cerrar la brecha que había frente a los avances que se habían logrado hasta después de la Segunda Guerra y de los cuales Colombia no se había dado por notificada.

La prueba es que, a pesar de que se hablaba mucho de que el país estaba muy atrasado, a la clase dirigente universitaria de Colombia no se le ocurrió traer un solo científico de los que quedaron en Europa sin empleo después de la Segunda Guerra [...].

[...] En parte no lo hacían porque había un interés de la izquierda por demostrar que el retraso se debía a la estructura económica colombiana [...]

Mientras tanto a Estados Unidos sí llegaron profesores europeos de posguerra. En Estados Unidos le permiten al individuo que desarrolle sus capacidades económicas, que formen grandes fortunas gracias a la codicia individual, y como esa gente algún día desaparece, su gran creación económica se convierte, a través de las instituciones norteamericanas, en servicio público. De ahí nacen las grandes fundaciones, los museos [...] y todo lo que hoy enriquece la vida cultural de los Estados Unidos.

En parte la creación de la universidad era un llamado a las clases dirigentes para buscar colocar esfuerzos y dinero en una entidad educativa que no fuera del Estado.

[...] la pregunta que me hizo Einstein²⁰¹ cuando le fui a pedir ayuda para la creación de la universidad fue: ¿Y si ya existen universidades por qué más

bien no se trabaja con ellas? Entonces le dije que porque la universidad privada agrega competencia que sirve para mejorar las del Estado y las de la Iglesia. Y le di un argumento que para él fue contundente: “Profesor, me parece que si en Alemania, cuando subieron los nazis, las universidades no hubieran sido universidades oficiales, no se hubiera podido hacer tanto la persecución contra los judíos, habría habido más resistencia. Pero en una universidad en que todos son parte de la nómina oficial, la orden es más fácil de cumplir”.

[...] Einstein me preguntó que cómo evitaría que la política se apoderara de la universidad, le expliqué, y él me hizo esta observación: “La mosca que no quiere que le den con el matamoscas se para sobre el mango del matamoscas”.

Yo argumentaba que se necesitaban centros importantes que estuvieran por encima de la confrontación de los partidos [...] Entre otras cosas mi argumento lo había visto yo durante la Segunda Guerra, que en mi opinión la ganan los Estados Unidos gracias a su sistema universitario, porque las universidades donde se hicieron las grandes investigaciones de tipo militar y científico que llevan a ganar la guerra no eran del Gobierno²⁰².

Sorprende a todos en Colombia que Mario Laserna y la mayoría de quienes lo acompañaron en la firma del acta de fundación de la universidad fueran tan jóvenes y, aunque de familias prestantes, unos desconocidos. Eso no pasó desapercibido para el notario encargado de la protocolización del acta fundacional, quien le dijo al fundador que consiguiera más firmas de gente importante²⁰³. Mario, por su edad, despertaba poca credibilidad cuando expresó que iba a fundar una universidad, pero nadie desconocía su capacidad de convocatoria y persuasión. Cuando nombres y rasgos de personalidad de los firmantes se analizan desde biografías breves es posible identificar varias características que comparten si se consideran variables como origen regional, edad, condiciones socioeconómicas y familiares, educación y filiación política.

Lo más evidente es que todos son hombres mayoritariamente ubicados en el rango de edad entre los 25 y los 35 años, con vínculos con el Gimnasio



Anexo 6 - SABER MÁS:
Semblanzas de firmantes
del acta fundacional de
Los Andes.

Moderno, con estudios en el exterior, pero especialmente en Estados Unidos, con heterogeneidad de profesiones, socios del Jockey Club, con dominio del inglés y otras lenguas vivas y muertas, algunos con perfil exclusivamente académico, otros empresarial y otro mixto, sobresalientes en lo empresarial y en lo académico, como Nicolás Gómez Dávila, José Gómez Pinzón, Jorge Rojas, Luis de Zulueta, Hernán Echavarría, José María Chaves y Federico de Onís. Amigos cercanos como Benjamín Rocha, Hernando Téllez, Hans Klotz y Fabio Restrepo Gaviria o declinaron la invitación o no fueron invitados a firmar el acta, como en el caso de influyentes familiares cercanos.

Desde la escogencia de firmantes, Mario definió una línea de comportamiento hacia adelante en la relación de su familia y afectos con la universidad: mantenerlos ajenos en primera y segunda línea de consanguinidad a los cargos de dirección. Cuidó estrictamente la posibilidad de un conflicto de intereses. Solo su tío Emiliano figuró en el primer Consejo Directivo. Hay parentesco lejano con varios firmantes por la línea Pinzón, pero entre quienes el vínculo con el fundador prima el estudio o trabajo académico en el Gimnasio Moderno o la experiencia académica o profesional en Estados Unidos. “Yo no quiero que esta universidad sea como la de Hinestroza”, le dijo en alguna ocasión al vice-rector Manuel Rodríguez, cuando se pensó en candidatizar a una de sus hijas al Consejo Directivo. Fernando Restrepo Suárez sostiene que

donde él hubiera tenido cierta megalomanía, sentido protagónico y ese estilo de cosas, la Universidad hubiera tomado un ritmo distinto. Parte de su acierto fue usar su inmensa capacidad de convocatoria, pero también su sentido de que las cosas tenían que andar por su cuenta o no valían. Fue inteligente al mantenerse tras bambalinas, sino hubiera sido una universidad de garaje.

Manuel Rodríguez también recuerda que “cuando Mario renunció a la rectoría en 1954 le dijo a Liliana: ‘Nos vamos para Alemania a estudiar’. Ella lo increpó: ‘Pero cómo vas a dejar abandonado el proyecto de la universidad?’. Y él respondió: ‘Si esa universidad quedó bien fundada, con la gente que hay eso funciona; si quedó mal fundada, pues que se acabe’”²⁰⁴.

Luego de analizar una muestra representativa (más del 90%) de firmantes del acta de fundación en cuanto a su vida y obra, se puede concluir que en la dramática coyuntura del 9 de abril que abocó la fundación, un grupo grande, alrededor del 60%, fue el que aportó ideas, entusiasmo y trabajo. El 40% restante aportó modestas donaciones en dinero y otros recursos. Eran empresarios o individuos con fortuna personal o familiar, o con relaciones para concretar

apoyo económico. Estaba claro entre todos que la universidad se sostendría con espíritu público.

Sin un 9 de abril es posible que la misma fundación se hubiera tardado más, y que sin intelectuales confiables actuando en la organización inicial, los empresarios no hubieran aportado recursos. Sin embargo, el confuso clima político y social colombiano fue el que dio origen al lema “más allá del deber”, con que se promocionó y motivó la fundación. Hubo en la mayoría, y así lo expresaron, un interés por hacer algo trascendental y útil que ayudara a solucionar problemas del país.

La fundación fue un hecho apoyado por individuos mayoritariamente bogotanos y cundinamarqueses, junto con unos pocos antioqueños y costeños, criados y formados entre familias pertenecientes a la élite con asiento en Bogotá. Mario Laserna y Roberto Franco eran de la idea de vincular una representación regional en el acta fundacional. Este rasgo fue decisivo porque ciertos integrantes de esa élite, que conocieron el proyecto, finalmente ofrecieron a la universidad su respaldo personal y el de las organizaciones sociales, gubernamentales y económicas que estaban bajo su cargo o que les pertenecían.

La mayoría iban a clubes sociales y eran miembros activos de sociedades científicas, intelectuales y filantrópicas, incluso de acción internacional; varios hicieron parte de juntas directivas en grandes empresas colombianas, organismos de máxima decisión y de instituciones de todo orden donde tenía lugar el desarrollo del espíritu asociativo, que en suma pone de manifiesto la capacidad de trabajo en grupo para lograr proyectos complejos.

Varios egresados del Gimnasio Moderno, amigos de Mario, trabajaron *ad honorem* en los primeros meses de la universidad. En este sentido también se puede afirmar que el proyecto educativo del Gimnasio, desde el punto de vista de una concepción laica e independiente, tuvo continuidad a través de los egresados y de algunos profesores que, como Henry Yerly o José María Restrepo Millán, se vincularon a Los Andes.

La importancia que se otorgó a una formación de tipo humanístico y universalista sin sometimiento a credos religiosos favoreció el aprendizaje de lenguas extranjeras, la cercanía con la cultura anglosajona y la búsqueda del éxito conjunto en lo académico, científico, profesional y político. El grupo de arquitectos e ingenieros fueron directivos o socios de poderosas empresas constructoras que se beneficiaron de la vertiginosa expansión urbana que tuvo Bogotá y de la misma reconstrucción de la ciudad después de los incidentes del 9 de abril de 1948; el grupo de médicos tenía prestigio nacional e internacional; el grupo de los escritores, intelectuales, cultores de la filosofía y abogados publicó

un importante acervo literario y fundó el movimiento poético piedracielista. No es casual que los 15 compañeros de Mario de promoción del Gimnasio Moderno, en 1940, hubiesen fundado luego grandes firmas de arquitectura y construcción como Pizano Pradilla y Caro²⁰⁵. Entre los firmantes se destaca asimismo una muestra de economistas, empresarios e ingenieros que formaron parte de la junta directiva de la Asociación Nacional de Industriales (ANDI) en la oficina de Bogotá entre 1944 y 1951, uno de los períodos en que la agremiación tuvo una considerable influencia en la orientación de la política económica del país.

En suma, el fundador concibió un proyecto educativo innovador llamado a perdurar. Identificar las tendencias se convirtió en una pasión que conservó a lo largo de su vida. Una vez superado el conflicto con su padre, al comunicarle su decisión de no ser otro capitán de industria, sus dotes innatas de relacionista público le permitieron materializar la idea. Para José María de la Torre, Alfonso López Michelsen y otros, el mérito de Mario fue convertir a Los Andes en algo real y exitoso, uniendo en la fundación dos generaciones: la de los jóvenes que quería trabajar con nuevas ideas para ayudar a solucionar problemas, y la anterior a la de Mario, que fue generosa y apoyó el juvenil proyecto²⁰⁶.

De acuerdo con Renán Silva, los españoles, alemanes y en general extranjeros que llegaron al país durante el agitado período de los años treinta y cuarenta eran individuos que no siempre coincidían en sus relaciones con las instituciones donde estudiaron, lecturas y formas de relacionamiento intelectual, pero resultaron muy afines en metas y propósitos con la élite intelectual colombiana durante la República Liberal (1930-1946), más abierta y menos sectaria. Luis de Zulueta y los demás *transterrados* españoles, junto con el grupo de intelectuales y políticos colombianos pertenecían a una “minoría ilustrada”²⁰⁷, que compartía una preparación profesional, académica o científica con capacidad de reflexionar sobre los grandes problemas sociales y políticos del momento. Según Daniel Arango, cercano al desarrollo inicial de la Universidad, el grupo que acompañó al fundador a la par que estudiaba en Estados Unidos observaba de cerca los grandes desarrollos tecnológicos de la posguerra (computadores, exploración espacial, teoría de juegos, cibernetica, avances en la investigación y aplicación de la energía atómica) y el rescate de los valores humanos como forma de evitar el fanatismo y un nuevo holocausto por modelos políticos e ideológicos irreconciliables: democracia, comunismo y fascismo. Igualmente, ese grupo estaba al tanto del proceso de radicalización de los antagonismos políticos en Colombia que condujeron a desatar la Violencia.

El proyecto filantrópico representado en Los Andes, si bien consideraba las ventajas del modelo educativo dominante en Estados Unidos, se diferenció en que su inicio no dependió de los aportes económicos de un magnate que

legaba su fortuna a una universidad, sino que se hizo con espíritu público y la acción de un colectivo o de una élite de individuos privilegiados que compartía la idea de dar a otros menos privilegiados la oportunidad de obtener un beneficio semejante. Se trataba de hacer todo lo posible para que personas comunes tuvieran oportunidades a través de la universidad. Se podía hacer filantropía sin la riqueza propia o heredada. La consigna filantrópica fue donar esfuerzo para el bien de todos. La universidad no le pertenecería al fundador ni a quienes lo apoyaron para dar forma a su idea. Mario no estaba ejerciendo su filantropía sino canalizando recursos de la sociedad. Él y sus compañeros de aventura debían dar, pero no esperar algo a cambio. En muchos sentidos, la fundación de la Universidad de los Andes fue un acto de modernidad y pragmatismo. Mario Laserna creyó con firmeza que el cambio era posible, transformando la vida de personas comunes y de todo un país²⁰⁸. Tenía claridad de que Colombia no podía estar a la altura de una sociedad industrializada si no empezaba a cambiar su manera de educar profesionales.

La Violencia y el Bogotazo terminaron de madurar su convicción de que los reinos de la razón son los reinos de la paz y el bienestar. Su posterior apoyo al Frente Nacional lo evidenció. Su generación estuvo segura, eventualmente convencida de que podía hacer las cosas mejor que sus mayores en consonancia con el acceso a una mejor educación. Su ambición era transformar el país y esto empezaba cambiando una educación que lo tenía inmerso en el atraso y sin capacidad de detener la violencia.



Anexo 7 - SABER MÁS:
Misión de la Universidad (1950),
por Mario Laserna Pinzón.